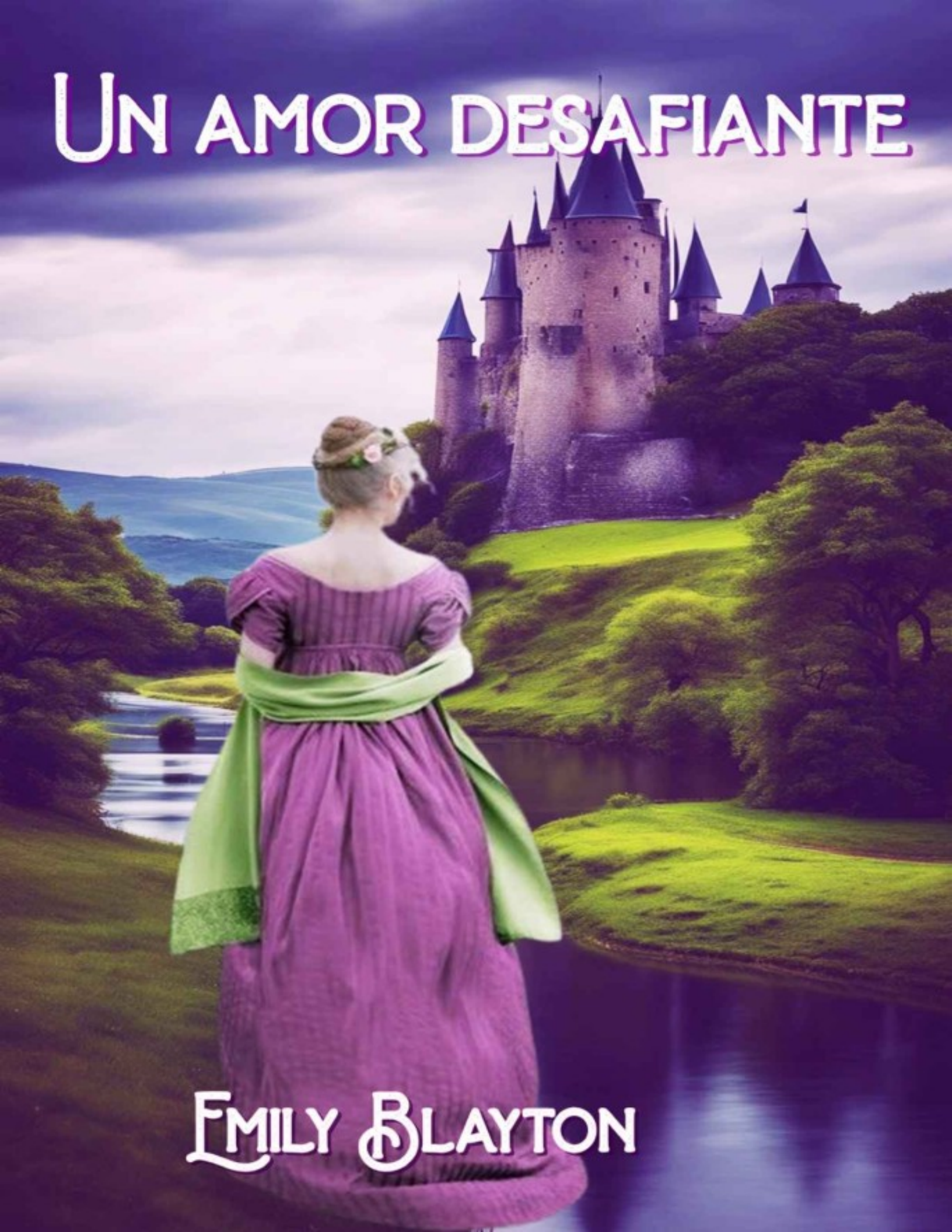

Un amor desafiante
Emily Blayton

# Un amor desafiante

## Emily Blayton

©2025 Un amor desafiante-Emily Blayton.

©Todos los derechos reservados.

Prohibida su reproducción total o parcial sin el consentimiento de su autora.

Todos los nombres, lugares mencionados en la presente son ficticios y no guardan semejanza con personas reales.

Copyright 2025 by Emily Blayton

# Primera parte
# La tormenta

Angelet miró las nubes en el horizonte grises y amenazantes avanzando de prisa como un batallón de soldados armados, haciendo ruido, agazapados y tembló. La tormenta la había encontrado sola en los jardines de la mansión, mientras daba un paseo a pie, y en vez de buscar refugio en su hogar se alejó para contemplar cómo lentamente se iban formando los nubarrones y el cielo comenzaba a rugir cada vez más fuerte como si fuera un gigante furioso avanzando hacia ellos. Era un espectáculo atemorizante pero fascinante, temía y adoraba a las tormentas con igual intensidad, y era como si algo en su interior se sacudiera y dio unos pasos mientras sujetaba su vestido para ver mejor esas hermosas nubes.

—Es grandioso—murmuró al ver una franja gris de nubes acumularse mientras todos se iba oscureciendo a media mañana.

La tormenta de primavera había llegado de repente y ella sintió deseos de mirar, observar hasta que corrió como un pajarillo

asustado, elevando sus alas hasta desaparecer a la distancia y esfumarse en el aire. No podía evitarlo, las tormentas la atraían y provocaban en ella una extraña fascinación y mientras duraban estaba allí, a su merced, hasta que todo terminaba. Angelet no se detuvo hasta que pareció esfumarse en el paisaje.

********

En la mansión de la familia Valois se escucharon los truenos con claridad y más de una criada chilló mientras corrían a cerrar todas las ventanas.

Pero no solos los criados estaban inquietos, lady Catherine también.

—Dios mío, ¿dónde está mi hija? ¿Habéis visto a mi niña?— preguntó desesperada.

La tormenta hacía que la señorita Angelet desapareciera así que nadie se preocupó, seguramente estaría escondida en algún rincón de la mansión.

—Salió hace un momento, madre, dijo que iría a caminar. — dijo de pronto la señorita Hester, sujetando su oso de felpa con expresión risueña e infantil.

Lady Catherine tuvo que contener las ganas de zarandear a su hija menor.

—¿Caminar un día como este? Mientes. ¿A dónde iría?

La jovencita señaló al invernadero.

—Se fue por allí, salió muy apurada, creo que quería ver la tormenta.

Para la señorita Hester nada era extraño, su mente era infantil y tampoco entendía la tristeza y rabia de su madre como no entendía tantas otras cosas que ocurrían a su alrededor.

Lady Catherine en cambio no tomó el asunto a broma y llamó a su esposo desesperada, en esos momentos nada más podría darle consuelo luego de gritar a sus sirvientes que corrieran a buscar a su hija.

Los criados y sirvientes salieron a la intemperie y uno de ellos murió al ser alcanzado por un rayo. Otros se alejaron espantados al tiempo que un horrible vendaval asolaba la pradera y resultaba imposible ver más allá.

–Señora, a lo mejor está escondida en alguna parte.

La nodriza no sabía que decir su señora estaba furiosa, fuera de sí.

Una y otra vez la niña se perdía en la tormenta, pero siempre aparecía horas después escondida en algún lugar. Desde pequeña siempre había dado disgustos a su madre y aun ahora de señorita le daba por escaparse en las tormentas. Se ponía muy nerviosa, nadie entendía bien por qué.

A lo mejor eran los nervios que había en esa casa y en esa familia. Pero nadie se habría atrevido a decirlo en voz alta.

—Entonces id y buscad, no os quedéis mirándome así sin hacer nada. ¿Es que no veis que estoy desesperada?

Ante semejante reprimenda de su señora, la pobre Claire corrió a buscar a la señorita Angelet acompañada de otras sirvientas.

Toda la casa fue revisada de un extremo a otro, a conciencia, en cada recoveco, en cada rincón, pero la señorita brillaba por su ausencia. Como si la tierra la hubiera tragado.

La nodriza estaba hecha un manojo de nervios.

—Señorita Angelet, por favor…

Se cansó de gritar y llamarla. No estaba por ningún lado.

Y al final exhaustas se juntaron todas en el piso bajo para tomar aire y consolarse.

—Ya aparecerá mañana temprano, luego de destrozar los nervios de su pobre madre y los nuestros.

Claire reprendió a la fregona Med por hablar así. Pero claro ella era nueva y se daba muchos aires no sé de qué o tal vez solo fuera atrevida.

—No hables así de la señorita—la retó.

La fregona hizo un gesto de desdén como si no le importara nada.

—Es la verdad.

—¿Tú qué sabes? No hace un año que trabajas aquí.

—Bueno, solo digo lo que he escuchado. Siempre lo hace. La tormenta la vuelve loca.

—Si la señora te escucha te despedirá en el acto y si vuelves a hablar así yo misma la pondré al corriente.

La fregona hizo un gesto con la boca y decidió que lo mejor era callarse.

Pero la nodriza no se sintió mejor, sabía que la fregona no mentía, algo le pasaba a la niña con las tormentas, desde pequeñita… hacía esas cosas como esconderse durante horas y nadie entendía por qué. Tal vez la afectaran de una forma especial,

su madre la señora Catherine se enfermaba de los nervios con la tormenta y solo su esposo podía calmarla. Su hija tal vez había heredado el terror, pero no sufría ninguna tara como la niña Hester, ella era muy inteligente, algo callada sí, pero, era tan buena con la aguja y tenía una voz tan hermosa. Le gustaba tocar el piano y era un deleite oírla cantar. Era una jovencita normal pero cuando había tormenta actuaba extraño y el doctor que la atendía no podía decir la causa.

"Angelet es una jovencita nerviosa, se altera con facilidad" dijo una vez.

—No pudo ir muy lejos, ya aparecerá, ve a descansar mujer, o enfermarás—le dijo Grace la costurera y su mejor amiga en esa mansión.

—Solo le pido a Dios que no haya salido con este tiempo.

—Nadie dormirá hoy si esa niña no aparece. Debieron encerrarla, ¿por qué no lo hicieron?

—Su padre lo prohibió, por eso.

—Pues debieron hacerlo.

Lejos de allí, la señora Catherine se había dejado caer en un sillón y lloraba sin consuelo. Su pequeña no aparecía, tanto tiempo

cuidándola, vigilando sus pasos para que desapareciera una noche como esa.

En vano su esposo intentaba consolarla diciéndole que iba a aparecer cuando menos lo esperasen.

—Perderse un día como este, ya casi no hay luz, mirad esas nubes negras.

Su esposo trató de calmarla.

—A lo mejor está escondida, sabes cuánto la asustan las tormentas.

—No, no está aquí, puedo sentirlo. Soy su madre, yo la traje al mundo.

Él la miró con pena y desconcierto, deseaba tanto que solo fuera una corazonada de su esposa.

—Tranquila, estáis nerviosa por la tormenta, ven…

Pero esa noche Catherine no tuvo consuelo, ni siquiera el apasionado abrazo de su marido logró reconfortarla, estaba triste y nerviosa y se durmió derramando abundantes lágrimas pensando en su pobre hijita perdida en la tormenta.

*********

Angelet caminó sin rumbo para calmar esa horrible ansiedad que sufría en cada tormenta, algo horrible pasaría y por eso quería alejarse y escapar. Caminó en círculos, caminó a ciegas hasta que de pronto vio frente a ella ese misterioso edificio gris abandonado. La mansión del valle. No sabía por qué la atraía tanto ese lugar, parecía una casa abandonada y en ruinas, con tal aspecto de tristeza y abandono que daba pena verla y sin embargo la atraía como un imán, no entendía por qué y ese día de tormenta quiso ir allí a contemplar esa casa siniestra y deleitarse con la contemplación del paraje yermo y abandonado.

¿Viviría alguien allí? Había oído que hubo un tiempo en que esa mansión había sido un lugar alegre y feliz, pero una tragedia convirtió la risa en llanto y luego en silencio y abandono, pero nadie sabía bien qué había pasado.

Y no se atrevía a hacer preguntas, solo había oído conversaciones una vez.

No sería apropiado que la descubrieran espiando eso se dijo cuando de pronto sintió pasos en el jardín y se asustó.

Pensaba que esa casa estaba abandonada.

No pensó que hubiera alguien y quiso correr, pero esas pisadas la dejaron sorprendida, además de asustada, por un instante pensó que el fantasma de la mansión, ese hombre que fue feliz y luego desapareció, la había visto y enfurecido le diría que no estaba permitido invadir su propiedad.

Pues no era la primera vez que iba y, sin embargo, aunque sabía que estaba mal, no podía evitar hacerlo…

De nuevo estaba allí y ahora…

Tenía que correr, que esconderse, debía hacerlo, antes de que la atraparan y rindieran cuentas con ella por haber invadido la propiedad.

Era buena para huir y esconderse, pero al volverse vio la tormenta de frente, la sintió en su piel, en sus huesos y eso la desorientó. Y sin darse cuenta corrió en círculos mientras sentía los pasos de su perseguidor muy cerca, demasiado cerca, estaba perdida, él la encontraría y tendría que explicar por qué estaba allí…

Corrió con todas sus fuerzas, nerviosa y sin rumbo sabiendo que conocía ese camino, que lo conocía demasiado bien y sus nervios la habían llevado de nuevo a ese lugar, a la casa abandonada y gris. Aunque en esos momentos se veía distinta, rodeada de nubes

plomizas y amenazantes, y ese mar rugiente y crispado gruñendo como un ogro enojado. Había regresado, por huir del misterioso fantasma ahora volvía a estar allí y no podía ver nada más que esa casa y sentir la misteriosa presencia observándola desde algún lugar. Pero no era solo la tormenta, todo se había oscurecido de repente y debía encontrar refugio para cuando el temporal se desatara, podía sentirlo ese aire cálido y huracanado arrasando lentamente el valle y el bosque. Cuando la tormenta llegaba a Gailac ella la sentía en su piel y no podía quedarse en la casa, tenía que correr y alejarse sin saber por qué.

Y cuando no sabía si quedarse o correr, sintió una extraña voz.

—Señorita, ¿se ha perdido usted? ¿Necesitas ayuda?

Angelet miró al desconocido y notó que era una hombre joven y alto, bien parecido y elegante, pero su mirada, inquisitiva y tembló, porque la había encontrado, debió verla antes, mucho antes espiar su propiedad…

Pero en esos momentos no pensó que estuviera enfadado, sintió algo tan extraño que lo miró aturdida un instante sin poder decir palabra. Aterrada se quedó inmóvil mirándole, lista para correr si él avanzaba unos milímetros.

Hasta que habló y solo murmuró una disculpa.

Él la observó con interés y detenimiento, su mirada azul parecía recorrerla y al notarlo se sonrojó como una flor sin poder evitarlo.

—Disculpe, debo regresar a mi casa.

El desconocido le sonrió levemente, pero se quedó inmóvil.

—No se vaya, aguarde. No estoy disgustado de su presencia, solo intrigado. Es usted la hija del caballero de Malbec, ¿no es así?

Angelet asintió con un gesto, intrigada por saber cómo lo sabía, pero no hizo preguntas.

—Debo regresar, mis padres se preocuparán.

—¿Acaso vino usted sola por estos parajes?

Ella asintió.

—Pues no debió hacerlo, señorita, estos caminos no son seguros, una dama tan hermosa como usted… ¿cómo es que la dejan salir sola y hacer ese camino? ¿Está sola? —el caballero la miró con curiosidad como si temiera que fuera una joven con problemas mentales o acaso estuviera huyendo de algo maligno…

—Estoy sola, sí, creo que me perdí—respondió trémula.

—¿Y vino usted andando hasta aquí?

—No… vine a caballo hasta la mansión de piedra y luego al regresar quise venir.

Él enarcó una ceja sin ocultar su sorpresa.

—¿Entonces le agrada la casa?

Ella asintió avergonzada de que supiera que había ido sola solo para husmear, atraída por esa casa sin saber por qué.

—Lo lamento mucho, Monsieur, sé que no estuvo bien, pero….

No podía explicar su presencia allí, pero el caballero de la mansión no parecía enfadado y de pronto notó que se le acercaba y quiso correr.

—Está bien, no se inquiete. Solo acepte mi hospitalidad, porque este tiempo es muy ingrato y no quisiera que regresara sola a su casa, mademoiselle. Enviaré un sirviente para decirle a sus padres que está aquí, al menos hasta que pase la tormenta.

Su invitación era inesperada y extraña.

Angelet sintió entonces ese trueno que hizo temblar hasta la tierra. Se abrazó temblando y lloró al ver esa tormenta desatarse justo frente a ella.

—Por favor, no tema… Soy un caballero y jamás me aprovecharía de una dama indefensa. Déjeme ayudarla, en retribución a la admiración que siente por esta casa en ruinas. Una admiración incomprensible para mí, esta casa es todo menos un lugar bonito que despierte admiración.

Angelet no pudo negarse, la asustaba la tormenta por eso había escapado ese día y se había alejado y ahora estaba allí sin voluntad. Por eso siguió al caballero, incómoda y asustada por ese incidente, sabiendo que luego su madre la reprendería, sabía cuánto la asustaba que se alejara, no podría resistir saber que esa noche no podría dormir en casa.

—Por favor, acompáñeme, señorita. Por aquí.

Ella miró a su alrededor espantada, tan asustada que solo podía obedecer y seguir el camino. Al menos estaría a salvo de la tormenta, del vendaval que se desataría de un momento a otro, pero de la furia de sus padres cuando se enteraran que había pasado la noche en la mansión abandonada de la familia Orleans… Casi podía escuchar sus voces, sus gritos, imaginar lo que decían en la casa, exasperados y nerviosos por su ausencia.

La mansión de piedra aguardaba como un tesoro listo a ser descubierto, como un misterio a punto de ser develado y Angelet

observó todo sin poder contener la curiosidad. Por extraño que pareciera los muebles eran bonitos y costosos, colocados allí y allá con singular buen gusto y armonía. No había un ápice de tristeza en el interior de esa casona, ni tampoco abandono ni la soledad que ostentaba en su exterior y eso le resultaba raro e inesperado. Los retratos del comedor y los muebles, todo estaba perfectamente organizado y pulcro, había belleza, riqueza y precisión y sin embargo no apareció ninguna dama a recibirle. Pues era impensable que un lugar semejante no tuviera una señora guapa y distinguida. Estuvo casi segura de que ella había diseñado y bordado los cojines del comedor, y también las delicadas cortinas de seda de la sala principal.

Pero tal vez la esposa de ese caballero se encontraba ausente, descansando, ignorando por completo que ese día tendrían invitados.

Su anfitrión no se separó de ella en ningún momento, pero notó que hablaba en privado con un imponente sirviente de cabello gris y cabeza de león, ese sujeto tenía un aspecto fiero y taciturno y sus facciones duras les recordaban a esas gárgolas de piedra que había visto en Notre dame hacía años. El sirviente la miró con gesto

torvo y luego se alejó a cumplir el recado de su señor, pero no parecía muy contento con la situación.

—Siéntese, ha de estar agotada por tan largo viaje, le pediré a un sirviente que busque su caballo y lo traiga aquí para que no quede a la intemperie una noche como esta—le dijo.

Sus gentiles palabras le dieron alivio, pero también la sorprendieron y mientras tomaba asiento en un cómodo sillón observó que había anochecido de golpe.

Estaba cansada sí pero también nerviosa, no dejaba de pensar en sus padres preocupados por ella.

Y cuando una sirvienta le trajo un té caliente con bollos sonrió agradecida, estaba hambrienta.

El caballero llegó poco después.

—Su caballo está salvo, señorita…. Disculpe. ¿Cuál es su nombre?

Ella se sonrojó al sentir la intensidad de su mirada.

—Mi nombre es Angelet, Angelet Valois.

Él sonrió levemente.

—Como un ángel, qué bello nombre. Encantado. Yo soy Philippe, conde de Orleans.

Ella asintió.

—Encantada Monsieur. No pensé que viviera nadie aquí, creí que la mansión estaba vacía por eso venía a veces.

Su anfitrión sonrió.

—Es que solo paso aquí una temporada, estaba decidido a vender esta propiedad y por eso he venido esta vez, pero no he podido cerrar el negocio. Al parecer los lugareños dicen que la mansión está embrujada y todos temen acercarse aquí. Usted no y me alegra que no dejara llevar por esas historias.

Angelet se sonrojó.

—No sabía que había fantasmas aquí, Monsieur. Es un lugar muy bonito y pintoresco. Creía que esta mansión estaba abandonada, o eso se decía en el pueblo—dijo de pronto.

—Paso una temporada al año mademoiselle, pero vivo en Provenza en realidad.

Eso quedaba bastante lejos.

—¿Y usted vive en la granja con sus padres y hermanitos?

Angelet asintió.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque no es la primera vez que viene aquí, mademoiselle… y uno de mis criados me dijo que usted era la hija del granjero Jean Valois. Al parecer le gusta dar paseos aun cuando hay una feroz tormenta en el horizonte.

Ella se sonrojó y esquivó su mirada.

—La tormenta me asusta Monsieur, me altera y entonces necesito caminar y alejarme para serenarme. Quería ver el mar, anhelaba llegar a las costas. Pero me detuve aquí. Lo siento, no quise espiar ni invadir su propiedad.

—Oh, no tiene que disculparse, rara vez llegan visitas a la mansión y aprecio su compañía. Aunque no es buena idea vagar por el valle con este tiempo ni tampoco que camine sola. No comprendo cómo sus padres la dejaron salir con este tiempo—su anfitrión parecía muy sorprendido.

—Escapé, no sabían que vendría aquí—respondió ella algo avergonzada.

—¿Entonces sus padres no sabían que hoy escaparía?

Ella lo negó.

—¿Y por qué lo hace? ¿Qué ve de llamativo o bonito en esta construcción añeja y decadente, señorita?

—No lo sé, pero me gusta caminar y hoy me perdí por la tormenta.

—Pero iba usted sola, jamás debió hacerlo.

Angelet se sintió terriblemente avergonzada, pero él no parecía enfadado lo vio sonreír de forma inesperada.

—No vuelva a hacerlo señorita, si desea venir a esta solitaria mansión puede hacerlo, pero avise a sus padres, pida que la acompañe algún sirviente porque estos caminos no son seguros. Sería imperdonable sería que sufriera algún daño. Ya no es una niña y debería saber cuidarse y mantenerse a salvo y solo salir si cuenta con algunos robustos sirvientes que la acompañen.

Angelet se sintió reprendida.

—¿Lo dice por los piratas?

Él sonrió.

—No hay piratas aquí, señorita, están en América o en lugares más lejanos ¿por qué vendrían a un lugar como este? Los hombres de aquí son infinitamente mucho más peligrosos que los piratas. ¿Cree que está a salvo por ser la hija de un granjero? ¿Cree que eso detendría a un bandido?

—Sé esconderme, señor conde. Además, no suelo ir muy lejos, pero había tormenta y necesitaba caminar, alejarme y cuando quise regresar no pude encontrar el camino.

—Solo tuvo suerte o los ángeles velaron por usted. Quizás fue la tormenta que la salvó.

La tormenta se desató con furia poniendo una pausa a la conversación.

Angelet apenas probó bocado y pensó con desesperación que había cometido un error al salir ese día, era evidente que no podría regresar.

—Señor conde… ¿dónde está su esposa? —le preguntó de repente.

La pregunta lo crispó, pudo notarlo, su rostro otrora amable se volvió tenso. Como si la mención de su esposa lo disgustara.

—Mi esposa murió, mademoiselle.

Angelet lo miró sorprendida.

—Pero había una dama aquí el otro día, con un vestido blanco.

—¿Usted vio a una dama de vestido blanco? Eso es imposible. No recibo visitas últimamente, hace años en realidad.

—Lo lamento, tal vez me confundí.

—Tal vez era una criada o una moza. No recuerdo si recibí una visita.

Angelet pensó que había sido muy indiscreta sin quererlo.

—Quizás quiera descansar ahora señorita, se ve fatigada.

—Se lo agradezco…

Angelet se sintió bastante asustada cuando una criada apareció poco después para escoltarla a su habitación.

De pronto comprendió la magnitud de su locura, se quedaría a pasar la noche en la mansión de un extraño. Sus padres se enterarían y sería lo peor. La castigarían y…

¿Pero qué podía hacer? La tormenta arreciaba con fuerza y se desató en el mismo instante que había entrado. No tuvo escapatoria. Y su anfitrión había sido tan amble…

Parecía un caballero.

Subió las escaleras sin mirar atrás.

Pero cuando entró en la habitación sintió terror al pensar que ese hombre podía hacerle mucho daño.

Angelet ya no era una niña, sabía que si un hombre malvado quería seducir a una mujer le alcanzaba con ser ruin y querer

hacerlo. Un abrazo fuerte y luego una joven perdía la virtud y podía quedar embarazada.

—Le traeré agua caliente para que pueda asearse y pediré que enciendan el fuego—le dijo la criada.

La jovencita miró a su alrededor con recelo.

Parecía una habitación lujosa y confortable pero la visión de la inmensa cama cubierta con un edredón rojo la crispó. No era la habitación de una señorita, parecía una habitación nupcial y… tembló y cuando sintió pasos se acercó a la puerta para echar los cerrojos.

Sintió su corazón latir acelerado al sentir la voz de un hombre, hablaba con un empleado y Angelet se estremeció y desesperada se alejó de la puerta y fue a esconderse dentro de un armario.

No saldría de allí hasta que su padre fuera a buscarla, o hasta que se hiciera de día pues en la noche siempre pasaban cosas malas. Los bandidos siempre usaban la noche para cometer sus fechorías, también los demonios, duendes y espíritus impíos.

No supo cuánto tiempo estuvo allí, pero de pronto sintió una voz y unos golpes.

—Mademoiselle por favor, abra la puerta… le traigo agua caliente y ropa seca.

Angelet comprendió que se trataba de la criada y abandonó el escondite sintiéndose algo tonta por haber sido tan desconfiada.

Avergonzada abrió la puerta despacio y vio que eran dos criadas que traían agua caliente y un vestido color azul de seda y encaje negro demasiado lujoso para una joven como ella.

Cuando supo que su anfitrión le enviaba ese vestido para que asistiera esa noche a la cena se crispó.

—No puedo aceptar ese regalo, es muy valioso.

Las dos mucamas se miraron desconcertadas.

—Es porque su ropa está húmeda y no es apropiada para una cena en una mansión como esta, señorita—le dijo la más gorda.

De pronto Angelet comprendió que eran mellizas solo que una era levemente más rellena pero vista de cerca asustaban con ese uniforme negro y blanco.

—No puedo aceptar ese presente, mis padres se disgustarán.

—Pero debe usar ropa más apropiada para una mansión, mademoiselle.

Creyó vislumbrar una nota de desprecio en el gesto de las criadas. Angelet se sintió terriblemente avergonzada de que le marcaran que no tenía puesta ropa apropiada. Y herida en su orgullo aceptó asearse y cambiarse el vestido para poder asistir a la cena esa noche y nadie pensara que vestía como una campesina.

Se sonrojó al ver a su anfitrión dos horas después, él la miró con mucha intensidad como si el cambio en ella hubiera sido muy favorable.

Angelet no había reparado en que ese día había salido de su casa con un vestido sencillo.

Luego vio a su anfitrión y la mesa de roble con sendos candelabros y ese criado de aspecto fiero en un rincón.

—Buenas noches, mademoiselle. Por favor siéntese a mi lado.

Ella obedeció y tembló al sentir su mirada. Estaba asustada, por primera vez tuvo mucho miedo de que ese hombre le hiciera daño. Había sido una tonta al asistir con ese vestido, al estar allí… Por primera vez pensó que había sido una imprudencia entrar en la mansión abandonada.

Tal vez él notó que estaba asustada porque trató de entablar conversación y de hacerla sentir a salvo. Su charla se volvió trivial al

tiempo que la agasajaba con un pequeño banquete.

Pero Angelet apenas pudo probar bocado, todo el tiempo, solo quería regresar a su habitación y encerrarse… ponerse a salvo de ese hombre. sí trataba de hacerle daño…

—Señorita, no ha probado bocado. Por favor… coma algo— dijo él mirándola con fijeza.

Ella lo miró.

—Lo siento, es que la tormenta…

La tormenta estaba totalmente fuera de control y se oía la lluvia sin cesar golpeando los cristales al tiempo que un trueno parecía querer sacudir la casa y hacerla temblar. La tormenta fue la excusa.

—¿Tiene miedo a la tormenta o a mí señorita?

Angelet se sonrojó y fue incapaz de responderle.

—Por favor, no tenga miedo la tormenta pasará y yo no le haré daño. Mañana regresará usted sana y salva a su granja. Yo mismo la escoltaré.

Ella murmuró una frase de agradecimiento y trató de comer algo, pero no dejó de estar asustada y fue un alivio cuando la cena llegó a su fin y ella pudo escapar a sus aposentos.

Estaba temblando cuando entró en su habitación y volvió a echar los cerrojos.

Se metió en la cama y a pesar del cansancio, de la caminata y los nervios le costó mucho dormir. No dejaba de temblar nerviosa y sabía que si se dormía tendría horribles pesadillas. Pero sabía que estaba nerviosa no solo por la tormenta.

No podía dejar de pensar en el conde y que en era el hombre más guapo que había conocido en su vida, todo un caballero de porte marcial, elegante, con un traje de etiqueta negro, el cabello muy corto y oscuro, la nariz recta y sus labios anchos, pero lo más impresionante era su mirada intensa, viril… esos ojos de una tonalidad cobalto la habían mirado de una forma que todavía temblaba. Como si la considerara guapa y quisiera… quisiera hacerla suya.

Podría hacerlo, podría entrar en su habitación y atraparla en un poderoso abrazo como presenció una vez con sus padres, como sabía hacían los campesinos escondidos en los campos. Se reunían en secreto con una moza bonita, la abrazaban y luego si ella quedaba preñada eran obligados a cumplir.

Ella sintió terror de que algo así le pasara, pero su hermana se rio de ella cuando se lo dijo.

“A ti no te tocarán boba, eres la hija del granjero”.

Angelet sintió un torrente de pensamientos invadirla en esos momentos, y debía descansar, solo quería dormirse. Pero de nuevo tembló al recordar la forma en que la había mirado cuando la descubrió espiando su mansión.

Sabía que ella espiaba su casa, tal vez debió verla antes y ese día pudo decirle que era una entrometida, pero no lo hizo, fue gentil y hasta le ofreció quedarse en su casa hasta que pasara la tormenta. Fue tan gentil y sin embargo tuvo miedo de que luego…

Entonces pensó en sus padres, nerviosos y desesperados buscándola en la tormenta. pero todo su entusiasmo se esfumó al pensar en sus padres, inquietos, angustiados porque no la habían encontrado.

**********

Despertó con el sonido de la lluvia golpeando sus ventanas, había tenido sueños extraños e inquietantes, pero lo más raro fue no saber dónde estaba y por unos minutos estuvo allí dando vueltas en la cama con ganas de gritar, nerviosa, pues no sabía dónde estaba ni podía recordar nada, solo sabía que esa no era su habitación.

Saltó de la cama al tiempo que recordaba lo que había pasado.

Los sucesos de la noche anterior se le antojaron extraños y solo pensó que debía regresar a su casa cuanto antes.

Sin embargo, cuando abrió la puerta solo sintió el silencio, el silencio de la casa y algo más, algo que no logró identificar hasta que llegó a la sala y se llevó el susto de su vida al cruzarse con un criado anciano con expresión de enfado.

—Buenos días mademoiselle. ¿Ha descansado bien? —preguntó.

Ella asintió tratando de vencer el terror que ese anciano criado le inspiraba por sus facciones duras y toscas.

Ella asintió.

—Me alegro. El conde ha tenido que salir muy temprano y me ha pedido que cuide de usted. ¿Ya ha desayunado?

—No… es que acabo de levantarme. Por favor, debo regresar a mi casa ahora, cuanto antes. Mis padres han de estar muy preocupados.

—Me temo que eso no podrá ser posible este día, señorita.

—¿Pero por qué? No comprendo—la joven sintió que se le iba el alma a los pies.

El mayordomo no se mostró muy conmovido, pero Angelet pensó que era un sujeto muy extraño, pálido y de movimientos lentos. Como un fantasma.

—Es que está todo inundado. La lluvia invadió estas tierras y por culpa del viento del mar… temo que es imposible que pueda abandonar la mansión hoy, mademoiselle.

—¿Dónde está el conde? —insistió.

—Tuvo que salir, pero regresará pronto. Puede estar segura.

—¿Salió con este tiempo? —le pareció sospechoso, pero no quiso ser indiscreta. No era apropiado hacer más preguntas, indagar, no era más que un huésped.

—Por eso mismo, por la tormenta. Tuvo que irse, pero no tema, está a salvo aquí.

Angelet vio la lluvia golpeando la ventana mientras un viento feroz movía los árboles como si fueran juncos arrastrados por el viento. Al parecer la tormenta no había finalizado. No se había apaciguado todavía y era de esperarse, podía tardar días. lluvias de

finales de invierno, en el cambio de estación, solía suceder en esa zona del país.

—No se inquiete señorita, venga, acompáñeme por favor, pediré que le sirvan el desayuno.

Ella no quería desayunar, quería encontrar al señor Philippe y rogarle que la llevara cuanto antes a su casa, sus padres debían estar muy angustiados, pero no podía negarse, habría sido descortés.

Pero mientras desayunaba en silencio se preguntaba intrigada dónde estaría su anfitrión y aguardaba impaciente su regreso cuando de pronto vio un retrato que llamó su atención en la sala. Era como si la dama de la mansión la hubiera mirado de forma desaprobadora.

Una joven rubia y de grandes ojos azules y piel de porcelana, el cabello sujeto en un moño alto lleno de bucles, no le daba un aspecto serio de matrona, al contrario, era una dama hermosa y juvenil de rasgos delicados y perfectos. Un rostro en forma de corazón y un vestido de talle menudo color malva, con encajes y tules, era algo hermoso y deslumbrante.

Angelet no necesitó acercarse para leer su nombre y descubrir que la joven era la esposa fallecida del señor de la mansión, lo supo mucho antes, por una corazonada o tal vez por la mirada directa que le dirigió la joven desde el retrato. Como si estuviera viva y sintiera rechazo hacia esa intrusa, su mirada era dura e interrogante, parecía preguntarle qué hacía allí en su casa exactamente, cómo se atrevía a sentarse en su mesa y aguardar…

—Era una joven muy hermosa señora. Y tan buena.

Angelet dio un respingo, esos criados tenían la mala costumbre de aparecerse como fantasmas, sin hacer ruido y hablaban como ese mayordomo. La jovencita se volvió para enfrentarse a una criada vieja, de rostro severo y marchito y sin embargo sonreía levemente al recordar a su antigua ama. A la auténtica señora de esa mansión.

—¿De veras? —musitó.

La criada frunció el ceño al oír sus palabras, como si ella desconfiara de que su señora era un verdadero dechado de virtudes.

—Lo siento, es que… estaba mirando el retrato—dijo.

—Por supuesto. Sophie era una dama tan hermosa y dulce, entraba en este recinto y era como si entrara un ángel. Tan

bondadosa y amable… obsequiaba sus vestidos a sus doncellas y jamás se mostró altanera ni … Mi señor sufrió mucho cuando murió. Nada ha sido igual desde entonces. Esta casa y mi señor… tan triste, es como si estuviera muerto en vida.

—Margot. Cierra la boca.

La voz del mayordomo hizo que la anciana criada se callara y lo mirara espantada. Ese hombre poco agraciado se presentó allí seguramente luego de oír la conversación y llegó a decirle a la mujer que parecía ser un ama de llaves que se callara. Ella retrocedió aterrada.

—Lo siento—murmuró algo contrariada y se alejó corriendo como una niña reprendida.

Angelet miró a la sirviente molesta, había sido muy grosero con la criada.

—No le haga caso a la señora Margot, la pobre no está bien de la cabeza.

—Pero solo quiso ser amable.

—Esa mujer es un incordio, va de aquí para allá como alma en pena hablando de la señora Sophie como si estuviera viva. No le

haga caso, desvaría la pobre. Está aquí por la bondad de mi señor, en su lugar yo la habría expulsado a un asilo mucho antes.

La joven no supo qué decir.

—Vino con la señora Sophie, como su sirvienta, fue su nana y ella le tenía mucho apego, luego de morir la joven señora la pobre perdió el juicio y se alejó, salió a caminar y todos pensaron que había hecho una locura. Pero no quería matarse, la pobre vieja creía que la señora condesa se había escapado de su esposo y estaba escondida, estuvo mucho tiempo diciendo eso. Creo que es muy vieja por eso inventa cosas—explicó el mayordomo.

Angelet pensó que ese asunto era incómodo y no le incumbía, no era más que un huésped en esa casa y su único desvelo era regresar con su familia cuanto antes.

—Disculpe, ¿cuándo regresará el conde?

El mayordomo dijo que no lo sabía.

—Pronto —murmuró y luego se alejó sin dar más explicaciones.

Angelet se quedó mirando el retrato preguntándose si esa dama estaba molesta por su presencia allí. Era absurdo por supuesto.

El día se hizo largo y Angelet se retiró a descansar.

Al despertar era media tarde y el señor de la mansión no había regresado. Comenzó a preocuparse. ¿Acaso le había pasado algo? Esa lluvia que no paraba… tuvo ganas de correr, de abandonar esa mansión por sus medios y regresar a su casa, pero no tuvo el coraje de hacerlo. Pensó que habría sido grosero hacer eso luego de que su anfitrión le había dado cobijo en su casa.

Se acercó a la ventana y vio que todo estaba inundado. Lluvia y un mar encrespado a la distancia. La visión del mar le resultó fascinante pero algo sobrecogedora y suspiró mientras veía la lluvia y ese mar azul a la distancia. Solo sintió pena al pensar que sus padres estarían preocupados por ella.

*******

Al día siguiente supo por las sirvientas que el conde había regresado y exigió verle de inmediato. Tenía que volver a su casa, no podía quedarse más tiempo. Era el segundo vestido nuevo que usaba, pero ella quería que le dieran el suyo pues sus padres se alarmarían si la veían regresar tan ricamente ataviada.

—Mademoiselle…. Aguarde preguntaremos. ¿De qué color era su vestido?

Ella se sonrojó, no podía creer que en esa casa no guardaran a buen recaudo la ropa de sus huéspedes.  No imaginaba que llegaran visitantes todo el tiempo para que fueran tan distraídos.

—Es un vestido azul con una pelliza de paño gris.

—No se preocupe, lo encontraremos. Tranquila.

—Por favor, debo regresar a mi casa, mis padres…

No podía entender por qué no la dejaban irse, había dejado de llover y ese era el tercer día que estaba allí.

—Es porque los caminos están inundados mademoiselle, sería peligroso ir andando o a caballo.

¿Si eso era así por qué el anfitrión se había marchado? ¿Cómo lo hizo?

Nadie se molestó en decirle, pero al menos ese día había regresado y ella podría regresar solo tendría que ponerse su ropa húmeda y embarrada…

Todo fue lento, lento y desesperante, y recién al mediodía pudo reunirse con su anfitrión.

—Buenos días, señorita Valois, disculpe, lo siento. Siento no haber podido regresar ayer—le dijo su anfitrión.

Ella lo miró turbada.

—Está bien—balbuceó. ¿Qué otra cosa podía decir? —Señor conde, debo regresar a mi casa ahora, por favor.

Él la miró de forma extraña.

—Eso es imposible, mademoiselle, todo se ha inundado. Los caminos, esta casa está rodeada de agua.

La joven se puso pálida de repente, no esperaba escuchar semejante calamidad.

—Oh… ¿de veras?

Él asintió con gesto grave.

—Lo siento mucho, pero creo que esto durará unos días, no ha parado de llover. He intentado llegar a su casa, pero eso no fue posible, señorita, ni yo ni mis hombres me temo. Tardamos mucho y al final nos vimos obligados a regresar sin haber podido lograr nuestro objetivo.

—Pero mis padres…

—No se angustie, eso pasará. Será unos días. Luego podrá regresar a su casa, se lo prometo.

Angelet se sonrojó al sentir su mirada, se puso muy nerviosa, no pudo evitarlo, quedarse encerrada en esa casa con ese hombre no le agradaba para nada, la asustaba y contrariaba bastante.

Apenas le conocía y además se sentía una completa intrusa. Estaba allí por haber curioseado ese día, por la tormenta y la tormenta la mantenía retenida en la casa.

—No quiero ser una molestia para usted, señor conde—dijo de forma precipitada.

Él la miró con intensidad y sonrió.

—Oh claro que no lo es. Por favor, señorita solo lamento que su partida se demore más de lo esperado y le suplico que se sienta cómoda y que no piense que es una molestia tenerla aquí, al contrario, recibo pocas visitas. Le pido disculpas por este inconveniente.

Ella no dijo nada, pero aceptó lo inevitable procurando dominar sus nervios pues no era cortés mostrarse ansiosa y malhumorada después de todo lo que había hecho el caballero por ella.

Solo que no pudo evitar mirar por la ventana ese día con ansiedad preguntándose cuánto duraría esa lluvia y esas tierras inundadas, aisladas, intransitables. Y ella sin poder hacer nada… inquieta y nerviosa por su familia y a pesar de ello le gustaba estar en esa casa, aunque se sintiera una intrusa.

Pero al menos sabía que había regresado y estaba bien, por un momento tuvo miedo de que algo malo le ocurriera al amo de esa mansión.

—Señorita, acompáñeme por favor, venga, lamento haber tenido que dejarla sola y encerrada. Es que temía que se fugara usted, temo que sea algo impulsiva.

Angelet lo miró y aceptó la invitación de acompañarle hasta el salón.

Querían enseñarle la mansión y lo hizo hablando de su familia, parte de ella se había mudado a otro condado. Había un dejo nostálgico en su voz y por alguna razón no le mostró el comedor principal, allí donde estaba el retrato de su hermosa esposa. Imaginó que su recuerdo sería tan doloroso que no querría estar cerca. De pronto se preguntó si la amaría como antes, había sido tan reciente… Intentó recordar lo que alguien dijo del dueño de esa mansión, pero no pudo, algo trágico e inesperado y en realidad no sabía que hubiera gente viviendo en la casa.

Fue tan extraño, pero de pronto mientras caminaban y él le hablaba tuvo una rara sensación de familiaridad, de que conocía a ese hombre y era absurdo pues nunca lo había visto en su vida.

Algo en su mirada le advirtió que a él le pasaba igual.

Angelet era inocente, pero sabía notar las miradas de admiración en los caballeros, las había visto antes y se preguntó si ese hombre también la miraba de esa forma.

Trató de disimular la turbación que esa mirada provocaba en ella.

*******

Con hondo pesar tuvieron que despedirse días después, cuando él la llevó personalmente a su casa de regreso.

Debía estar feliz al ver la granja y a sus hermanitos menores corriendo de un sitio a otro, había lugares inundados la lluvia también había causado estragos, y sin embargo no se sintió feliz. Solo alivio porque estaba de nuevo en su casa.

Su madre fue la primera en verla y gritó, gritó y tuvo un ataque mientras llamaba a su padre a los gritos. Como si ella fuera una aparición y no su hija, los ojos de su madre no dejaban de mirarla con terror y emoción.

Entonces comprendió que no solo la miraba a ella, miraban al caballero que la acompañaba con semblante torvo.

No fue necesario que hablara, de pronto todo fue confusión, palabras entrecortadas. El conde fue el único que no perdió la calma.

—Señora Catherine, lamento mucho este inconveniente, pero su hija está sana y salva.

La tormenta era la única responsable, la tormenta y la siguiente inundación.

Pero para su madre la explicación no era suficiente y miró a su marido en busca de apoyo. Esperaba tal vez que él le dijera algo cortante a ese caballero o le hiciera algún reclamo.

Pero su padre se quedó muy conforme con la explicación del señor Osmond. En realidad, no había razones para desconfiar del caballero, aunque su reputación no era muy buena y… Angelet no sabía por qué sus padres parecían tan incómodos con la situación, luego del alivio y la alegría de su regreso o tal vez al mismo tiempo se mostraban desconfiados con respecto al desconocido.

No lo invitaron a quedarse siquiera luego de haber hecho tan largo viaje, sino que simplemente le dieron las gracias y lo despidieron.

Angelet lo vio irse con pesar, y aunque él sí tuvo el gesto de dedicarle una mirada y algunas palabras de afecto ella no pudo menos que delatarse con un sonrojo intenso mientras se esforzaba sin ningún éxito en disimular.

Cuando el caballero se marchó se sintió tan triste y vacía. Pero estaba de nuevo en casa y era lo que más quería en esos momentos, sus padres estaban aliviados, aunque su madre no tardó en tener ciertas sospechas, no dejaba de hacerle preguntas sobre el misterioso conde de Orleans, así le llamó.

Y cuando más tarde estuvo en su habitación para asearse y descansar le dijo sin reparos:

—¿Por qué os quedasteis tantos días? por qué nadie nos avisó? —se quejó.

—Madre, estaba todo inundado. Debimos esperar a que el agua dejara de inundar los caminos. Lo siento mucho, pero era imposible… él dijo que debíamos esperar.

Su madre estaba molesta. Inquieta. Disgustada. El alivio de saber que estaba sana y salva se convirtió en disgusto al pensar que había estado encerrada en la mansión de un caballero viudo del que nada sabían.

—Lo lamento…

—No debisteis salir con esa tormenta. Estábamos tan preocupados por ti. No entiendo cómo os fuisteis tan lejos, Angelet.

Ella la miró.

—Fui al valle ese día madre. La tormenta me puso muy nerviosa y corrí, quise esconderme, pero me alejé.

—Oh sí la horrible tormenta… ni me lo recuerdes. ¿Pero por qué? ¿Por qué fuisteis a su casa?

—Fue casualidad, estaba cerca y quise verla.

Su madre la miró con cara de tragedia.

—Madre, ¿por qué os da tanto miedo que fuera a su casa? El conde fue muy amable al darme cobijo.

—En esa casa solo ocurrieron desgracias hija mía, por eso.

—¿Desgracias?

—Sí… la esposa de ese hombre falleció al poco tiempo de casarse, y antes de eso su hermano mayor desapareció de forma misteriosa. Dicen que esa casa está embrujada.

—Solo son leyendas. El conde fue muy amable al permitirme quedarme.

Su madre no estaba del todo convencida.

—Os quedasteis cuatro días en su casa y si alguien más lo sabe tu reputación se arruinará. Tu padre está furioso, hija.

Angelet no lo había considerado, para nada…

—Pero ¿quién lo sabría? —dijo al fin.

—Bueno, eso no importa, espero por tu bien que no vuelva a suceder.

—Pero mamá, el señor de Orleans cuenta con mi amistad ahora, dijo que me invitaría un día a tomar té en su mansión.

—¿Te dijo eso?

Angelet asintió ruborizada.

Su madre se puso tensa, nerviosa.

—Es una locura. No lo permitiré. Es muy inapropiado. Esa amistad. Olvídate de eso, niña, tu padre jamás lo consentiría.

—Pero madre, es solo una amistad.

—¿Amistad? ¿Crees que soy tonta, niña? Has estado coqueteando con ese viudo que vive en una casa abandonada y gris. Has estado coqueteando tú… oh, jamás lo habría imaginado siquiera.

Angelet se sintió horriblemente humillada por las acusaciones de su madre. No era verdad, no había estado coqueteando con

nadie.

—Pues olvídate de eso, no puede ser y no será. Nunca. El día que estés lista para tener un esposo será tu padre o tu tío Adam quien se encargará, no tú. ¿qué te has creído tú? Me avergüenzas. Has estado a la deriva y nos has dejado con los nervios destrozados, buscando por todas partes pensando lo peor… oh tú no tienes idea y desde ahora estarás castigada.  No os dejaré salir de aquí.

Angelet soportó el castigo sin quejarse.

Pero sabía que no había sido su culpa, ni tampoco permitiría que le impidiera regresar a la mansión gris para reunirse con ese caballero si acaso él la invitaba. No quería que su padre le buscara un marido, no estaba lista para casarse y la aterraba pensar que sus familiares le encontrarían un esposo y ella debía aceptarlo pues era lo que se esperaba de ella.

Cuando se quedó a solas su hermana menor Eloísa fue a verla con aire conspirador.

—Demonios Angie, qué suerte tienes.

Su hermana la llamaba Angie era un nombre cariñoso.

—Estuviste encerrada con un conde en su casa. Será un escándalo. Padre está furioso y mamá no deja de quejarse.

Angelet sonrió su hermana solía decir esas cosas.

—Solo fue gentil, Sophie, nada más.

—Pero casi te quedas a vivir en su casa, cinco días…

—No fueron cinco días en realidad.

—Los suficientes para que haya un escándalo.

Angelet se sonrojó.

—Habláis como nuestra madre, exageráis. No habrá ningún escándalo.

—Os miraba con mucha fijeza ese caballero y cuando os vi llegar… se comportaba como vuestro marido, no os dejó sola en ningún momento.

Angelet sonrió tentada.

—Qué tonterías dices.

—Bueno, ten cuidado. Está interesado en ti, pero es pobre y viudo, nuestro padre no lo aprobará.

—Nadie ha pedido mi mano, tú no haces más que exagerar.

—Te pones muy colorada para hablar de él siendo solo un amigo como quieres hacernos creer que es.

—Oh detente por favor. Son tonterías. Solo dices tonterías.

**********

Angelet tuvo la sensación de que nada sería como antes. Que la tormenta y los días que había pasado en la mansión del valle la habían marcado.

Su madre la miraba con fijeza, la vigilaba. Como si temiera que ella pudiera escaparse. Era absurdo.

Y un día le dijo con aire acusador.

—Te ves distinta, Angelet. Algo os pasó esa noche. No parecéis la misma.

Cuando su madre se obsesionaba con algo era terrible.

—Estoy bien madre, no me ha pasado nada, por favor.

Pero su madre la miraba con expresión fija.

—Habéis crecido, ya no sois una niña—sentenció.

Angelet no dijo nada, hacía tiempo que no se sentía una niña desde mucho antes de pasarse a la falda larga ¿y su madre recién se daba cuenta?

—Madre por favor —murmuró. —Tengo diecinueve años, hace tiempo que no soy una niña.

—Y eso ya lo sé, no lo digo por eso. Pero he estado pensando y la duda me carcome. Ese hombre, Angelet…

Su madre parecía atormentada con algo y no se atrevía a decirlo.

—¿Qué sucede, madre?

—El señor Philippe…

—No he vuelto a verlo desde esa vez, os lo juro.

—Eso ya lo sé. Pero algo ha cambiado en ti ese hombre. Te ves distinta.

Angelet no supo qué decir, ella se sentía igual y ni siquiera pensaba ya en el conde, ni se hacía ilusiones.

Pero se sentía inquieta no había dejado de pensar en él ni de sentir que la vigilaban luego de lo ocurrido ese día. Su madre parecía temer que ella pudiera fugarse con ese caballero, no podía hacerle entender que eso era absurdo.

—Madre, por favor, necesito dar un paseo ahora.

Su madre la miró como si le hubiera pedido algo censurable.

—Solo un momento, iré a dar un paseo.

—Claro que no, te quedarás aquí. Estáis castigada.

Angelet lloró, no pudo evitarlo, llevaba días así, encerrada y sufría horriblemente por ello, acostumbrada a salir a cabalgar a media mañana y en la tarde, a dar largas caminatas se sentía igual que una fiera enjaulada.

—Por favor. Eres cruel. No fue mi culpa.

Su madre la miró indignada.

—¿Qué no fue vuestra culpa? Ese día me volví loca pensando que os había ocurrido algo horrible.

Ella lamentó haber hablado, su madre tuvo un ataque de histeria y se enfadó mucho más diciendo que estaría castigada hasta que pasara la temporada de tormentas pues no podía confiar en ella si una tormenta aparecía. Era impredecible como el tiempo.

La joven no dijo nada y soportó estoica el castigo.

Hasta que un día inquieta se escapó de la casa mientras realizaba las tareas del día en la granja. Necesitaba alejarse y caminar, era un día hermoso y había un sol tan brillante.

Fue como lo hacía tantas veces y recorrió la pradera sin pensar, casi no le importaba ser castigada en esos momentos, llevaba tantos días encerrada y castigada y ya no podía más. Caminar la hizo sentirse bien, liberada, libre al fin.

Y aunque temía ser castigada no le importó. Pagaría el precio.

Entonces vio a un hombre acercarse y tembló, no era común encontrar forasteros en esa granja, su padre vigilaba muy bien los alrededores y era muy bravo si encontraba a un bandido cerca. Todos le temían.

Detuvo sus pasos y se alejó, se alejó y corrió de regreso, no quería ni pensar en el rezongo ni en el daño que ese desconocido podía hacerle. Una vez un bandido había atrapado a una doncella que descansaba en los campos y le había hecho algo horrible, no sabía bien qué, pero todos en la casa murmuraban a escondidas horrorizados.

No quería que le pasara lo mismo. Tal vez debía gritar y pedir ayuda.

De pronto pensó que era una tonta imprudente, que por querer escapar del encierro se había puesto en un mal peor. Sintió los pasos del desconocido acechándola, lo vio correr ligero entre la hierba y de pronto cuando iba a gritar lo vio muy cerca y se detuvo.

—Señorita Valois, lo siento, no quise asustarla. Lo lamento.

Era el conde de Orleans, no lo podía creer. Su alivio al saber que era él fue inmenso.

—Buenos días, Monsieur, me asustó. No debe venir aquí sin avisar, los hombres de mi padre son muy crueles con los forasteros. Hay bandidos y ahora vigilan todos los alrededores.

Él la miró con una sonrisa leve sus ojos estaban clavados a los suyos.

—No se preocupe, conozco bien el camino además iba a visitarla, pero me dijeron que estaba indispuesta y me preocupé.

—No estoy indispuesta, señor conde. Estaba castigada y me escapé.

Él sonrió al oír su respuesta, tal vez le hizo gracia su espontaneidad.

—¿De nuevo vaga sola por los campos?

—Eso no es verdad, solo daba un paseo.

—Pero la presencia de un intruso la asustó.

Ella asintió.

—¿Por qué está castigada, mademoiselle?

Angelet apretó los labios.

—Por haberme fugado ese día de la tormenta y haber regresado cinco días después con usted, Monsieur.

—Entonces soy culpable del castigo, fue mi culpa…

—No. Fue mi culpa por haberme escapado ese día y por eso me han castigado.

Él no sabía que siempre se escapaba en las tormentas ni ella creyó oportuno decirle, estar allí y conversar con él le dio un alivio extraño.

—Es muy injusto. Por favor, déjeme hablar con sus padres— dijo de pronto.

La jovencita se negó. Pensó que todo empeoraría si descubrían la presencia de ese caballero en sus tierras.

—Oh no lo haga por favor.

—Entonces no le permiten tener amistad conmigo al parecer.

Ella no se atrevió a decírselo.

—Señorita, no debe temer de mí, soy un caballero y jamás le haría daño.

Angelet sonrió.

—Por supuesto.

—Déjeme hablar con sus padres y pedirles que la liberen de la penitencia, fue mi culpa.

—Oh no, no lo haga, se enfadarán. No quiere que tenga amistad con usted, no lo ven con buenos ojos.

Tuvo que decírselo.

—Comprendo. Pero ¿qué piensa usted de eso?

Angelet se sonrojó y él notó en su mirada algo especial.

—Por favor, señorita, quiero conservar su amistad, si me lo permite. Si lo desea… sino piense que he venido como un amigo a ver cómo está y me iré y no regresaré.

Ella comprendió que el caballero estaba cortejándola y sintió su corazón latir acelerado de repente, igual que en el instante en que lo vio.

—Sí, por supuesto.

Él se acercó y sonrió.

—No me permitirán visitarla ni a usted venir a mi casa, pero le escribiré algunas veces si no le molesta.

Ella asintió.

—Pero déjeme pedirle algo señorita, no deambule sola por estas praderas. Debe acompañarla algún sirviente.

Angelet pensó que ese hombre se preocupaba mucho por ella.

—Conozco bien este paraje.

—Pero es una joven muy hermosa y educada, y su propiedad está demasiado cerca de estas costas, señorita.

Ella no lo había pensado así, le agradaba su hogar por esa razón.

Pero de pronto se encontró conversando con el señor conde del mar y de su fascinación por las tormentas desde que era una niña. Le agradaba ese hombre, se sentía tan bien a su lado. todo su rubor y timidez se habían esfumado mientras caminaban de regreso a casa y él la escoltaba con mucha caballerosidad.

Era tan guapo y gentil. Pero sabía que sus padres no lo aprobarían. Así que no dijo nada y cuando se despidieron entró mucho más tranquila, la angustia que había sentido ese día por ese encierro y penitencia se había evaporado. Se sintió feliz y reconfortada de repente.

¿Volvería a verle? Se preguntó cuando entró en la casa por un atajo sin ser vista.

Tuvo suerte en que no notaran su ausencia a la hora en que sabía todos estaban muy atareados haciendo otras cosas.

**********

No dijo a nadie que lo había visto, era su secreto y mientras todo parecía volver a la normalidad en la granja, los días eran apacibles y no había ni asomo de la tormenta.

Por su parte la señora Catherine estaba inquieta, tenía un mal presentimiento. No podía explicarlo, pero a veces le daba una rara sensación y no podía entender qué ocurría.

¿Acaso algo le ocurría a alguno de sus hijos? Pero no pensaba que fuera su hija mayor Angelet. Estaba tranquila y había cumplido la penitencia al pie de la letra, pero…

Algo estaba mal y no podía saberlo.

—Preciosa, deja de preocuparte—le dijo su esposo.

Ella le sonrió con dulzura y él la abrazó muy fuerte arrastrándola a la cama. le había estado hablando de que algo le preocupaba, pero él no le creyó, se moría por hacerle el amor como el primer día su deseo por ella seguía igual de encendido y se sentía afortunada por ello.

—Te amo Amalia—le dijo su esposo en un susurro—deja de preocuparte. Todo está bien ahora.

Ella habría deseado pensar que era así, pero… no podía evitar pensar en lo ocurrido ese día con su hija perdida en la tormenta, en

casa de ese caballero.

—¿Todavía piensas en eso, querida? Deja de preocuparte, no permitiré que ese caballero se acerque a nuestra hija de nuevo, te lo aseguro.

—Lo sé, pero temo que ella se escape y vaya a verle.

—Querida, nuestra niña no se atrevería ella es tan inocente además… Dudo que se haya fijado en ese hombre, pero lo que me inquieta es recordar la forma en que él la miraba.

—Eso también me asusta, pero sospecho que ella.

Catherine tenía algunas dudas.

—Es muy tímida y no creo que además vaya a verle a escondidas, ese hombre vive tan lejos que… en verdad que no entiendo cómo fue a dar a su propiedad ese día, debió perderse supongo.

La señora Valois tenía un mal presentimiento.

Pero no insistió en el tema, prefirió guardarse lo que pensaba.

Temía que su hija se encaprichara con ese hombre.

Su esposo insistía en creer que ella no tenía la malicia de una jovencita de su edad, era una joven seria y obediente.

—Siempre y cuando no haya una tormenta—dijo de pronto.

Su esposo la miró asombrado, no esperaba que dijera eso y se rio.

—No digas eso. Deja de pensar que ella actúa así por una tormenta.

Claro, François se negaba a creerlo, parecía algo disparatado sí, pero… no menos cierto. Ella conocía bien a su hija y sabía que algo pasaría y temía que sus presentimientos se hicieran realidad, algo se lo decía no sabía qué.

**********

Angelet guardó la carta y suspiró, aguardaba con ansiedad cada mensaje y también deseaba verle cada vez más, pero sabía no podía ser, sus padres no lo permitirían. La atormentaba pensar en eso. No quería desobedecerles, sabía que su padre jamás daría su consentimiento para esa amistad.

¿Amistad? Ella no se engañaba, era más que amistad y lo sabía.

Pero él no le había hablado todavía, solo le escribía cartas bonitas y afectuosas. Volvió a releer esa a solas en su habitación.

“Señorita Valois, lamento que su padre no me estime lo suficiente para permitir nuestra amistad. Quisiera poder visitarla y lo

haré si usted me da su aprobación. Iré a verla pronto, la echo de menos, pero espere de mí un mensaje, le ruego que no deambule sola en esas praderas".

Ella se sonrojó al pensar en esa frase, la echaba de menos, y ella también, se moría por verle. Pero debía esperar y ser paciente e…

Día tras día esperaba algún mensaje suyo que le dijera que estaba allí. A duras penas podía disimular sus nervios.

No le había dicho a nadie lo que estaba pasando, a pesar de que por momentos temía delatarse tenía fe en que pronto podría convencer a su padre…

No estaba dispuesta a seguir adelante si las intenciones de ese caballero no eran honorables, ni tampoco quería engañar a sus padres… eso realmente la mortificaba, pero no podía evitarlo.

Empezó a temer que todo fuera un juego de seducción y hasta dudó de la caballerosidad de su enamorado, había oído ciertas historias en las cocinas y…

—¿Qué te pasa Angelet? —le preguntó su hermana Sophie con mirada artera. Era muy suspicaz.

Ella la miró alerta.

—Nada…

—¿Será que habrá una tormenta o será que la tormenta es el amor que sientes por el extraño conde de Orleans?

Solían llamarle así, pero a ella no le agradaba ese apodo.

—No es nada, ya te dije.

Tenía que alejarse de su hermana, era una chismosa y la delataría si llegaba a enterarse que recibía esos mensajes les contaría a sus padres y estaría frita. La castigarían.

Pero ese día al atardecer recibió un inquietante mensaje, estaba debajo de su almohada. Era una cita, para mañana temprano. Debía reunirse con él en la pradera, cerca del lago, un sirviente suyo la escoltaría.

Angelet suspiró, al fin tenía una cita con su enamorado para verlo, ¿cómo podría dormir esa noche?

Se preguntó si podría ir a la hora indicada, si no la detendrían con alguna tarea esa mañana…

El día transcurrió rápido y no supo cómo pudo dormir esa noche. Tuvo que soportar las reprimendas de su madre durante la cena por estar distraída.

Despertó temprano y animada, pero nerviosa. Hizo sus tareas con rapidez para que nada la retuviera y a la hora señalada salió sin ser vista para reunirse con su enamorado.

Sabía que no era correcto, pero ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Quedarse sentada esperando a que su padre lo aprobara? Él ya había dicho que no y no quiso insistir.

Acudió a la cita temblando, nerviosa, luego de esperar al sirviente demasiado tiempo. Movida por la intriga y el anhelo de ver a su enamorado fue y lo hizo con rapidez, pero también sigilo.

Tardó un poco al llegar, pero fue cauta y se mantuvo atenta por si acaso, no quería ser vista.

Hasta que lo vio y su corazón dio un vuelco. Allí estaba, había ido en su caballo y tuvo miedo de que alguien lo viera si la descubrían.

Se acercó con rapidez y él lo hizo a su vez.

Sus ojos la miraron con intensidad, tanto que la hizo sonrojar.

—Señorita, no debió venir sin escolta—dijo.

Ella sonrió.

—No soy una princesa para necesitar un guardián, señor conde.

Su respuesta rápida lo sorprendió.

—Para mí es mucho más bella que una princesa y le ruego que no lo haga otra vez o deberé ir a su casa a pedirle permiso a su padre.

—¿Lo haría?

Él asintió.

—Por supuesto. En realidad, sería lo correcto.

Ella sonrió con timidez.

—¿Cómo ha estado estos días, señorita Valois?

Ella dijo que bien, pero mentía, sufría una horrible angustia y ansiedad al pensar que no era correcto verse a escondidas con ese caballero, sus cartas… debía decirles a sus padres. Pero entonces dijo que estaba bien, ¿qué otra cosa podía decir?

—Quisiera invitarla a que viniera con sus padres a mi casa este sábado. ¿Cree que aceptarían?

Angelet se mordió el labio y pensó atormentada que sus padres no aceptarían.

—Monsieur, mi padre me ha prohibido verle o tener amistad con usted… Lo siento.

Esas palabras no sorprendieron al caballero, pero se puso serio de repente.

—¿Entonces ha tenido que mentirles para venir a verme? Lo siento mucho—comentó.

Ella asintió con pena.

—También yo lo siento, sé que es injusto, ellos no deberían juzgarle así.

—Todos lo hacen, no se preocupe. Es que enviudé muy joven y en su momento fue un asunto penoso que muchos no han olvidado. Pero no tengo nada que temer ni ocultar, quisiera poder hablar con sus padres para que permitan nuestra amistad, no me agrada que tenga que mentir por mi causa.

Era tan amable y considerado, tan guapo y gentil… no sabía qué era, pero ese hombre le quitaba el aliento y dejaba su corazón acelerado sin parar un buen rato. Nunca había sentido algo así, nunca se había interesado en un caballero al punto de verse con él a escondidas desafiando la voluntad de sus padres, pero sabía que ese hombre era especial. Lo que sentía en su presencia nunca lo había sentido…

Y pensando en sus palabras le dijo que debía darles tiempo a sus padres.

—Si descubren que le veo a escondidas me castigarán, quisiera esperar…

—Señorita Angelet, eso no debe pasar, sus padres no deben castigarla por mi causa, me sentiría muy mal por ello. Déjeme hablar con ellos… pero no quisiera apresurar las cosas y que esto la perjudique.

El caballero de la mansión vaciló pues debió entender que ella no estaba segura de querer continuar esa amistad.

El sonido de unos caballos hizo que tomara su mano de repente y le dijera que debían esconderse. Ella casi cayó en sus brazos en el impulso de ocultarse y él la abrazó siguiendo el mismo impulso y de pronto sin poder contenerse le dio un beso suave y dulce, un beso que la hizo temblar de la cabeza a los pies.

Pero no era correcto y lo sabía y en cuanto le fue posible se apartó.

—¿Por qué hizo eso? —le dijo molesta, pero en sus labios sentía el fuego de ese beso, su primer beso de amor. Nunca la habían besado antes y lo que sintió fue tan intenso y extraño. Fue

como un montón de estrellas estallaran en el cielo y ella volara en una nube, una nube cálida y placentera que la transportaba a un lugar hermoso y desconocido.

Él la miró muy serio.

—Lo siento, perdóneme, es que me moría por besarla señorita.

—Pues debió hablarme primero, preguntarme si podía…

—¿Puedo besarla de nuevo? Por favor.

—Besarme otra vez, no… no es correcto.

Iba a correr, quiso hacerlo, pero él le cerró el paso y la atrapó y sintió que sus brazos vencían cualquier resistencia.

—Aguarde aquí, no corra, tal vez estén buscándola o sean intrusos señorita. No debe deambular sola en estas tierras. Déjeme ayudarla, es mi culpa. Por favor.

Ella lo miró embobada pero no se atrevió a desobedecerle, era tan agradable y protector, la cuidaba como si fuera suya, su prometida o futura esposa. No podía pensar eso, no eran más que fantasías, pero… le gustó que la llevara de regreso a su casa, que tomara su mano y la llevara muy cerca.

Conversaron del tiempo de su familia y de nada en especial, se quedaron en silencio mientras atravesaban el lago.

Sabía que esa noche no podría dormir pensando en ese beso, aunque él no le dijo por qué la había besado y eso fue lo más desconcertante y extraño.

**********

Se escribieron durante días, pero la invitación a su casa llegó de la forma más inesperada.

A media tarde ese día su padre la envió buscar por su madre y sabía que eso no era bueno, de inmediato se puso en guardia.

—Angelet, ese caballero nos ha invitado a su mansión el sábado—dijo su padre sin ocultar el disgusto que eso le provocaba. Disgusto y sorpresa…

Ella no supo qué decir y pensó que lo mejor era guardar silencio.

—¿Acaso no vais a decir nada, hija?

—Padre, lo siento.

—¿Acaso tienes amistad con ese hombre? Ese conde es muy mayor para ti.

No supo qué responder y su padre continuó impaciente, cada vez más nervioso.

—Esto no me agrada, hija, y no quiero ser descortés pero no me parece correcto que aceptemos esa invitación. Deberé rechazarla y eso también me desagrada, a decir verdad.

Ella se sintió mal.

—Pero padre, creo que debemos aceptar su invitación.

—¿Y por qué debería hacer eso?

—Porque el señor conde me agrada.

Era la primera vez que lo declaraba, a pesar de que su madre intentó preguntarle al respecto ella nunca lo había confesado.

—¿Os agrada él? Pues eso me inquieta hija, ese caballero no es para ti.

—Eso me habéis dicho y lo entiendo, pero…

No, no lo entendía, ¿qué reparos tenía su padre en aceptar que ese hombre la cortejara? ¿Solo porque era viudo?

—No es apropiado para ti. Y no me parece correcto su insistencia a tener amistad con nosotros por causa vuestra. Y espero que seáis lo suficientemente sensata para desalentarle.

—¿Por qué dice que no es apropiado? Por favor, deme una razón—le rogó.

Su padre no estaba acostumbrado a explicar sus razones cuando emitía un juicio sobre algo o alguien, ni a ella ni a nadie, a decir verdad.

—No es adecuado y deberías confiar en mi palabra en vez de pedirme explicaciones—le respondió ceñudo sin dejar de mirarla.

Su padre parecía indignado y sorprendido.

—¿Entonces ese caballero os agrada, os interesa? Pensé que no era así, que el interés era del conde y eso me alarmó, pero esto es diferente.

La jovencita no lo negó, pero apartó la mirada incómoda sin saber qué decir en realidad. O quizás le faltó coraje.

—No eres más que una jovencita necia y sin experiencia, demasiado fácil de embaucar, por desgracia. Fácil de enamorar. Pero te advierto que no debes hacerte ilusiones, olvídate de ese hombre ahora mismo. No es apropiado para ti y punto final a este asunto.

Ella no dijo nada y su padre la envió de regreso a su habitación sin haberle respondido su pregunta. Seguía sin saber por qué sus padres decían que ese hombre no era apropiado para ella.

¿Sería su edad o solo le molestaba que era viudo? No creía que fuera un hombre sin honor, al contrario, pero tal vez fuera pobre… Su padre no quería que tuviera un marido pobre. Eso lo había dicho siempre. A ella no le importaba eso en absoluto y cada día que pasaba pensaba tanto en él, todo el día casi y aguardaba con ansiedad una carta, una visita inesperada mientras se estremecía al recordar ese beso.

Ahora la entristecía pensar en lo que su padre había dicho ese día, no irían a la mansión ni permitiría que tuvieran amistad. Aunque sintiera tristeza tenía que olvidarse del conde. Pero rayos, no podía hacerlo…

**********

Los días pasaron y las cartas dejaron de llegar y Angelet pensó que el caballero la había olvidado. O quizás comprendió que era lo más prudente alejarse, que no estaba interesado en ella.

Fue entonces que siendo a mediados de primavera su madre tramó una visita a su tía la casamentera.

Su hermana Eloísa fue la primera en enterarse y fue a verla cuando trataba de leer un libro esa mañana gris, luego de haber terminado sus labores de aguja.

—Tengo noticias, Angelet… una carta de nuestra abuela. Quiere vernos… mamá está hablando con nuestro padre ahora.

—¿La abuela Clarise?

Era una dama muy remilgada y estricta. Jamás le había perdonado a su madre que huyera con su padre, ellos era los soberbios Lacroix, una familia noble y adinera. Habían esperado que su madre hiciera una boda con un noble y así lo planearon, pero su madre había conocido a su padre en París, en uno de sus paseos y él se quedó prendado de ella. eran de mundos distintos, sus familias no podían ser más distintas. Su padre no era pobre, era hijo de un próspero granjero, pero la familia de su madre no era más que un campesino rústico sin modales. Nadie entendía cómo su madre se había enamorado de ese simplón…

Su madre dijo una vez que su padre era el hombre más guapo que había visto en su vida y que se enamoró de su sencillez y franqueza. No había remilgos ni tampoco falsedad. Su padre era todo un caballero, aunque no tuviera linaje.

Pero ambas familias se opusieron al enlace.

Los Valois dijeron que Catherine Lacroix era una joven demasiado remilgada demasiado fina para vivir en una granja.

Los Lacroix dijeron que Guillaume Valois era indigno de convertirse en el marido de su preciosa hija Amelie.

No dieron su aprobación a la boda, encerraron a su madre durante seis meses hasta que escapó y se fugó con su padre.

Ella vivía en una villa de los suburbios de París y era casi una princesa. Lo tenía todo y sin embargo eran muy severos y crueles. Solían castigarla si se equivocaba en algo y su madre dijo que su vida cambió para siempre y no le importó nada abandonar su palacio para vivir en una granja junto al único hombre que amaría siempre.

Una historia tan bonita y romántica…

Pero luego de la boda vino la guerra, su familia dijo que no pagaría la dote de una boda tan nefasta. Su madre había escogido la pobreza y la vida rústica.

Esperaban que ella se arrepintiera. Que recapacitara. Pero su madre jamás se arrepintió.

La familia de su padre la recibió con afecto y ella lentamente aprendió las labores de una granja. No era lo mismo que ser la señora de una mansión, por cierto, no tenía las mismas comodidades ni tantos sirvientes. Pero era buena con la aguja y se

adaptó a remendar y hacer sus propios vestidos en los primeros tiempos. Pues su suegro despreciaba el lujo y era algo avaro.

Ella nunca se había quejado, y un día les confesó que había sido más feliz en esa granja con su nueva familia que con su antigua familia remilgada.

De cierta forma su madre fue exiliada, sus familiares la ignoraron.

Hasta que nacieron los gemelos y su madre estuvo muy grave durante el parto.

Sus hermanas fueron a ayudar a cuidar a los niños y ellas se acercaron, tía Clarise y tía Guerine.

Sus abuelos se mantuvieron siempre al margen: furiosos y ofendidos según su madre. Y ahora Angelet estaba intrigada por saber qué contenía esa carta de tía Claire.

—Ven, vamos a espiar—le dijo su hermana Eloísa como si leyera sus pensamientos.

—¿Espiar?—preguntó su hermana sorprendida.

—Sí... nuestros padres están peleando ahora.

—¿De veras?

Angelet no podía creerlo, sus padres rara vez reñían.

No tardaron en saber lo que pasaba. Era muy difícil ocultar los secretos allí. Casi imposible.

Su padre estaba furioso porque no quería ir a París ni tampoco permitir que su madre lo hiciera. nada bueno saldría de eso, vaticinaba.

Durante años los orgullosos Lacroix los habían ignorado y a él en particular lo habían odiado y humillado despreciándole por ser el hijo de un simple granjero. ¿Por qué tanto interés en verlos ahora?

Su madre estaba profundamente afligida. No se atrevía a insistir ni a contrariar a su marido.

Eloísa le dijo a su hermana en secreto ese día que su madre quería ver a sus padres porque ambos estaban muy viejos y pedían verla. Querían despedirse.

Angelet pensó que era muy triste que su pobre madre no pudiera hacer ese viaje, pero no se atrevió a decir palabra, ambas la vieron triste esos días y callada mientras que su padre estaba furioso y no decía palabra.

Entonces sucedió lo inesperado, un día, a la semana de haber recibido la carta su padre aceptó que su madre viajara a París solo si

él la escoltaba. No aceptó que sus hijas mayores la acompañasen. Esa fue su condición.

Temía que algo malo les pasara a sus niñas y ordenó que en su ausencia ambas permanecieran confinadas en la casa sin poder salir.

Angelet se sintió horriblemente mal con la decisión de su padre, pero no dijo nada. Casi se había ilusionado con hacer un viaje a París, sabía que sus abuelos querían verlas y conocerlas… pero en cambio deberían quedarse allí a realizar su tarea. Y también vigilar a sus hermanos menores.

No era justo.

Pero al menos su madre dejó de parecer un alma en pena y los días siguientes se dedicó a organizar su viaje a París.

Su padre no parecía muy feliz con la idea, nada feliz.

Pero ni loco dejaría que su madre se fuera sola.

Angelet se sonrojó al ver cuánto se amaban a pesar del tiempo que llevaban casados y cómo su familia había intentado separarles en muchas ocasiones. Hasta habían encerrado a su madre en un asilo de señoritas rebeldes que padecían lo que entonces se llamaba “mal de amores”, una especie de enfermedad nefasta que

atacaba a las víctimas: jovencitas en edad de merecer que de la noche a la mañana se enamoraban de un hombre nefasto. Es decir, si una joven se enamoraba de un hombre adecuado no se llamaba "mal de amores" …

Angelet se preguntó si ella también sufriría ese mal de amores porque sus padres no pensaban que el conde viudo fuera un buen partido, pero afortunadamente ignoraban que ella lo amaba en secreto.

Y de pronto comprendió por qué su padre no quería al conde. Lo despreciaba porque era noble y su rabia era porque representaba esa clase social que un día le dio la espalda a él y a su madre luego de la boda. El conde representaba todo aquello que su padre odiaba: aristocracia, dinero, modales refinados y también una secreta perversión pues para él todos los nobles eran una clase oscura y depravada. Malignos. Y llenos de secretos. Eso había dicho su padre una vez hacía tiempo sin referirse especialmente al conde de Orleans.

**********

Los días siguientes fueron muy tranquilos, pero ella pensaba en su antiguo amigo con frecuencia.

Y un día sin poder aguantarse más le preguntó a su hermana sobre el señor de Orleans.

—No lo he visto, ni me han hablado de él, pero ahora que estamos solas quizá nos haga una visita o puedas verle.

Angelet se sonrojó y su hermana se rio tentada.

No dijeron más, ambas tenían trabajo que hacer.

Una mañana sin embargo logró escapar de la casa, hacía mucho calor y se sentía rara, nerviosa. Una tormenta se avecinaba y ella podía sentirlo en su piel más que nadie. No había dejado de pensar en el conde, aunque extrañaba a sus padres sentía una rara liberación por su ausencia.

Llevaba días sintiéndose rara y tenía que escapar, tomar aire.

Lo necesitaba.

Caminó un buen trecho y se detuvo solo cuando estuvo muy lejos de la casa. El cielo tenía un color azulado ese día, pero de repente lo vio nublarse, lentamente las nubes plomizas se acercaban por el este, habría agua, mucha lluvia lo sabía bien y entonces ella se sentiría mejor, pero durante la tormenta lo pasaría fatal.

Por eso comenzó a caminar rápido, poseída por un impulso, no sabía bien por qué, pero necesitaba alejarse y cansarse con una

buena caminata, llevaba tanto tiempo encerrada en la casa, sin poder salir…caminó bastante, casi sin darse cuenta, feliz de estar allí al aire librero ahora estaba sola con la naturaleza y sentía deseos de caminar y solo cuando estuvo lo suficientemente lejos se detuvo.

Un hallazgo inesperado en el horizonte la crispó, dos cosas que la dejaron muda e inmóvil. La tormenta y la mansión del caballero de Orleans a lo lejos. suspiró hondamente pensando que esa imagen era bella y poderosa pero no podía ir más allá, no podía acercarse o delatar su presencia, ¿pues qué pensaría el caballero de ella? Lo hizo sin pensar, el atajo, la caminata, debió marearse en el camino y equivocarse, o lo hizo sin darse cuenta. Por su deseo de verle o saber de él… no debió hacerlo, se arrepintió enseguida pero ya era tarde, estaba allí.

Iba a esconderse, pero pensó que a esa distancia él no la vería y le gustó mirar ese paisaje un momento más. El valle y el espeso bosque a la distancia, frondoso, hermoso, tan lleno de vida y naturaleza.

Se quedó allí un momento y luego volvió sobre sus pasos con paso rápido antes de que alguien notara que se había alejado de la granja. Siguió el sendero más próximo, ese que la llevaría más rápido a casa cuando escuchó el relincho fuerte de un caballo y

tembló. No esperaba que alguien la hubiera visto y pensó que era simple coincidencia y se ocultó en la hierba.

Tuvo miedo de que fuera uno de esos bandidos que merodeaban, él se lo había advertido hacía tiempo, antes de irse a París.

—Angelet…

Al oír su nombre tembló. El misterioso jinete la conocía, sabía quién era… y ella reconoció su voz y se quedó inmóvil, no lo podía creer.

—Angelet—volvió a llamar el hombre y la vio escondida en la hierba. Allí estaba el conde de Orleans sujetando su caballo, mirándola de una forma que la hizo temblar. La había visto, o quizás fue simple casualidad y ambos fueron a ese lugar donde se vieron y hablaron por primera vez.

—Señor conde—balbuceó a modo de saludo.

Él sonrió levemente y fue a su encuentro.

—Buenos días, señorita Valois, ¿cómo ha estado? Llevaba días viniendo aquí, esperando verla.

Ella se sonrojó.

—Es que tenía mucho trabajo en la granja…

Bueno, no mentía, en parte era verdad, no quería que supiera que estaba allí castigada porque sus padres no veían con buenos ojos esa amistad…

Él la miró algo sorprendido, casi escandalizado y miró sus manos.

—Una señorita tan delicada no debería pasar trabajos—dijo—No puedo creer que esté obligada a trabajar en casa de sus padres.

—Bueno, en realidad hago algunas tareas como zurcir y juntar las frutas y los huevos… pequeñas cosas.

Ahora ella también se sentía avergonzada y pensó que una señorita distinguida no trabajaba en una granja. Él buscaría una señorita fina y de buena familia para convertirla en su esposa…

Debía regresar, pero no se atrevió a decirlo.

—Me dijeron que se había ido a París… celebro que no fuera así.

Angelet sonrió levemente.

—Fueron mis padres, tuvieron que ir a visitar a mis abuelos.

Esa noticia pareció agradarle, pero no dijo nada.

—Quisiera invitarla a almorzar, hoy la cocinera hará un pollo marinado con crema que es delicioso.

Ella sintió que se le hacía agua la boca. Tenía hambre y le encantaba el pollo preparado de cualquier forma.

—Se lo agradezco, pero no puedo aceptar, mis padres no me permiten hablar con usted, señor conde.

Tuvo que decírselo, luego se arrepintió pues lo vio muy afligido.

—Pero por qué? Soy un caballero y un hombre respetuoso.

—Lo sé, pero mis padres no quieren… lo siento mucho, no puedo quedarme ni aceptar su invitación. Debo regresar a la granja —dijo nerviosa.

No debió decirlo, pero se sintió nerviosa y desesperada pues quería acompañar al caballero, pero sabía que sus padres se enfadarían si lo hacía. Pues, aunque ellos estaban ausentes, alguno de sus criados la delataría.

Él no se mostró sorprendido, pero la miró con fijeza.

—Puede venir si lo desea, luego hablaré con sus padres, no comprendo por qué no toleran nuestra amistad y debe esconderse de mí. Soy un caballero señorita y nunca le haría daño.

—Lo sé, pero mis padres no ven con buenos ojos que hablé con usted, por eso no pude asistir a la invitación de ese día…

Parecía que había pasado tanto tiempo y sin embargo también parecía ayer. Era tan extraño.

—Lo imaginé, pero no entiendo la razón, quisiera poder defenderme, hablar con sus padres si ellos me recibieran y me concedieran una visita, pero se rehúsan a hacerlo. no comprendo la razón, espero no haberles ofendido.

—No, no es eso. pero…

—Entonces acompáñeme, señorita, déjeme invitarla con un refrigerio, si ha venido caminando desde tan lejos debe estar cansada.

Lo estaba, pero no lo dijo.

—Estoy bien, señor conde.

—Por favor, está cerca de mi casa y, además, sus padres no están… tardarán bastante en enterarse.

Su insistencia y el deseo de estar con él la convencieron.

Miró algo indecisa a su alrededor y luego subió a su caballo para ganar tiempo. Tembló al sentir que tomaba su cintura y la acercaba a él y miró a su alrededor inquieta preguntándose si alguien la habría visto. Esperaba que no, pero sabía que no podía

almorzar con el conde, solo quedarse a conversar un momento tal vez…

Cuando llegaron a la mansión y la encontró silenciosa como siempre, y casi deshabitada, hasta que entraron y pudo ver al mayordomo con cara de gárgola y a la anciana ama de llaves. Ambos le dirigieron un respetuoso saludo.

—Acompáñeme por favor…

Ella lo siguió algo insegura. Solo esperaba que nadie notara su ausencia todavía…

—Venga, acompáñeme a almorzar. Me debía usted una visita…

Tenía razón por supuesto.

Lo siguió sigilosa hasta el gran comedor.

—Pensé que se había marchado usted a Provenza…—le dijo de pronto.

—No… temo que he tenido que postergar la venta de esta mansión señorita Valois.

—¿De veras?

—Por un tiempo me quedaré—dijo él.

La llegada del almuerzo hizo que ambos guardaran silencio. Angelet notó el plato humeante y delicioso y suspiró mientras sentía su estómago crujir de hambre.

—¿Y usted no viajó a París con sus padres?

Ella lo miró sorprendida por la pregunta.

—No quisieron llevarme, mi padre cree que es muy peligroso que un joven viaje a París, aunque lleve muchas escoltas…

—Supongo que tiene razón, estos caminos no son seguros ahora señorita. Hace tiempo que no lo son. Los bandidos aguardan en los bosques esperando despojar a un incauto de su monedero o a una dama de su inocencia.

Angelet lo miró asustada.

—Espero que mis padres no sufran ningún daño, Monsieur… no pensé que fuera así.

—Oh no tema… en realidad no hay tantos bandidos como dicen. Pero creo que fue una sabia decisión quedarse aquí y no acompañarlos.

Comieron en silencio y conversaron un poco más, pero ella estaba preocupada porque debía regresar a su casa pues notaría su ausencia.

Odiaba tener que irse, pero debía hacerlo.

—Tal vez podría venir otro día—dijo el conde al comprender que no podría prolongar su visita más tiempo.

—Me encantaría, pero no sé si podré—dijo con sinceridad, sin ocultar la tristeza que eso le provocaba.

—No se preocupe, hablaré con su padre, le pediré permiso. No debemos escondernos, no hacemos nada malo.

Luego le preguntó por qué sus padres se oponían a esa amistad con mucha sutileza. La joven se ruborizó.

—Es que no lo sé en realidad, no sé la razón ni puedo siquiera imaginarla.

La mirada del conde cambió.

—¿Es porque soy viudo y no creen que sea apropiado para pretenderla?

Ella no se atrevió a negarlo.

—Pero usted ya no es una niña, puede decidir qué amistades quiere conservar. Puede decidir por sí misma.

Ciertamente que no tenía edad para mandarse sola como decía su madre y en ciertos aspectos seguían tratándola como a su hermana Eloísa que tenía quince años.

Pero debía responder, defenderse y miró a su anfitrión con tristeza.

—Señor conde, si mis padres me castigan por esto me sentiré muy desdichada. Y si desafío su voluntad no me lo perdonarán. Me encerrarían y castigarían hasta que entrara en razones. Sé cómo es mi padre.

—No lo permitiré señorita, no podría permitir que la castigaran por mi causa. No es justo. Ya no es una niñita.

No, no lo era, pero era su hija y debía obedecerles y ella lo sabía bien. De pronto comenzó a sentirse nerviosa al pensar en sus padres y cuando el reloj dio las dos campanadas tembló, era tarde, los sirvientes debían estar buscándola. Se había alejado más de tres horas con la excusa de que iría a buscar manzanas.

—Disculpe, debo regresar… mis hermanos notarán mi ausencia, o quizás algún sirviente y darán la voz de alarma—dijo.

Él la miró con fijeza.

—No la castigarán, deje que la acompañe, señorita.

—Oh no… debo regresar sola.

—No puedo permitirlo, el camino es largo y peligroso.

Mientras hablaba se escuchó un trueno y un súbito estremecimiento, como si la tierra se sacudiera toda.

—Una tormenta, oh, qué tormenta se avecina señor conde— dijo una criada.

Angelet se quedó tiesa sin saber qué hacer, era tan repentino, jamás imaginó que se levantaría una tormenta tan pronto, tembló al pensar que tendría que regresar sola a su casa, le daba mucho miedo vagar por esa tierra cuando había tormenta…

Él notó su nerviosismo y se le acercó despacio y sin dejar de mirarla le dijo:

—No se preocupe, no tiene que marcharse. No debe hacerlo con este tiempo. Avisaré a sus criados, no tema…

Como esa vez, como la vez que se conocieron… no pudo evitar sonrojarse.

—No puedo quedarme.

—Debe hacerlo, mire el cielo señorita, ¿lo ha notado?

No, no lo había notado, pero ahora que estaban cerca de la puerta y con la vista del gran ventanal del comedor vio con horror que todo estaba cubierto de nubes negras y se había hecho la noche de repente.

La tormenta, la tormenta estaba sobre la casa y parecía que quería destruirlo todo a su paso con ese viento de tempestad y los truenos, ese calor sofocante repentino que había sentido ese día y el anterior. Todo terminaría cuando estallara la tormenta.

—Tranquila, esto pasará. Está a salvo aquí, pero no lo estará si se marcha ahora, por favor. Calma…

Pero era muy difícil conservar la calma y solo sintió alivio de que sus padres no estuvieran en la granja, aunque cuando supieran que había estado allí la castigarían, pero no dijo nada al respecto y aceptó quedarse hasta que pasara la tormenta. Eso podía ser en una hora o dos, no lo sabía. Estaba inquieta y nerviosa, pero sabía que era tarde para escapar, poco después de esa conversación se desató el aguacero. Al comienzo fueron gotas sobre el vidrio y de pronto el viento, y el sonido de la lluvia golpeando las ventanas al tiempo que algo parecía estallar a su alrededor, algo que estaba completamente fuera de control.

Y como si notara su miedo, él se le acercó despacio y tomó su mano sin dejar de mirarla.

—No tema señorita, es solo una tormenta, pronto pasará. Venga conmigo, tal vez quiera beber un té caliente.

Ella lo miró aturdida y aceptó de forma mecánica ser conducida al gran comedor donde ese mayordomo con cara extraña la miró de forma desaprobadora. Se preguntó si era por ella o siempre tenía esa cara de desagrado por todo.

Trató de no pensar en sus padres ni el lío que provocaría que ella se quedara a pernoctar en la mansión del conde de Orleans. Esperaba que no fuera necesario pero esa lluvia era intensa y no se detendría a inundarlo todo como la última vez.

Una criada llegó poco después con una bandeja de plata y una gran jarra de porcelana con té caliente y bollos de crema y pastelillos de jengibre. O eso le pareció a la distancia. De pronto sintió tanta hambre, apenas había probado algo del almuerzo de ese día pues no tenía apetito ni le gustaba cuando la cocinera hacía ese pollo con esa crema marrón desabrida seguida de esa sopa de coles que simplemente no tenía gusto a nada, ocurría cuando la otra cocinera tenía el día libre y debían depender de la desabrida señora Laurent que solo sabía hervir legumbres y luego verter el brebaje en platos. Era una desgracia culinaria pero como era la nana de su padre, una vieja criada de toda la vida nadie se quejaba ni decía nada. Así que los días que madame Laurent cocinaba Angelet

pasaba hambre y luego a media tarde iba por alguna fruta a la huerta.

Por eso comió con apetito los bollos y sintió que eran deliciosos ante la atenta mirada de su anfitrión. Conversaron poco como si no fuera necesario, ella era tan feliz de ese reencuentro, de estar allí… que no quería pensar en nada más y de pronto se olvidó de la tormenta, de la lluvia.

—Me alegra haberla encontrado en la pradera señorita, echaba mucho de menos su amistad—dijo de repente.

Ella asintió sonrojada esquivando su mirada, sabía lo que eso significaba y tembló al recordar el beso que le había robado cuando se veían a escondidas. Tal vez no había sido buena idea ir allí.

Y mientras pensaba eso él cambió de tema y se hizo un extraño silencio y en un momento le dijo:

—Lo siento señorita, no he querido abrumarla con los recuerdos.

Ella dijo algo así como "descuide" pero por dentro temblaba.

El día transcurrió deprisa por la tormenta y todo era un completo caos alrededor, vio correr a los criados y moverse nerviosos de un sitio a otro afirmando ventanas como si temieran

que ese viento pudiera volar la casa entera, pero su anfitrión en ningún momento perdió la calma, parecía pendiente de ella y no de la tormenta. Pero en ningún momento intentó besarla, ni tampoco acercarse, conversaron hasta muy tarde en el comedor y luego ella se retiró a los aposentos de los huéspedes.

**********

Despertó sintiéndose cansada, pero con una extraña calma, no dejaba de pensar que estaba en la mansión del conde y casi le parecía un sueño haber regresado y estar allí, había esperado tanto verle esos días…

Pero sabía que sus acciones traerían consecuencias y no podía dejar de pensar en ello. Se levantó en cuanto pudo y fue hasta la ventana para ver cómo toda la tormenta había dejado los campos inundados como la última vez, la furia desatada aun podía sentirse a su alrededor. Como aquel día, pero algo había cambiado, no era la jovencita tímida que había ido ese día a la mansión. Había cambiado. sentía que ya no era la misma…

Cuando bajó a desayunar él la estaba esperando sus ojos la miraron con fijeza y luego sonrió levemente. Pero ella no pudo disfrutar demasiado esa paz, no dejaba de pensar en sus padres y mientras desayunaban un rato después lo mencionó.

—Mis padres se disgustarán y me prohibirán volver a verle señor de Orleans. Los criados le contarán… deben estar buscándome ahora.

Su mirada cambió, su mirada decía tantas cosas.

—No lo permitiré señorita, no dejaré que eso vuelva a pasar.

Sus palabras inesperadas la sorprendieron, pero no se atrevió a decir nada.

—Creo que fue mi culpa, deseaba tanto volver a verla y de repente cuando la vi cerca de la mansión pensé que era una visión, era un sueño. Y no quería dejarla ir anoche. Pero estoy dispuesto a hablar con sus padres y explicarles que ha sido mi culpa. Cuando regresen de París, prometo que lo haré.

—Ellos me castigarán, señor conde y no querrán que vuelva a hablarle.

—Entonces deje de escuchar a sus padres y sea usted misma señorita, quédese a vivir aquí y sea la señora de esta mansión.

Esas palabras la hicieron temblar. No podía creer que se lo pidiera.

—Necesito una esposa señorita Angelet y creo que usted sería la esposa ideal para mí, es buena y de noble corazón, es una joven

pura y sin maldad. Aunque sospecho que no está lista para eso y mis palabras la asustan o escandalizan.

Ella sintió que le subían los colores al rostro y por un instante quiso reír, gritar, correr, no podía ser verdad, lo había dicho, se lo había pedido, aunque fuera solo porque necesitaba una esposa como le explicó después.

—Me he vuelto un hombre solitario y malhumorado, durante años nadie supo si aquí vivía un fantasma o un ser de carne y hueso, señorita… ni usted lo sabía cuándo vino aquí, pero conocerla me ha cambiado. Y perderla esas semanas sin poder verla, sabiendo que podían arrebatármela si la obligaban a casarse con el hijo de algún granjero… pues eso se dice en este condado, que su padre está buscándole un esposo… Pero ahora está aquí y no quisiera dejar pasar esta oportunidad de pedírselo. Temo que soy egoísta y solo pienso en mi necesidad sin considerar que puede rechazar mi ofrecimiento.

—Rechazarle…oh no lo haría, pero… no comprendo por qué… Me siento muy abrumada señor conde.

—Porque la necesito a mi lado preciosa, quiero que sea mía. Y creo que sería la esposa perfecta para mí, traería un poco de luz y bondad a esta casa solitaria y triste. Si acepta mi ofrecimiento…

hablaría con sus padres e intentaría convencerles, lo haré en cuanto regresen, pero antes debo conocer su respuesta.

Ella tembló y se emocionó al pensar en su boda, había sido una fantasía y un sueño largo tiempo anhelado y sin embargo tenía miedo.

—Mis padres no lo aceptarán señor conde.

—¿Por qué está segura de eso? ¿Por qué es que tiene tanto miedo al qué dirán sus parientes? ¿Acaso me oculta algo señorita?

—No… pero creo que ellos nunca vieron con buenos ojos nuestra amistad.

—¿Y no cree que cambiarán de parecer cuando la pida a usted cómo esposa? Verán que mis intenciones son honorables y que soy un caballero de honor.

Ella se animó cuando dijo eso, pero luego recordó que su padre sentía una natural antipatía por el conde de Orleans solo por ser noble y viudo, sin saber cuál de las dos cosas lo irritaba más. Su padre sentía cierto desprecio por los nobles por considerarlos arrogantes y jactarse de su pasado de gloria y además dijo algo de que no era un verdadero caballero sino un donjuán sinvergüenza.

—Espero que no se sienta obligado a pedir mi mano por haber aceptado su invitación a quedarme en su casa hasta que pasara la tormenta—dijo de pronto. También ella tenía sus dudas, y su orgullo le impedía aceptar una boda impuesta por deber y honor y no por el simple deseo de su corazón.

Su mirada la hizo estremecer.

—Llevo cinco años de viudez señorita, mis parientes y amigos han intentado buscarme una esposa y se han cansado de intentarlo. Nada me obliga a pedirle matrimonio, solo mi deseo de que sea mía, mi dama—aclaró a ´último momento luego de hacer énfasis en la palabra mía.

Ella no entendía de qué hablaba pues era muy inocente, pero pensar que él quería que fuera suya, su dama le pareció muy bello y romántico. Pensó que el caballero estaba enamorado o se había enamorado por su ausencia descubriendo que de repente a pesar de su prolongado estado de viudez, cinco años le pareció mucho tiempo, ahora quería tener una esposa, una señora que cuidara de su mansión. No pensó que lo hiciera por deseo, esa palabra no se le pasó por la cabeza en ningún momento, pues esa clase de deseo ruin y egoísta no podía ser experimentado por un caballero como el conde.

—No tema señorita, solo temo a su rechazo—dijo de pronto el conde. —si usted decide no aceptar mi petición entonces no volveré a hablarle.

Angelet sonrió para sí y lo miró.

—Nunca lo haría Monsieur…si desea que sea su esposa acepta ser su esposa, pero temo que no sé cómo llevar adelante una mansión muy importante. Me he criado en una granja y soy una joven provinciana y…

—Oh no diga eso por favor, no es ninguna provinciana. Y creo que es perfecta para mí. No debe preocuparse, esta mansión ya no es lo de antaño, hace años que no lo es… ni tiene que pasar trabajos ni desvelos. No comprendo por qué sus padres la obligan a trabajar como si no tuvieran criados. A mi lado jamás tendrá que pasar ni un minuto recolectando frutas ni tampoco en alguna faena menor. Quiero que sea mi esposa y mi dama, solo para mí atención señorita.

Ella se sintió algo avergonzada al mirar sus manos levemente ásperas por la recolección de frutas y flores, no es que realizara faenas domésticas pesadas, pero siempre se le encomendaba un quehacer pues su padre pensaba que sus hijos debían ser personas útiles sin atisbo de pereza o debilidad. No quería que fuera una de

esas señoritas remilgadas que solo supiera bordar, tocar el piano o leer libros, aunque sí le inculcaba el bordado, el zurcido y también había aprendido a hacer sus propios vestidos con la aguja ayudando a su madre y a su hermana, pero no podía ni imaginar una vida sin poder ocupar sus mañanas o tardes en alguna labor de ganchillo, o aguja.

—¿Y cree que estaré a la altura de lo que espera de mí, Monsieur? ¿Que no se sentirá avergonzado de mi excesiva sencillez?

Sus palabras lo sorprendieron.

—Oh claro que no, señorita… solo debe dejar que le enseñe a convertirse en una dama de esta mansión, yo le enseñaré a ser mi esposa y lo demás, el manejo de la casa lo aprenderá con el tiempo. Madame Valois es una buena ama de llaves, maneja todo perfectamente y le enseñará lo que sea necesario.

Ella miró a su alrededor algo aturdida, feliz de pensar que acababa de pedirle matrimonio, pero preocupada por no poder ser una dama fina y estar a la altura de las circunstancias. No quería que su esposo se avergonzara de su simpleza. Pero en verdad era tan feliz que sus palabras le dieron confianza y decidió no preocuparse, la emoción la abrumaba tanto…

Hasta que se preguntó si sus padres lo aceptarían, si aceptarían un ofrecimiento como ese, no podían negarse, él la pedía como esposa.

Y mientras esto pensaba sintió unas voces fuertes a la distancia y se estremeció al reconocer la voz airada de su padre.

—No puede ser… mi padre estaba de viaje—se quejó aterrada, paralizada miró al conde con desesperación.

—Tranquila por favor, no tema, hablaré con su padre.

Angelet tuvo un mal presentimiento, no podía creer su mala fortuna ese día, su amor acababa de pedirle matrimonio y ella había aceptado, pero su padre que se suponía estaba todavía en París había regresado antes de tiempo. ¿Podía tener más mala suerte que esa?

Escuchó la voz de su padre a la distancia y tembló.

—Le dije que me lleve ante su señor, él tendrá que responder por esto. Mi hija de nuevo ha desaparecido y sospecho que está aquí. Llegamos esta madrugada y nos enteramos de que mi niña no estaba en su habitación… No intente engañarme y apártese de mi camino, anciano. Porque debo hablar con su señor y ver a mi hija.

Angelet se apartó del conde, fue un impulso y él estaba serio, pero no parecía asustado, solo sorprendido, pero la joven tembló al oír a su padre hablarle así al criado más importante de la mansión y sintió deseos de correr y esconderse de la vergüenza que le provocó ver sus malos modales y su furia.

Miró luego a su anfitrión y él sostuvo su mano y le dijo:

—No os preocupéis querida, hablaré ahora con vuestro padre y lograré apaciguar su genio.

Pero cuando su padre entró en el gran comedor minutos después no traía buen talante ni tampoco parecía sentir deseos de conversar, miró a su hija primero y luego al conde con furia.

—¿Cómo se atreve a robarse a mi hija? ¿La ha raptado usted? Pues le advierto que tendrá que responder como hombre. Le advertí hace tiempo que se alejara de mi hija y ahora como un zorro aprovecha mi ausencia para presentarse en mis tierras y …

—Padre, por favor, no diga eso. fue por la tormenta que me quedé ayer, no es lo que cree.

Su padre la miró lívido.

—¡La tormenta! Pues creo que fue este caballero quién al enterarse de nuestra ausencia fue a buscarte.

Angelet se alejó temblando, pensando que su padre lo arruinaría todo y el conde ya no querría pedir su mano, cambiaría de idea de solo pensar en emparentarse con ese hombre de tan mal carácter y pésimos modales. Su padre realmente no podía verse menos favorecido con esa capa cubierta de agua, sus ropas más sencillas y las botas llenas de lodo, pero lo peor era su rostro desencajado por la furia y esa barba sin rasurar que le daba un pésimo aspecto.

—Monsieur Valois por favor, déjeme hablar con usted con calma. No le he hecho ningún daño a su hija, aquí está, puede verlo con sus ojos.

Su padre la miró con una mezcla de rabia y alivio, pero fue transitorio, seguía muy enfadado con el conde y no lo dejó hacer ninguna petición.

—¿Cómo se atreve? Le advertí que no volviera a acercarse a mi hija, se lo dije. Esta amistad arruinará a mi hija, le romperá el corazón porque usted no me engaña con sus modales y sus ropas finas señor, todos sabemos bien quién es el conde de Orleans y de lo que es capaz. ¿A quién intenta embaucar ahora? ¿A mi pobre hija que lo mira con ojos de enamorada? La pobrecita es una niña casi,

no ha vivido nada y se deja impresionar por los modales y galanterías de un falso caballero como usted.

Esos agravios cayeron como un cubo de agua fría en el conde, quien a pesar de su disgusto se acercó a la joven y le dijo que aguardara en la salita de música. Ella miró a su padre avergonzada y triste, al borde de las lágrimas, pero él no la dejó obedecer.

—Señorita Valois, alto ahí. Tú no obedecerás a ningún conde de pacotilla. Me obedeceréis a mí que soy vuestro padre y me esperaréis en la sala que Marcel os llevará de regreso a casa de inmediato. Luego daré cuenta de ti por desobediente y necia, pero primero debo hablar con este hombre para que se aparte de nuestra vida de una vez.

Ella miró a su padre aterrada sintiendo una punzada en el corazón, imaginó que eso pasaría, que su padre lo arruinaría todo y le impediría ser feliz. Él había dicho que nunca sería la esposa de ese conde, pero pensó que exageraba ahora sabía que su padre odiaba al conde y no entendía por qué. Acababa de decirle frases duras y agraviantes, lo había llamado embaucador de muchachas y falso caballero. Pero el conde se mantuvo muy calmo, aunque empezaba a estar enfadado.

—No temáis preciosa, esperadme en la salita, todo se arreglará. Confío en que al conversar dos caballeros pueden entenderse sin ofender ni gritar—dijo él.

Angelet miró a su enamorado y decidió obedecerle a él, pero al abandonar el comedor el criado de su padre la esperaba con otros dos mozos y le dijo que los acompañara.

—Señorita Valois, debe venir con nosotros. Su padre así lo ha ordenado.

Ella miró al conde desesperada, no quería irse, no quería que todo se arruinara.

—Aguarde, no se llevarán a mi prometida—intervino el conde al ver que necesitaba ayuda y le hizo un gesto al mayordomo de que expulsara a esos hombres.

Angelet no supo qué pasó entonces, pero la mansión se vio invadida de sirvientes, algunos desconocidos para ella y vio que los campesinos de su padre, esos que había llevado para enfrentarse al conde eran expulsados a la fuerza.

Al ver lo ocurrido su padre intervino.

—¿Qué demonios hace usted con mis hombres? He venido a buscar a mi hija y me la llevaré.

—No, no lo hará. Es mía y me casaré con ella.

Esas palabras dichas por impulso no eran lo que esperaba su padre.

—¿Qué ha dicho Monsieur? ¿Acaso se ha vuelto loco? ¿Casarse con mi hija? Primero debe tener mi aprobación y no la tiene en absoluto.

—Pues nunca estuve tan cuerdo en mi vida. Iba a pedírselo el día que fui a su casa, pero usted me expulsó sin siquiera oírme.

—¿Y ahora tiene la osadía de pedir la mano de mi hija? Usted es un hombre malvado, señor conde y le advertí que se alejara de mi hija. Mi hija es una joven buena y pura, pero usted la ha estado conquistando a mis espaldas, sin respetar mi voluntad y sin respetar las reglas de la decencia de no ir a donde sabe que no será bien recibido. Pero si cree que le daré la mano de mi hija está muy equivocado. No lo haré. Jamás daré mi consentimiento para esa boda. Olvídelo.

Angelet comprendió que era inútil alejarse y fingir que no había oído nada desde la salita de música, había oído cada palabra y pensó que debía ir con su padre y olvidarse de esa boda. Todo se había arruinado y debió imaginar que su padre diría que no, aunque

no imaginó que guardase tanto odio al conde. ¿Solo porque era viudo y había rumores que decían que no era un verdadero caballero?

Se acercó a la puerta resignada, luchando por no llorar, por un momento había sido tan feliz y se había sentido tan afortunada… demasiado bueno para ser cierto, demasiado perfecto que él le pidiera matrimonio y…

Tomó el picaporte de la puerta y lo giró lentamente, pero notó que no cedía. Como si alguien la hubiera encerrado. ¿Tal vez por descuido?

—Aguarde señor Valois, no puede llevarse a su hija ahora.

La voz del conde era fría y lo que siguió fue un silencio extraño luego de tanto griterío.

—¿Por qué me dice eso, conde? —preguntó su padre con voz alterada. —¿Cómo se atreve a decir que no puedo llevarme a mi hija?

—Porque ella quiere ser mi esposa y no puede llevársela por la fuerza. Ya no es una niña.

—¿Qué ha dicho usted? ¿Que mi hija quiere casarse con usted? Pues no podrá hacerlo jamás sin mi consentimiento. Todavía

es mi hija, y no su prometida, jamás será su prometida. Ha estado seduciendo a mi hija a mis espaldas, aprovechando mi ausencia como un zorro miserable. Oh sí es usted un zorro señor conde. ¿Cree que no sé los disgustos que causó a su padre?

—Me ofende usted, no comprendo por qué tanto odio, jamás le hice nada a usted ni a su familia señor Valois. Y acabo de pedirle a Angelet que sea mi esposa y ella ha aceptado. Soy un caballero, aunque usted piense lo contrario y mis intenciones son honorables.

—¿Honorables? ¿Llama honorable a raptar a mi hija en dos ocasiones? ¿Cómo se atreve a invitarla a su casa sin mi consentimiento? ¿Y cómo ha tenido la osadía de pedirle matrimonio sin antes saber qué pensaba yo sobre eso?

—Lo hice y ella me ha aceptado.

—Pues me niego terminantemente a dar mi aprobación.

Angelet tragó saliva al oír esas últimas palabras de su padre, lo había dicho, jamás aceptaría esa boda y no había más que hablar.

La jovencita sintió que su corazón se partía lentamente y habría querido abrir la puerta y correr. Esa boda nunca podría ser. Porque su padre no creía que él fuera digno de ser su esposo. Su petición de boda no lo había convencido, nada lo convencería jamás.

Pero la puerta no se abría y ella debía contener las lágrimas y esconderse para que nadie la viera así.

Desde la sala se escucharon pasos como si ambos se alejaran, no podía entenderlo. Hasta que escuchó la voz airada de su padre gritar:

—Jamás, nunca lo consentiré. Antes la enviaré a un convento Monsieur Orleans. Nunca dejaré que mi pobre hija sea desdichada al lado de un hombre libertino y egoísta. Usted podrá ser muy rico y tener estas tierras, pero no tiene honor ni tampoco un ápice de bondad ni buenas costumbres. Debería buscarse una esposa en algún tugurio de París como hizo la última vez en vez de pretender desgraciar la vida de una joven buena y honesta. Deje de fingir, yo le conozco bien desde que era un muchachito, a mí nunca podría engañarme.

Algo dijo el conde entonces, algo que en vez de apaciguar a su padre lo enfureció mucho más. Angelet no pudo escucharlo solo pensó que debía aguantar las lágrimas para que él no la viera así, tan desdichada. Demasiado mal le había hecho su padre con sus horribles agravios, ella no creyó ni una sola de las acusaciones y pensó que su padre solo lo odiaba porque era rico y de noble linaje,

y porque en el pueblo había ciertas habladurías sobre el conde. No pensó que su padre se dejara llevar por esos prejuicios.

—Usted decide Monsieur Valois. Hace tiempo le hablé de mi afecto por su hija, de nuestra amistad, pero usted me acusó de querer seducirla. Ahora le pido su mano y usted me la niega con odio y desprecio sin tener en cuenta los sentimientos de Angelet.

—Mi hija está deslumbrada por sus modales de gentilhombre, nunca ha salido de mi casa más que para verle a usted, ¡¿por desgracia! ¿Qué sabe ella de la vida, de las personas? Solo ve las apariencias sin ver su deseo cruel y egoísta. Si realmente quería buscar una esposa pudo tenerla hace mucho tiempo. Y si tuviera algo de decencia la dejaría en paz como le pedí, pero al parecer no está en su deseo y deberé convertirme en su enemigo.

Luego de esas palabras el conde no respondió y momentos después la puerta se abría y el conde en persona iba a despedirla. Su mirada lo decía todo, su mirada intensa y la forma en que se le acercó y ese beso que le robó y no deseó evitar. Un beso ardiente y desesperado.

—Preciosa, prometa que será mía y nadie impedirá que la convierta en mi esposa muy pronto—le dijo luego.

Sus palabras le provocaron un sobresalto, ¿cómo podía hacer tal promesa si su padre había dicho cosas tan terribles? ¿Cómo podía desear que fuera su esposa si ese hombre le había ofendido de mil formas con sus acusaciones falsas llenas de prejuicios?

No tuvo valor de hacer tal promesa, pero entonces lloró, ya no pudo contenerse.

—Mi padre lo ha agraviado Monsieur, ¿cómo puede pensar en bodas ahora?

—No me importa eso, no es su culpa mademoiselle, solo me importa usted preciosa, solo usted… no tiene que obedecerle, él no es su amo.

—Es mi padre y debo obedecerle, Monsieur. Si su noble petición no le ha convencido no sé qué más podría hacerlo.

—Tal vez su decisión señorita, si realmente quiere ser mi esposa… ahora su padre lo sabe y buscará la forma de separarnos buscándole un marido granjero. No permitiré que eso suceda, señorita Angelet.

Ella sintió que las lágrimas le robaban las palabras, se sintió incapaz de decir nada y solo lloró mientras luchaba por no hacerlo. no se sintió fuerte para enfrentar a su padre y pedirle que la dejara

casarse con el caballero, toda la situación la dejó muy herida y maltrecha y ahora solo le quedaba recoger los trozos de su dignidad y alejarse. Sentía rabia y dolor por todo, jamás pensó que su padre tendría una reacción semejante, no lo creía en él, solía ser un hombre mesurado, pero nunca había estado de acuerdo con esa amistad, desde el principio, sin decirle por qué, ahora sabía la razón.

—Señorita, no se vaya así, aguarde por favor—dijo de pronto el caballero.

Ella lo miró con tanta tristeza.

—Pero debo irme, mi padre fue muy duro con usted, pero no puedo desobedecerle. Lo lamento mucho.

Y tras decir eso se marchó sintiendo que su corazón se hacía pedazos y que ahora además la esperaba otro castigo cuando llegara a su casa por haberse escapado.

Su padre sin embargo no estaba tan furioso cuando la vio, sino que pareció aliviado, aunque tenía los nervios los tenía a flor de piel. Pero algo cambió al verla, notó que estaba llorando y miró al conde con rencor.

—¿Por qué has llorado hija? ¿Qué te ha hecho ese hombre?

Ella lo miró trémula.

—No me hizo nada padre, se lo juro.

—¿Lo juras por tu madre? ¿Juras que no pasó nada anoche entre ese hombre y tú? —sus ojos echaban chispas, pero en esos momentos el señor Valois estaba más asustado que furioso.

Su mirada era dura y sus ojos brillaban por los nervios, estaba de nuevo irascible y debía tranquilizarle.

—Solo me invitó a quedarme por la tormenta, como esa vez…

—¿Y cómo es que de ir a hacer tus quehaceres terminas en la mansión del conde? ¿Acaso fue a buscaros aprovechando nuestra ausencia?

—Oh, claro que no padre… solo fui a dar un paseo ayer, fui a caminar y luego lo vi y conversamos. Me invitó a almorzar y luego la tormenta… la tormenta impidió que regresara, se lo aseguro.

—Ese zorro debió ir a buscarte y te trajo aquí. Y tú sigues pensando que es tu príncipe azul. Te equivocas hija, no es un príncipe. Es un hombre malvado por eso quiero alejarte de él. Para evitarte el dolor. ¿Crees que debería sentirme halagado porque mi hija mayor tenga un esposo noble y viva en una mansión? No soy esa clase de padre. Solo ambiciono una vida digna y cómoda para mis hijos, pero no a ese precio.

Angelet se subió al caballo sin decir palabra. Tuvo que soportar su reprimenda y futuros castigos.

—Padre, lo siento mucho…

Él no le creyó demasiado, estaba molesto y rabioso.

Al llegar a la granja la joven se sentía muy abatida y los sermones no habían terminado.

Su madre estaba enfadada y triste. No tardó en enterarse de los detalles de ese viaje que lejos de haber sido un reencuentro con los abuelos fue una completa desilusión.

—Madre, ¿qué ha pasado? ¿Por qué regresasteis tan pronto?

Ella la miró alicaída.

—Llegamos sin contratiempos, Paris fue lo más bonito de la travesía, pero mis padres estaban molestos porque llevé a mi esposo. Lo odian, eso no ha cambiado y mi madre ignoró su presencia y apenas cruzaron unas palabras…

Su madre tragó saliva y luego la miró.

—Fue muy tenso y realmente no lo pasé bien… mis padres jamás me perdonaron que me casara con Guillaume y aún en la enfermedad, casi sin fuerzas… creo que los disgustó mucho que fuera con él.

–OH madre… eso no está bien.

—Por eso me vine antes, no pude soportarlo. Fui muy ingenua ¿sabes? esperaba poder reconciliarme con mis padres, que todo fuera como antes pero solo recibí amargos reproches y su desilusión porque no llevara a mis hijos. Querían conoceros a todos…

—Lo siento mucho, madre…

Angelet se sonrojó cuando su madre le preguntó por el conde.

—Os escapasteis aprovechando nuestra ausencia y vuestro padre os castigará.

—Oh madre, por favor, hablad con mi padre… el conde me ha pedido matrimonio.

La expresión de su madre cambió.

—¿Qué?

—Sí, es verdad…

—Pero debió hablar con vuestro padre primero. A menos que…

Su madre la miró asustada.

—Acaso ese hombre os tocó?

Angelet la miró sonrojada.

—No… solo me besó, pero no pasó nada más. Se lo juro. Pero me ha pedido que sea su esposa. Y hablaba en serio. Dijo que lleva cinco años viudo y que necesita una esposa. Madre, por favor, hable con él… trate de convencerlo.

Catherine miró a su hija sin ocultar su tristeza. ese día todo estaba de cabeza, luego de llegar muy temprano, a media mañana y tras haber hecho un viaje tan triste se enteraron de que Angelet había desaparecido el día anterior y nadie había ido a buscarla.

—Pero querida, no puedes casarte con el conde, él no es un hombre adecuado para convertirse en tu marido.

—¿Por qué? ¿Por qué dices eso, madre? ¿Por qué mi padre lo odia tanto? Solo porque es noble.

—No… no es solo por eso. hay algo más.

—¿Qué? ¿Qué es? Por favor dímelo.

—No tiene buena reputación, fue un joven calavera mi niña, irresponsable… dicen que mató a su padre de un disgusto cuando se casó con una actriz de varieté de París… su hermano mayor falleció y él se convirtió en heredero. su padre esperaba que asumiera sus nuevas responsabilidades, pero no lo hizo y luego su esposa murió…

es viudo Angelet y además ha traído mujeres de vida ligera y damas de mala reputación a la mansión de piedra. Es un libertino. Sé que tú no entiendes demasiado lo que quiero decirte, pero…

Angelet se sintió desilusionada cuando lo supo, su madre le dijo que era verdad.

—Por eso tu padre lo desaprueba, tiene mala reputación, es un libertino.

—Pero él me pidió matrimonio, madre.

—Tal vez lo hizo para tenerte a su lado, porque te desea… porque eres una joven de buena familia y no podría tenerte de otra forma. Pero no serías más que un capricho como lo fue su otra esposa… un capricho fruto de su rebeldía, se casó con esa joven para desafiar a su padre que esperaba que se casara con una joven hija de algún noble amigo suyo, pues entre nobles las bodas siempre son concertadas.

—Pero él me ama madre…

—¿Os lo dijo? ¿Acaso os juró amor eterno?

—No… pero la forma en que me pidió que fuera su esposa.

—Pero no sería un buen esposo, ¿y si luego conoce a otra mujer y la invita a la mansión como hacía antes? Es inmoral. Tienes

que comprender que ese hombre no te merece hija mía, no te merece ni deberías sentirte halagada por recibir su ofrecimiento.

Angelet se sintió alicaída, como si después de sentir que tocaba el cielo con las manos caía de forma abrupta al vacío. Aunque al comienzo se negó a creer en las palabras de su madre luego comprendió que ella decía la verdad pues sabía que su madre nunca mentía, ni ella ni su padre.

—Angelet debes comprender que ese hombre no es para ti, olvídale, hija mía, olvídale porque sufrirás. Vuestro padre jamás dejará que te cases con ese caballero, y es por tu bien, no es apropiado para ti.

La joven recordó las palabras del conde la forma en que le pidió que fuera su esposa. "Quiero que seáis mía, preciosa, mía".

Suya. Como su amante. Como las amantes que había llevado a su mansión sin ningún pudor. ¿Es que seguiría defendiendo a ese bandido? Su madre no mentiría en algo así y si aseguraba que el conde era un pícaro sinvergüenza, debía serlo.

Pero le había pedido matrimonio. ¿Si sus intenciones no fueran honestas por qué pedirle que fuera su esposa? ¿Por qué hablar con su padre y enfrentarle sabiendo cuánto lo odiaba?

No, no quería pensar que el conde era un hombre malvado que solo deseaba hacerla suya por eso le pedía matrimonio. Él sentía algo por ella, la buscaba y también la había echado de menos. ¿Por qué inventaría eso? Si podía tener una querida, no necesitaba seducirla.

—Angelet, mírame, sé que estás herida. Puedo verlo. Pero esto pasará y luego entenderás que fue lo mejor.

No, nunca podría resignarse, nunca podía pensar que había sido lo mejor. Regresó a su habitación y se encerró para evitar que su hermana Eloísa le hiciera preguntas. Quería estar sola y llorar, tenía el corazón roto y no podía dejar de pensar que cuando sintió que tocaba el cielo con las manos todo se había evaporado como en un sueño, como si lo hubiera soñado todo y de pronto despertara a la cruel realidad.

Se dejó caer en la cama y luego se volvió para mirar por la ventana un cielo gris, tan gris como se sentía ahora.

********

Sin embargo, no fue castigada como esperaba, por una extraña razón no fue azotada, ni la obligaron a hacer faena extra, solo las tareas de siempre.

En realidad, que estaba tan triste que no le habría importado. Nada le habría afectado más que el dolor que sentía en su corazón al comprender que ya nunca podría ser la esposa del conde. Su primer amor… y también su primera herida del corazón. Si no fuera amor no le dolería tanto, si no fuera su amor no guardaría no sé qué loca y absurda esperanza…

Día tras día esperaba que ocurriera un milagro y de pronto sus padres le dijeran que habían cambiado de parecer y aceptarían al conde, dejarían que se casara con él. Pero sabía que eso no pasaría, sus padres estaban muy firmes en sus pensamientos y convicciones. Habían emitido un veredicto, un juicio inapelable y no cambiarían de parecer. Pues según ambos el conde no era digno de pedir su mano.

Entonces ocurrió algo inesperado.

Una mañana a casi una semana de ese incidente su padre la mandó buscar.

Todavía estaba esperando el castigo por haberse escapado esa tarde, no dijeron nada sobre eso, pero imaginó que luego de ese día no la dejarían salir más.

Ahora recibiría otra reprimenda. Estaba segura.

Fue trémula a ver a su padre.

Estaba enfadado, la miró ceñudo, molesto.

—Pasa, siéntate Angelet.

Ella obedeció y tuvo deseos de que la tierra la tragara pues pensó que ahora sí vendría el castigo por lo que había hecho, tarde, pero llegaría.

—Hija mía quiero hacerte una pregunta y tú debes responderme con sinceridad. Solo piensa en ser sincera porque esa respuesta cambia muchas cosas.

Ella lo miró asustada, no entendía qué pasaba hasta que su padre habló.

—Hace días jurasteis en mi presencia que el conde de Orleans no os había tocado. Pero ahora al parecer alguien dice lo contrario. Vuestra madre dijo que tú solo habías confesado que él os había besado, ¿es verdad?

Angelet tragó saliva y asintió.

—Lo siento… solo fue un beso, un beso robado padre.

—¿Solo un beso? Dime la verdad porque si me habéis ocultado algo luego habrá consecuencias y no os dejaré aquí si lleváis en vuestro vientre el fruto de esa abominable aventura.

Angelet lo miró espantada, incapaz de entender de lo que su padre estaba hablando hasta que él insistió sobre eso. quiso saber si ellos habían dormido juntos, como si estuvieran casados, pero sin estarlo.

—No, no padre, se lo juro. Jamás… el conde jamás me habría hecho daño.

—Pues han estado hablando de ti y del conde, han dicho que pasasteis dos noches en su compañía, la primera porque os asustasteis y perdisteis en la tormenta, pero la segunda os quedasteis en la mansión por propia voluntad. Eso me enfurece, porque esos rumores te han arruinado hija. Ahora no podré casarte con un granjero porque ahora todos creen que eres la amante del conde de Orleans.

Angelet se puso pálida.

—Pero eso no es cierto padre, no es verdad… ¿Por qué dirían algo tan horrible de mí?

—No lo sé, tal vez alguna comadre envidiosa porque él prefirió escoger a la hija de un granjero y no a su preciosa y distinguida hija. Hace tiempo que ese hombre aparece un tiempo y luego desaparece y en esas ocasiones las casamenteras se lanzaron

al ataque como si ese hombre fuera una codiciada presa y para ellas lo es por supuesto.

Angelet comprendió que la habían agraviado y ahora todos la señalarían con el dedo.

—Al final ese demonio lo hizo, quizás fue él para vengarse.

—¿Que? No entiendo padre…

—Lo que me pregunto si no fue él quien habló y dijo que habías pasado la noche en la mansión para alardear de su conquista. O quizás sus criados. Lo cierto es que te ha arruinado… ese hombre me ha arruinado y te ha arruinado a ti. Han estado diciendo que tú eres su nuevo capricho amoroso. Y yo no podré encontrar un hombre decente dispuesto a casarse contigo ni ahora ni nunca porque una vez que la reputación de una dama se ha mancillado nada puede arreglar eso. Pero esto no quedará así, obligaré a ese demonio a retractarse, a disculparse.

—Padre, él no lo hizo… seguramente fue un rumor malintencionado.

A Angelet no le importaba que todos dijeran que era el nuevo capricho amoroso del conde, le daba una alegría casi salvaje saberlo, que todos los supieran y que eso alejara a todos los granjeros del

condado pues ella no tenía intención de casarse con nadie. Solo con el conde…

Pero su padre estaba furioso y herido, como cuando regresó de París y estuvo días malhumorado y de mal talante por haber tenido que sufrir un último desplante de sus suegros.

—Pues ahora tendrá que explicar qué es estoy por qué parece decidido a destruirte. Pensé que al menos era sincero cuando dijo que te quería como su esposa, parecía tan desesperado y vehemente. ¿Y ahora les dice a todos que eres su querida? ¿Qué clase de hombre actúa así?

—Él no fue, él no lo haría…no son más que rumores padres, seguramente alguien dijo que me vio en la mansión y por eso…

—Es que tú nunca debiste ir a su casa. Ni estar cerca siquiera. Pero el mal está hecho y deberé tomar una decisión porque el daño que ese hombre te hizo ya está hecho y me enfurece sentir que no puedo hacer nada. En parte ha sido tu culpa, pero su responsabilidad es mayor. Jamás debió pretender a la hija de un granjero. Pero siempre ha sido irresponsable y temerario en el pasado y ahora que su padre no está todo ha empeorado pues no le debe explicaciones a nadie.

Angelet comprendió por qué su padre estaba tan furioso, acababan de mancillar su reputación y él no podría casarla con el hijo de algún granjero del condado ni ahora ni en el futuro y eso lo atormentaba.

—Padre, ¿qué pasará ahora? ¿Usted me enviará a un convento? —preguntó al comprender que la situación era mucho más grave de lo que había imaginado.

—Tal vez lo haga para evitar que ese bandido os ponga un dedo encima, no dejaré que mi hija sufra al lado de un marido mujeriego y seductor de muchachas.

Angelet no dijo nada, la entrevista había terminado y no sabía qué haría su padre pues él no pensaba decírselo, quizás todavía no estaba decidido.

De repente se sintió apesadumbrada y triste al pensar en que pasaría el resto de sus días en un convento.

No quería eso, quería tener un esposo e hijos, quería ser como cualquier joven de su edad, no había nacido para ser monja y ni vivir confinada…

Su hermana fue a verla al anochecer, luego de la cena.

—Nuestro padre está furioso, han dicho cosas feas de ti Angelet–le dijo.

—¿Cómo sabes eso?

—Oí a nuestros padres hace un rato, discutían.

—Pues no deberías espiar a nuestros padres. Te castigarán.

—Angelet, dicen que ahora deberás casarte con el conde. ¿No estáis feliz?

—¿Qué?

—Para salvar tu honor, nada más. no quieren que te cases, pero debes casarte para que acallar los horribles rumores.

—¿Eso lo dijo nuestro padre?

—No… fue nuestra madre, dijo que esa era la solución.

—¿Y nuestro padre qué dijo sobre eso?

—No quiso aceptarlo por supuesto, ¿qué crees? Se niega a esa boda, pero al final deberá aceptarlo pues ¿qué más puede hacer? Ahora todo está perdido para ti, nunca podrás casarte Angelet y eso es muy serio. Nuestra madre lloró porque no quiere que vayas a un convento ni que te conviertas en una solterona. Eso es muy triste dijo y también injusto, pero es evidente que ningún

joven de buena familia te querrá ahora pues dicen que eres la amante campesina del conde.

—¿La amante campesina? —Angelet se sintió horriblemente avergonzada, no podía creer que fueran tan crueles.

Su hermana sonrió.

—¿Y qué esperabas? Dos veces has pernoctado en su mansión y la última te escapaste de aquí.

—Pero eso no es verdad, nunca pasó nada …

—Pero las comadres sienten celos y envidia de que la hija de un simple granjero del condado haya eclipsado al guapo y codiciado heredero. Es lo que dice nuestra madre…

—¿Y qué dijo nuestro padre al respecto? ¿Qué hará ahora?

—No habló, pero está furioso, dijo que debe hablar con el conde sobre esto, pero no veo que eso resuelva nada. Ahora deberá aceptar que ese hombre te desposa y supuse que eso te pondría feliz por eso vine a contarte.

Angelet sonrió levemente, no podía creerlo. ¿Acaso obligarían al conde a casarse con ella luego de que lo habían despreciado por considerarlo indigno?

—O puede que lo rete a duelo.

—¿Cómo? Pero eso es una locura.

—Bueno, tu honor debe ser defendido, es lo que se acostumbra, pero como ha sido tu culpa por insensata, quién sabe…

—No fue mi culpa, yo no imaginé que esto pasaría Eloísa.

—Pues debisteis imaginarlo. ¿Qué creías? Dicen que el conde es una calavera sinvergüenza.

—Oh cállate por favor no habléis así de él. No se puede juzgar a alguien por sus apariencias, además él me pidió matrimonio.

Lo dijo con orgullo y su hermana apretó los labios y se alejó.

—Pues no creo que nuestro padre planee una boda como deseas. Odia al conde, lo detesta, dice que es un libertino irresponsable.

—Eso no es verdad, no hables así del conde. Por favor.

Los ojos oscuros de su hermana se agrandaron de repente.

—Tú lo amas ¿verdad? —le preguntó.

Angelet asintió sin decir nada más.

No le gustó nada saber que decían que era la amante campesina del conde, era insultante de cierta forma señalar su amistad de una forma tan irrespetuosa. Se preguntó qué pensaría el

conde de todo eso, si no estaría indignado y buscaría la forma de enmendarlo.

¿Pero lo permitiría su padre?

No hubo movimiento alguno de su parte, se reunió con su madre, hablaron días después, pero nada se hizo al respecto.

**********

Los días pasaron sin novedades, como si el conde hubiera cambiado de parecer y hubiera desistido de su intención de convertirla en su esposa.

Angelet era muy vigilada por todos en la granja y no se le permitía salir a ningún lado. Ese había sido su castigo. Su padre le había prohibido acercarse a la mansión del conde bajo ninguna circunstancia y tampoco podría caminar sola como antes y para rematar su tormento todas sus tareas eran en la casa y se limitaban al zurcido, bordado o labor de ganchillo. Esas tareas que antes realizaba con tanta alegría de recoger frutos, huevos o demás le fueron suspendidas por completo. Como si sus padres temieran que nuevamente escapara para reunirse con su enamorado.

Los días pasaron y la alegría de la proposición y la estancia en la mansión se fueron evaporando. Angelet se sentía triste y

desorientada pues temía que su enamorado no insistiera y ella se quedara manchada para siempre por el escándalo.

Tuvo la sensación de que hasta los criados de la granja la miraban diferente ahora, sus padres también. Y Angelet comenzó a preguntarse si no estarían planeando enviarla a un convento en secreto, sin decirle nada.

Tembló al pensar que eso tramaban y habría querido impedirlo, pero…

Se preguntó cuánto tiempo más seguiría todo así pues podía percibir una horrible tensión en el aire, en el ambiente de su casa. Miradas, susurros y la horrible sensación de que la miraban distinto y la culpaban de su propia desgracia.

No era justo, ella no había hecho nada, solo se había enamorado locamente del conde y había sido imprudente tal vez, pero… jamás imaginó que eso pasaría. Jamás pensó que todo tendría ese final….

Él no era un malvado libertino ni tampoco un irresponsable. Su padre lo odiaba por ser noble y no era justo…

Angelet pensaba mucho en el conde, cada día, demasiadas horas al día y su ausencia solo aumentaba su dolor y desconcierto y

la firma creencia de que había sido acusado injustamente de ser un libertino.

Una mañana mientras se dirigía al cuarto de costura en busca de tarea para llenar su día y no pensar tanto en Philippe escuchó voces en la habitación de sus padres. Eso no era extraño y debió seguir su camino, pero escuchó una palabra que la inquietó. "Marido para nuestra hija". Supo de inmediato que hablaban de ella y se quedó inmóvil agazapada en un rincón mientras se esforzaba en escuchar todo lo demás.

—Debo encontrarle un marido a Angelet para que ese infeliz deje de molestarla. Temo que regrese o que intente algo tan horrible como un rapto.

—¿Oh, Guillaume, creéis que se atrevería? —replicó su madre.

—Es un libertino, Amelie. En el pasado fue muy atrevido y osado y temo que se haya encaprichado de nuestra hija. Me pregunto si no fue él…

—Qué?

—Si no fue él quien hizo correr la voz sobre nuestra hija para vengarse…

–¿Pero por qué lo haría, con qué fin? Acaso él no se ha marchado de la mansión.

Angelet tembló al oír eso último.

—Quizás se fue apenado por el escándalo—dijo su esposa—tal vez sí la ame, Guillaume.

—¿Habláis de amor? Oh, claro que no. Ese cretino es incapaz de sentir amor, querida.

—Pero tal vez haya cambiado y la quiera, lleva mucho tiempo insistiendo.

Angelet se quedó sorprendida al escuchar a su madre defender a Philippe pues nunca lo había hecho hasta entonces.

—¿Amor? ¿Crees que eso es amor? Es lujuria, es deseo y lascivia y mi hija no será el capricho de ningún aristócrata presumido y libertino. Y como no tuvo lo que quería decidió largarse, como un perfecto cobarde. Ciertamente que me lo esperaba, pero me hubiera gustado que al menos me hubiera enfrentado.

Su padre estaba de nuevo furioso y dijo que le buscaría un marido pronto para ponerla a salvo de ese cretino y del escándalo.

—Ahora solo quiero que estos rumores se acallen, al menos eso y luego buscaré un esposo a nuestra hija.

—¿Crees que puedas encontrarle un esposo?

—Solo el tiempo lo dirá, si encuentro a un joven digno de nuestra hija que quiera pedir su mano… si ese hombre se marcha con el tiempo todo esto se olvidará… espero que sea así.

Angelet sintió su corazón latir acelerado y se alejó para que no la descubrieran. Pensaba en el conde más que antes y se preguntaba si iría a buscarla un día para convertirla en su esposa, aunque su familia se opusiera, si tendría el coraje, si la amaría como su madre había dicho. Por algo lo dijo, quizás ella pensara diferente a su padre, pero no se atreviera a contradecir abiertamente a su padre.

Luego pensó que el conde se había marchado.
Difícilmente iría a pedir su mano. No, no lo haría… quizás solo había sido un juego para él, un pasatiempo.

Solo podía hacer una cosa ahora, tratar de olvidar, quitarlo de su mente y de su corazón… si es que era capaz de hacerlo.

Angelet olvidó que tenía que ir a zurcir y corrió a su habitación para encerrarse y llorar. Lo había perdido, todo había terminado, debía entender que el conde se había marchado. ocupar su mente y fue por un bordado pendiente, aunque no sentía deseos

de hacer nada en esos momentos supo que debía hacerlo. tuvo tantos deseos de correr, de dar un paseo y alejarse de esa casa y de ese condado. Habría podido correr y alejarse para siempre pero no le estaba permitido salir a ningún lado, aunque el conde ya no era una amenaza ella seguía castigada.

Volvió sobre sus pasos y se encerró en su habitación, nadie notaría que no estaba en la sala de costura.

Al menos tendría un poco de paz encerrada llorando en su habitación. Lo necesitaba.

**********

Al día siguiente su hermana fue a contarle que el conde se había marchado. Lo dijo mientras ambas recolectaban frutas en la huerta, pues ese día la habían dejado salir y Angelet se quedó un buen rato al sol, como si fuera una flor que necesitara desesperadamente energía sola para salir adelante.

—OH Angelet, ya no podrás casarte con él como esperabas.

Su hermana esperaba su reacción, esperaba que llorara o que al menos dijera algo.

—¿Han cerrado la mansión? —preguntó mortificada.

—Al parecer sí, los criados también se han marchado, solo han quedado los caseros. Cubrieron todas las ventanas y escuché que no regresará. Que se fue muy enfadado…

—¿Cómo lo sabes, Eloísa? ¿Cómo es que siempre sabes todo?

Su hermana sonrió con malicia.

—Las criadas murmuran, ellas son las primeras en enterarse.

—¿Y qué dicen del conde?

Su hermana demoró en responder como si no se atreviera a decirle, finalmente dijo:

—Piensan que huyó porque se asustó de nuestro padre por esos rumores… nuestro padre estaba tan enfadado que estuvo a punto de ir a buscarle para exigirle que se casara contigo, pero no lo hizo… al menos no dijeron nada al respecto.

—Nuestro padre es muy orgulloso, pero también tiene dignidad, jamás se habría humillado pidiéndole algo así al conde.

—Lo siento mucho Angelet, esto debe dolerte mucho.

Ella asintió, pero no dijo nada, su principal preocupación era saber qué pasaría con el conde ahora. ¿Regresaría o se había ido ofendido por las acusaciones y habladurías del condado?

Le había pedido matrimonio, la había besado y pensó que ella le importaba, parecía tan interesado…

Angelet no podía creer que todo hubiera sido un mero capricho, se negaba a creerlo ¿pero ¿qué otra cosa podía pensar?

Olvidarle era todo cuanto le quedaba ahora, pero ay, se sentía incapaz de hacerlo.

**********

Días después llegó un joven a la granja, hijo de un amigo de su padre. André Gavin.

Angelet apenas reparó en él, era un joven alto y bien parecido, pelirrojo y de bellos ojos verdes, mirada profunda. Fue muy atento y agradable, pero en verdad no le prestó demasiada atención. No era el primer hombre joven que iba al establecimiento. No imaginó que su padre tuviera planes con respecto a él…

Fue su hermana quien se lo contó una mañana luego de dar un paseo en su compañía.

—Lo trajeron para ti—dijo de forma enigmática.

—¿Pero de qué hablas?

—Del joven André Dubois. Es un pretendiente para ti, vino con su padre y no te pierde pisada. Busca esposa y adivina qué…

padre lo trajo por esa razón. Quiere casarte con él.

Angelet miró a su hermana sin ocultar su disgusto y de inmediato se detuvo.

—Es que no puede ser. Esto no es verdad.

—Pues sí lo es, los oí hablar.

—¿Pero a quién? ¿De qué hablas? Deja de fantasear.

—Lo vi hablando de ti, ¿es que no has notado cómo os mira ese pelirrojo? No os pierde de vista. Busca esposa y su padre lo trajo aquí porque es amigo del nuestro. Es más que evidente que vino aquí por ti. Tú le gustas, pero nuestro padre espera convenceros de eso. No quiere imponerte una boda.

—¿Convencerme? Pues no lo hará. Jamás me casaré con ese joven.

—Si es su voluntad tendrás que obedecer Angelet. Todos aquí obedecemos a nuestro padre.

Sabía eso, pero no quiso pensar en una boda con ese joven, apenas le conocía. Era improbable que el asunto prosperara y seguramente no eran más que maquinaciones de su hermana menor.

—¿Qué haréis? ¿Os casarás con él? —preguntó su hermana con gesto rapaz.

La expresión de su hermana mayor lo decía todo, pero Marie se rio divertida al ver su reacción.

—Si nuestro padre lo ordena deberás casarte con él.

—Mi padre no haría eso.

—Oh claro que lo hará, tiene miedo de que ese conde venga aquí y os rapte. Es por eso.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque oí una conversación de nuestros padres hace días y sé que trajo a ese joven para que te convenza de ser su esposa.

Como si eso fuera tan fácil…

Sin embargo, esa conversación la puso en guardia y decidió evitar la compañía de ese joven recordando entonces las advertencias del conde sobre que su padre era capaz de encontrarle un esposo para separarlos.

Ciertamente la asustó la velocidad con que ocurrieron las cosas, la forma en que ese joven llegó con su padre como visita y luego su permanencia. No era natural. Parecía algo planeado con un fin… ese joven se le acercaba siempre que podía y cuando la veía de

lejos sus miradas la seguían a todas partes. ¿Acaso se quedaría en la casa hasta poder cortejarla? Los granjeros no eran muy afectos al cortejo, ese joven no era en realidad un granjero sino el hijo de un importante terrateniente de la zona, pero sin sangre noble y por eso seguramente tendría la aprobación de su padre. Era una familia rica, pero de orígenes humildes, sencillos. Y protestantes. Compartían la misma visión de la vida y también la misma fe. A diferencia del conde que representaba para su padre la vida lujosa de antaño con privilegios, títulos y también pecados heredados. Era injusto, solo porque no pertenecía a su ideal de vida y de joven había tenido un comportamiento rebelde y temerario, solo por eso…

Angelet sintió la rabia crecer en su interior. No quería casarse con ese joven por más agradable y bondadoso que fuera ni iban a forzarla a una boda que no quería. ¿Cómo podían hacerle eso?

Pero no dijo nada por supuesto, sabía que tarde o temprano le buscarían un marido después de su romance secreto con el conde. Todavía estaba castigada y sintió tras de sí el paso apresurado de dos sirvientas que habían escapado de sus obligaciones en la casa para seguirla.

¿Acaso viviría siempre castigada y bajo sospecha de fuga? ¿A dónde iba a ir? ¿A la mansión del conde de Orleans?

Trató de no pensar en eso, evitaba pensar en él porque ahora le dolía hacerlo.

Pero cuando días después su madre le habló del joven Jacques Gaillard Angelet sintió que la sangre les subía a las mejillas.

—Os agrada ese joven, ¿verdad? —le preguntó su madre entonces.

Eso no era mentira, ese joven parecía agradable y siempre sonreía. Asintió con cautela esperando que su madre hablara.

—Pues me alegra… pienso que sería un buen partido para ti, mi niña. Si no fueras tan tímida tal vez…—la miró con fijeza.

—Madre, no voy a casarme con ese joven.

Su madre no esperaba que la enfrentara tan pronto.

—Pero deberéis casaros un día.

—Madre, no puedo pensar en eso ahora… además, no creo que él tampoco lo desee. No después de los horribles rumores.

—Es por eso por lo que debes casarte si se presenta la oportunidad.

No, no lo entendía, no tenía sentido.

—Pensé que me enviaríais a un convento. A un lugar seguro para que todo esto se olvide.

Su madre no lo negó.

—Vuestro padre no quiere, lo pensó, pero cree que es peligroso sacarte de la casa. Aquí estáis a salvo hija y además… Una boda ahora lo resolvería, por favor, intenta comprender…

—¿Comprender? ¿Creéis que puedo pensar en casarme con otro hombre ahora? Jamás lo haré.

—Angelet sé que es difícil para ti, el recuerdo de ese hombre es muy reciente y te duele, lo veo día a día… pero si dejas que esto te arruine pasarás el resto de tus días triste.

—Pues prefiero eso a casarme con un hombre al que ni siquiera conozco, madre. Sería horrible para mí. cómo puedes pedirme que lo haga?

—Angelet… ese conde nunca quiso hacerte su esposa. Sus promesas eran tan falsas como el afecto que decía sentir por ti. Solo fue un juego de seducción para él. Quiso conquistarte y seducirte, todo fue fríamente planeado y como no pudo conseguirlo se marchó… se marchó como un cobarde pues ni siquiera se quedó para enfrentar el escándalo que él mismo provocó.

—Eso no es verdad, no es cierto…. ¿Cómo puedes estar segura de eso, madre?

—Porque he vivido más que tú, hija mía, por eso…conozco mejor que tú a las personas y sé cómo actúan los hombres como el conde.

—Padre no lo escuchó, lo insultó y humilló de mil maneras. ¿Cómo esperabas que se casara conmigo?

—¿Y acaso habrías preferido casarte con ese hombre? ¿Crees que habría sido un matrimonio para toda la vida? ¿Y que él habría cuidado de ti como un buen esposo? No…

—Pues no lo sé, madre, pues no me dejaron casarme con él.

—Angelet por favor, deja de decir eso, estás ciega de amor, no ves lo que ha pasado, es que no puedes ver que solo tienes una salida ahora?

—Una salida? ¿Cuál salida? ¿Casarme de forma apresurada con ese joven? Y qué pasará cuando sepa de los rumores de aquí.

—Él no vive aquí, Angelet—el alivio de su madre fue evidente. Era por eso por lo que insistía ; querían casarla con el joven pelirrojo.

—Él es de Nantes, su padre es pariente de un primo de tu padre. Nadie dirá nada y todo esto se olvidará. Te mudarás lejos, a París, pero al menos sé que estarás a salvo y con un esposo. tú le

gustas mucho, Angelet, se acordaba de ti de antes y por eso ha venido—le advirtió.

La jovencita se crispó al instante, pensar en casarse con un extraño era impensable y la atormentaba.

—Madre, debe haber un error—balbuceó incómoda—Os aseguro que solo he visto a ese caballero algunas veces y conversado solo un par de veces, pero … ¿cómo es que de repente quiere casarse conmigo?

—Bueno, su padre quiere que siente cabeza, y desde que llegó que no se despega de ti, no deja de mirarte embobado. Si al menos le dieras una oportunidad. Es un joven bueno, no te defraudará. Será un buen esposo porque ha recibido una educación moral. Además, vivirás en una mansión señorial de las afueras de París y podrás visitar la ciudad.

Todo lo que ese joven le ofrecía le parecía banal, insuficiente y no le interesaba para nada, jamás se casaría con él, aunque les hubiera puesto la luna a sus pies. Aunque su destino fuera convertirse en una solterona, lo prefería a casarse con un extraño.

—Padre, no lo conozco y una boda así sería algo precipitado y muy desdichado para ambos—replicó con prisa. Buscaba convencer

a su madre y lo observaba con atención.

—Por favor Angelet, no te precipites en rechazarle… El joven se quedará unos días, pero si lo rechazas luego no podrás volver atrás. Os ruego que meditéis esto con calma.

—Madre no puedo, no puedo casarme con otro hombre. Amo al conde y no lo he olvidado. No puedo… No puedo convertirme en la esposa de un extraño enamorada de otro.

Angelet lloró cuando dijo eso, no pudo evitarlo, pues amar al conde y saber que ya no tenía esperanzas era mucho más doloroso y, sin embargo, aunque su madre le dijera que el conde solo había jugado con sus sentimientos ella todavía esperaba que fuera distinto, esperaba que él regresara… aunque su esperanza fuera efímera se aferraba a ella.

Amelie suspiró, caprichos del corazón, sabía cómo era… ella misma lo sufrió cuando su padre un empobrecido barón parisino vio con horror cómo su hija más guapa se fugaba con ese granjero tan guapo y seductor. Todavía odiaban a Guillaume y le guardaban rencor a ella por haber desobedecido.

—Angelet, por favor, no cometáis el error de perder una buena oportunidad por un capricho del corazón.

—¿Capricho del corazón?

—Es eso, hija mía. Un capricho de juventud luego pasará, los sentimientos que hoy crees son tan profundos y duraderos luego con el tiempo sabrás que era un capricho. Una ilusión… el verdadero amor perdura en el tiempo y soporta muchas pruebas.

—Madre, ¿por qué pensáis que es un capricho?

—Porque sois muy joven y confiada, para ese caballero fue muy sencillo embaucarte, hacer que os mostréis obstinada, pero si no hay amor sincero y duradero, si sus sentimientos no son tan profundos como creísteis…

—¿Pero me pidió matrimonio madre, acaso eso no significa que me ama? —preguntó.

—Angelet, un hombre puede pedir matrimonio a una mujer porque necesita una esposa y cree que ella sería adecuada pero no tiene que ver con motivos románticos o del corazón. El amor es algo distinto. Es un sentimiento noble y puro, querida y lo sentirás luego de entender que no es tan sencillo entregarle el corazón a un hombre ni que él te entregue el suyo. El amor pasa por muchas pruebas y perdura en el tiempo, no es un vano capricho fruto de las fantasías románticas que están tan de moda ahora.

Angelet defendió el amor que sentía por el conde, pero su madre no le creyó, no pensó que fuera tan serio. Era tan joven y tierna, claro que podía estar enamorada de ese conde sí, pero dudaba que él le correspondiera y se lo dijo con mucho tacto.

—Esa boda pudo ser el impulso del momento, un deseo romántico y nada más—le advirtió—Él no es para ti y con el tiempo lo entenderás. Pero no pierdas tu juventud por un amor malogrado, por una boda que no pudo ser, Angélica.

Ella no respondió, no se casaría con ese joven ni con ningún otro. Era muy reciente su boda malograda, todavía esperaba que ocurriera un milagro y ella pudiera casarse con el conde.

No tenía que ser ahora, su padre necesitaría tiempo para aceptarlo y…

El joven Jacques se marchó poco después y nadie habló de bodas ni de simpatías por un buen tiempo. ni tampoco mencionaron al conde y todo parecía haberse olvidado.

********

El otoño llegó y siguieron días grises y fríos, días tristes y solitarios para Angelet esperando siempre algún mensaje o carta de su enamorado sin poder dejar de pensar en él un solo día.

Estaba muy aferrada a ese amor, para ella no era ningún capricho…

Y no quería pensar que ese amor, ese primer amor dolía tanto y que le dolería mucho más cuando comprendiera que no podía ser.

La aterraba pensar en esa posibilidad. Día tras día esperaba recibir alguna noticia del condado, de la mansión de piedra o del conde.

Si al menos le escribiera una carta…

Pero fueron días, semanas sin tener noticias suyas y el tiempo parecía multiplicarse con su desesperación.

¿Se había marchado para siempre? Temía que al final su padre hubiera conseguido lo que tanto deseaba: que su enamorado se marchara y la olvidara.

Quizás sí había sido un juego para él, un capricho y su madre tuviera razón. Le pidió que fuera su esposa porque necesitaba una esposa y en Provenza encontraría una apropiada…

Se enfadaba al pensar en eso y se entristecía. Por momentos la tristeza la invadía y lloraba en silencio, en algún rincón sin que nadie lo notara.

Quizás los rumores se hubieran acallado y las malvadas comadres del condado tuvieran otros temas en qué entretenerse para cotillear, pero su vida y su futuro parecía haberse arruinado por completo.

Entonces comenzó a tener dudas, a preguntarse si su interés por ella era algo duradero o un capricho pasajero. Si desistía ahora, entonces…

Estaba triste pensando en él y por más que realizaba sus quehaceres nada lograba animarla, y ese tiempo frío y húmedo no ayudaba.

Una mañana sin embargo mientras recorría el patio vio un jinete a la distancia y tembló. Algo en su estampa le resultó familiar. No lo podía creer, era él. Su amado conde. ¿Acaso se había aventurado a la casa sabiendo que su padre no lo recibiría con buenos ojos? ¿Entonces había ido a visitarla? ¿O era una visión producto de su mente triste y desesperada?

Sintió su corazón palpitar mientras veía la sombra del jinete alejarse y luego pensó "tal vez lo imaginé…" es el deseo de mi corazón.

Sin embargo, días después mientras hacía una labor de costura en la sala de coser tuvo un extraño presentimiento, toda la habitación estaba en silencio, pero ella sintió que había alguien y por alguna razón levantó la vista del mantel que estaba bordando. Y entonces lo vio, al conde en un rincón, vestido como un criado… fue tan extraño. Pensó que lo estaba imaginando, que quizás se había vuelto loca y nerviosa se levantó de la silla y murmuró:

—Monsieur.

Él asintió con una sonrisa leve.

—Lo siento, me moría por verla mademoiselle. No puedo creer que lo haya logrado. Es tan hermosa… es que ya no podía recordar su rostro.

Había ido a la mansión disfrazado de criado, hasta llevaba un gorro de lana para cubrir su rostro. Era él, no era una visión.

—Monsieur de Orleans. Usted… No puede ser… me dijeron que se había marchado. ¿Qué hace vestido así? —la alegría de verlo fue tan intensa, pero temía que sus padres lo vieran y miró a su alrededor temerosa. La habitación estaba vacía.

No podía creerlo, pero era él, estaba allí y la miraba con fijeza.

—He regresado señorita, he regresado por usted… solo dije que me iría para acallar esos horribles rumores que temo tanto la han perjudicado.

Ella pensó que no importaba, nada importaba ahora, ni sus dudas ni toda su tristeza de esas semanas eternas sin saber de su amor.

—He estado muy cerca, hace días. escondido. Esperando una oportunidad para verla, señorita. Ahora que la vi soy feliz—dijo y se le acercó.

Ella se sonrojó al sentir su mirada.

—¿Cómo ha estado, señorita Valois?

—Bien. Gracias. Pero ¿acaso no estaba usted en Provenza, Monsieur?

—No… fui a París para que esas malvadas comadres dejaran de murmurar. Su padre no quiso recibirme, vine a verla, quise solucionar esos horribles rumores, iba a pedirle que me diera su mano, pero él no quiso saber nada de mí.

Había rabia y tristeza en su gesto

—Lo siento, no lo sabía…

Se miraron y ella miró nerviosa a su alrededor.

—He oído que su padre iba a casarla con el hijo de un primo suyo.

—Lo intentaron, pero no acepté, nunca me habría casado con ese joven.

Porque su corazón era del conde y estaba prometida a él.

Se miraron y notó que el conde también estaba nervioso, sus ojos brillaban con intensidad y no dejaba de mirarla.

—Usted dijo que sería mi esposa un día, ¿lo recuerda?

Ella asintió lentamente sintiendo que su corazón iba a explotar de felicidad.

—Es verdad, Monsieur, pero mi padre no lo aprueba.

—Eso ya lo sé y me entristece. Más no puedo hacer nada para cambiarlo. Ya lo intenté.

Se miraron y entonces él la tomó entre sus brazos en un arrebato de pasión.

—Ángel, quiero que seáis mi esposa, por favor. Venid conmigo ahora.

—¿Ahora, Monsieur?

Esa invitación la tomó desprevenida, no supo qué decir, solo repetir esa palabra “ahora”. El conde asintió.

—Por favor—le dijo. —Venga conmigo señorita. Yo la convertiré en mi esposa, lo prometo.

—Pero ahora… no podría salir de aquí, lo verían y querrían hacerle daño. Además, no puedo desobedecer a mis padres Monsieur.

Él no esperaba su respuesta sus ojos azules adquirieron un brillo extraño, pero no estaba listo para liberarla, todavía no…

—Pero usted lo prometió, dijo que sería mi esposa.

—Es verdad—dijo ella con tristeza.

—¿Y qué hará? ¿Se casará con ese granjero cuando llegue la primavera?

Angelet se sintió ofendida cuando dijo eso.

—No, no me casaré con nadie, solo con usted Monsieur, pero… —su voz se convirtió en un susurro.

—Si no la dejan ser mi esposa la obligarán a casarse con un hombre más aceptable para su familia ¿y usted aceptará por obediencia, aunque su corazón sienta lo contrario?

Ella no supo qué responder, se sintió atrapada de repente. Atrapada por la obediencia y lo correcto. Por su sentido del deber familiar.

—Tengo la esperanza de que mi padre cambie de parecer, señor de Orleans.

—¿Y cree que cambiará de parecer? Solo cuando la convenza de que debe hacer su voluntad y casarse con el hombre correcto.

—No me casaré con nadie, solo con usted Monsieur, cuando mi padre dé permiso.

—Vuestro padre no dará permiso, preciosa. El nunca permitirá que seáis mi esposa.

Ella se apartó despacio.

—Lo hará, más adelante. Por favor, debe irse ahora Monsieur, si él lo descubre aquí se enfadará.

—¿Vuestro padre? Yo estoy enfadado preciosa. Muy enfadado.

Ella lo miró sorprendida, no esperaba que dijera eso.

—Angelet, cuando llegue el momento deberás tomar una decisión. Si realmente queréis ser mi esposa, entonces…

Quería ser su esposa, se moría por ser su esposa, pero… no tenía el valor de enfrentar la ira de su padre, ni oponerse a su voluntad. Él debía dar su consentimiento a esa boda.

Se miraron y él intentó besarla, pero ella lo apartó, no era correcto, además sintió terror de que pudieran verlos.

—Por favor, déjeme, pueden verlo aquí. Mi padre se enfadará. Váyase, Monsieur.

Era feliz porque lo había visto, estaba de regreso y le había dicho que se casaría con ella.

—No me iré hasta que me permita besarla, señorita—le dijo él muy serio.

Ella lo miró sonrojada.

—No me besará hasta que sea su esposa—le respondió muy seria pensando que no era correcto ni prudente lo que ese caballero le estaba pidiendo.

Pero él la atrapó y a pesar de su resistencia la besó.

—Usted será mi esposa muy pronto, preciosa—le dijo antes de darle un beso ardiente y arrebatado.

Angelet se resistió nerviosa, pero sentir sus labios sobre los suyos y ese abrazo fuerte y apasionado resultó tan turbador. No podía creer lo que había pasado, pensó que era un sueño, era tan irreal, pero sabía qué hacía tiempo que sufría por ese hombre, porque lo amaba y su sueño era convertirse en su esposa.

Entonces él la miró muy serio y le dijo:

—Venga conmigo ahora, preciosa… ya no soporto esta espera, esperar me consume—le dijo él sin disculparse por su atrevido arrebato.

Ella lo miró aturdida.

—No puedo… es una locura, jamás podría salir de aquí sin que me vieran.

—Por favor. Prometo que no se arrepentirá, la convertiré en mi esposa y su padre no podrá impedirlo, señorita Valois.

Angelet se sintió asustada por la proposición del caballero. No huiría con ese hombre, no lo haría, era una imprudencia y no estaba bien.

—Déjeme, por favor, eso que me pide no es honesto, no es correcto.

—¿Y a dónde nos llevará hacer siempre lo correcto, preciosa? A la infelicidad, a la tristeza… no podría tenerla de otra forma, su padre nunca permitirá que me case con usted, jamás nos dará su consentimiento, mucho menos sus mejores augurios. ¿Acaso espera convencerle de lo contrario?

Angelet guardó silencio, no sabía qué decir, sabía que su padre tenía sus razones para oponerse a esa boda y no cambiaría de

opinión. Todo había ido de mal en peor, pero huir no era solución y lo sabía…

Miró a su enamorado y se tomó un tiempo para pensar, pero por más que quiso escapar él cerró la puerta y volvió a hablarle.

—He venido por usted, señorita Angelet. He venido a llevarla conmigo, por favor, no me rechace quizás no tenga otra oportunidad.

—Pero no puedo ir con usted sin ser su esposa, señor conde. Es una locura. Esto no puede ser.

Él trató de convencerla, pero los sentimientos de Angelet eran confusos, era feliz de verle de saber que quería convertirla en su esposa, pero la idea de fugarse con él la asustaba.

—No, no puedo por favor váyase ahora porque si mi padre lo ve aquí…

Tuvo que rechazarlo, tuvo que decirle que se fuera. Que la dejara en paz.

No estaba lista para hacer una locura como esa y se dio cuenta de ello.

Él se alejó y la miró dolido y molesto.

—Pensé que quería ser mi esposa. ¿Acaso jugó usted conmigo señorita Valois? ¿Jugó con mis sentimientos o ya no me ama?

Angelet tragó saliva todavía estaba asustada y emocionada, sus sentimientos eran encontrados en esos momentos. Por un lado, estaba feliz de estar allí y por otro lado se sentía horriblemente atormentada por no poder actuar diferente.

—No es justo…lo que usted me pide es demasiado. Me pide que huya de mi casa y dice que me hará su esposa, pero ¿cómo puedo abandonar a mis padres de esa forma? Sería tan cruel.

—¿Cruel? Cruel es que todas las personas del condado murmuren de usted, que digan que pasó la noche en mi compañía. ¿Señorita Valois, le preocupa lo que pensarán sus padres? Su reputación se ha arruinado ahora y eso es mi culpa. Debo remediarlo, solo yo puedo ayudarla.

Ella sabía que tenía razón, pero ¿cómo confiar en que lo haría? Además, no sería una boda como la que había soñado sería algo forzado y con prisas.

—Pero huir con usted ahora… no puedo hacerlo, por favor entienda, se lo ruego.

Se alejó de él triste y molesta por toda la situación. Pero nerviosa, temía que sus padres la vieran.

—Por favor, váyase, Monsieur… no quisiera que mi padre lo encontrara aquí.

No dijo nada más, él la miró muy molesto y furioso, pero no dijo nada sobre eso. Pareció aceptar la situación.

—Está bien, me iré… lamento haberla importunado señorita Valois, pensé que le importaba, pero al parecer la promesa que me hizo no significó nada para usted.

—No es verdad, eso no es cierto—protestó Angelet, pero él ya no la escuchaba, se había ido.

Y ella se quedó mirando el vacío, sintiéndose triste de repente como si luego de viajar al cielo cayera al duro suelo y comprendiera que había estado soñando, que no podía ser.

No podía huir con el conde, aunque lo amara y soñara con ser su esposa, no podía hacer eso. sus padres nunca se lo perdonarían y además le daba mucho miedo hacer esa locura, ahora lo sabía.

Pero cuando supo que se había ido quedó mal, horriblemente mal y arrepentida de haber sido tan cobarde. Aunque su mente sensata le dijera que había sido lo mejor su corazón estaba

estrujado, triste y apesadumbrado y no dejaba de reprocharle su falta de coraje.

Y con amargura recordó las palabras del conde ese día, él le dijo que sus padres nunca aceptarían su boda que solo podían fugarse juntos. La alegría de verle fue efímera, le dio bríos primero, pero luego le dio tristeza pensar que no había sido capaz de aceptar esa fuga romántica.

**********

No dijo a nadie que había visto al conde, pero estuvo muy nerviosa los días siguientes, nerviosa y triste, no dejaba de pensar en lo ocurrido algo mortificada.

Pensó que no volvería a verlo. Él se había enfadado con ella, casi la había llamado cobarde. Quizás había perdido su última oportunidad de casarse con el hombre que amaba, pero… cómo podía huir como prófuga, como fugitiva… no podía hacerlo. No era correcto.

A pesar de sus dudas y desazón recordaba sus palabras.

Había ido a verla, había intentado llevársela y también le había pedido que cumpliera su promesa de ser su esposa.

Lo había prometido, lo recordaba bien. ¿Pero cómo podía casarse huyendo como una joven rebelde y obcecada? Si lo hacía, si se fugaba con el conde sus padres jamás se lo perdonarían. No podía hacerle eso a sus padres, eran su familia y lo más importante. ¿Por qué tenía que exigirle semejante sacrificio?

Pensó mucho en eso, durante días y se quedó triste pensando que nunca más volvería a verle.

Pero ¿qué podía hacer? No podía pedirle que dejara todo para huir con él, no podía irse así sin estar casados. ¿Y si luego no se casaba con ella?

Una mañana su madre la vio alicaída y triste y le preguntó qué le pasaba.

No habían hablado luego de ese incidente.

—Madre, estoy bien.

—No, no estáis bien, te noto nerviosa y triste. Supongo que es por el conde.

Ella no lo negó.

—Olvida a ese hombre, Annie, por favor.

—Es que no puedo, no depende de mí—le confesó ella y miró a su madre tan afligida que esta se preocupó.

—Sé lo que te pasa, sufres por amor, pero ahora solo es un amor de fantasía, un capricho del corazón. Con el tiempo pasará, pero antes debes aceptar que no puede ser, que él no te quiere como su esposa.

—¿Cómo estás segura de eso, madre?

Ella la miró desconcertada de que la enfrentara.

—Porque soy tu madre y lo sé—le respondió.

—Madre, tú también sufriste por amor, ¿verdad? Vuestra familia se oponía a que os casarais con mi padre.

—Eso es distinto. Todo es distinto ahora, ese hombre te ha dejado mal parada, todos hablan de ti y debes alejarte, deberás irte, pero no quiero que eso pase.

—¿Irme?

—Vuestro padre no quiere, pero sabe que es lo mejor.

—¿Y a dónde me iré?

—Guillaume cree que debes ir con sus primos que viven lejos de aquí, hasta que todo se olvide, pero le he dicho que es mejor que vayáis a Paris con vuestra madrina.

—¿Con mi madrina? No sabía que mi madrina vivía en París. Pensé que era tía Guerine.

—Es mi hermana Marguerite, ella siempre quiso ser tu madrina, pero tu padre se opuso. Pero siempre me escribe y la vi durante mi viaje, creo que estaría encantada de recibirte unos días. Hasta que todo se olvide y vuelva a la normalidad.

Angelet miró a su madre.

—No podrás hacer que olvide al conde madre, nunca lo haré y si me preguntáis que pienso sobre esto os diré que no quiero hacer ese viaje. Aunque parezca emocionante, no deseo ir con los parientes que han tratado tan mal a mi padre desde siempre.

Su madre la miró seria, mortificada, tenía razón, pero no lo diría, apretó los labios en señal de disgusto. Ella tenía razón, su padre vivía amargado en parte por culpa de las humillaciones que esa familia le había hecho y era la razón por la que se oponía a su boda por el conde.

—Annie por favor, no hables así, es mi familia y tía Marguerite jamás hizo nada en contra de vuestro padre, al contrario, siempre quiso unirnos, pero no se puede, mi padre jamás me perdonó que huyera con tu padre, que lo desafiara así. Sin embargo, él prometió que se hará cargo de vuestra educación, se hará cargo de todos vosotros si algo nos sucede.

—Madre, rezo porque eso nunca suceda.

Angelet pensó que no era suficiente, que el odio de sus familiares distinguidos por su padre nunca sería recompensado ni perdonado con nada. Su madre lo había intentado, y tal vez tu padre también por eso accedió a acompañarla a la villa familiar parisina, pero nada había resultado como esperaba, todo había ido de mal en peor y ahora no quería ver a su madrina. Quería quedarse en la granja junto a su familia y así se lo dijo a su madre.

**********

Los días pasaron y todo volvió a la normalidad, todo excepto que se acercaba una tormenta en el horizonte, podía sentirlo.

Los animales de la granja estaban inquietos y ella pensaba en el conde noche y día, más que antes, con una rara sensación de intranquilidad. No hacía más que mirar a su alrededor como si sintiera su presencia. La tormenta y su amor malogrado…

No había día que no llorara por él, que no lamentara su triste decisión de negarse a huir con él. ¿Por qué lo había hecho? Porque era lo correcto le decía su conciencia. Porque no podía desobedecer a sus padres…

Pero su corazón le gritaba en silencio que era una estúpida por hacerlo porque perdería su oportunidad de ser feliz en esta vida. Si renunciaba al conde nunca más podría ser feliz.

Pensamientos como ese la mantenían triste y atormentada esos días.

Y la tormenta tampoco ayudaba.

Los días en la granja eran todos iguales y a medida que pasaban su desazón aumentaba.

Cada día se hizo eterno para ella porque esperaba, esperaba que ocurriera algo y no le gustaba saber que sus padres estaban planeando un viaje a París.

Sin embargo, esto quedó olvidado pues hubo una epidemia de gripe en la ciudad luz y sus padres decidieron no enviarla.

********

El invierno llegaba a su fin, un invierno húmedo y helado y ella pensaba en el conde como el primer día, no lo podía evitar, por más que lo intentara y pensara que se le pasaría él estaba en su corazón y en su cabeza. Día tras día, no había día que no pensara en el conde de Orleans.

Supo que había rentado la casa del conde de Orleans y que los nuevos inquilinos eran personas muy amables y diáfanas. Y que estos habían hecho amistad con muchas familias del condado en muy poco tiempo.

Poco y nada se sabía del conde, solo que había regresado a Provenza, a su heredad y ese era el fin. Como en las antiguas leyendas la desaparición del conde de la vida de todos era un final precipitado casi un colorín colorado y este cuento se ha acabado, pero eso mortificaba mucho a Angelet, tanto que se negaba a pensar que era el final.

A medida que el tiempo pasaba su desesperación y tristeza también, al punto que sus padres desistieron de buscarle un esposo y comprendieron que no quería saber de nada con el asunto y era casi una crueldad insistir en ello.

No estaba hecha para el matrimonio. Solo para amar y sufrir por amor el resto de su vida como mucho de los solterones de este mundo y si eso era voluntad divina, ¿quiénes eran ellos los Valois para oponerse a sus designios?

Pero su hermana menor era otro cantar.

La pequeña Claire había empezado un noviazgo con el hijo de uno de los granjeros amigos de su padre y este dio su aprobación para que comenzaran una amistad. Que al poco tiempo se convirtió en romance…

Y en menos de un año su hermana Claire se casó con Clemens Avondelle, un joven rubicundo, de expresión amable y risueña.

Angelet asistió a la boda y no pudo evitar sentir las miradas de los presentes, la miraba con pena y curiosidad. La invitaron a bailar luego del banquete, pero de pronto sintió que alguien decía: es muy bella, pero tiene algo… un problema amoroso con el hijo del anciano conde… por eso nadie pidió su mano.

Angelet sintió que los colores le cubrían el rostro de vergüenza y tristeza cuando escuchó la conversación de las dos comadres a sus espaldas. Quiso hacer oídos sordos, pero le fue imposible. No dejaban de hablar y hacer conjeturas lamentando que fuera tan bella y tuviera una sombra tan nefasta en su reputación.

Por eso las miradas de los presentes y la forma casi sistemática en que se alejaban de ella. Era como la oveja negra de la familia. La joven que a pesar de ser guapa tenía una sombra en su reputación. Era indignante. Era injusto y cruel, pero al parecer todos

hablaban de ello y si no hablaban lo pensaban. Conocían su secreto, ese triste enredo amoroso que a pesar del tiempo no había sido olvidado por nadie en ese lugar. Ni por ella…

Tragó saliva y trató de sonreír. Pues era la boda de su hermana y sabía que sería muy triste al final. Se alegraba por ella, porque se veía tan feliz y enamorada pero no podía sentir placer alguno en ello, solo ganas de correr y llorar porque ahora no tendría a su hermana para conversar y distraerse de sus penas. De alguna forma la boda era como un funeral porque uno siempre perdía a un ser querido por culpa de un intruso, un pariente lejano del que nadie había oído hablar y que en poco tiempo se había convertido en un todo para nuestro ser querido. El amor de su vida. así se sentía Claire y luego de la boda se iría a vivir con sus suegros. Esa boda que tanto orgullo despertaba en sus padres para ella era una completa tragedia, pero no dijo nada. Pues luego de perder al amor de su vida poco la afectaba, nada podía hacerle daño excepto esa boda.

**********

Sin embargo, una boda siempre traía alegría y en su casa quedaron los restos del banquete para el día siguiente y sus padres estaban felices. Ellos no sentían que hubieran perdido una hija, al

contrario, habían ganado un yerno y hablaban de él con especial afecto.

—Os vimos bailar con André Dubois—dijo su madre de pronto.

Angelet levantó la mirada del plato para mirarla inquieta.

—No lo sé, no recuerdo su nombre.

Ella sonrió compasiva.

—Os miraba embobado.

La jovencita no dijo nada para no desilusionar a sus padres, parecían expectantes de cualquier admirador como si no hubieran perdido la esperanza de casarla. ¿Qué les diría? ¿Qué unas comadres casi la habían llamado la oveja negra de la familia por su enredo amoroso con el conde? Mejor callar, por supuesto.

Del joven en cuestión solo supo que era agradable y no mal parecido, en ningún momento notó que la miraba de forma especial. O quizás pensó que la miraba con curiosidad por ser la hermana de la novia.

—Por favor, hija mía, muestra un poco de entusiasmo. Sois tan joven, sería una tristeza que os quedarais aquí para vestir santos —le dijo su madre con expresión melancólica.

Le sorprendió notar que su padre también la miraba así, como con pena.

De nuevo hacían planes para acercarle un candidato, hablaron de invitarlo…

Angelet deseó que ese asunto no prosperara y se preguntó si no sería por la primavera o por la boda que se habían vuelto tan casamenteros de nuevo.

—Es como dice el refrán, una boda trae otra—le dijo su madre.

Se estaban precipitando, exageraban.

Sin embargo, su padre invitó al joven Dubois la semana siguiente, con la excusa de conversar sobre cierto negocio que pensaban hacer.

Angelet no pudo evitar sonrojarse al ver al joven pues mucho se había hablado de él esos días y tuvo la sensación de que sus padres tramaban algo.

No pensó que eso fuera a prosperar.

En verdad que ningún hombre sensato la querría de esposa en esos momentos con lo que se rumoreaba en ese condado.

Pero el joven se le acercó en más de una ocasión y su madre, de Celestina le sugirió que lo llevara a recorrer la pradera.

Nada más lejos de sus deseos, pero accedió por mera cortesía.

Caminaron un buen trecho y ella iba en silencio, algo incómoda por la situación. Solo esperaba que no fuera en serio.

—Eres distinta a tus padres, muchacha. Y además te ves triste.

Esas palabras le parecieron una soberana falta de tacto y una impertinencia. ¿Pero qué podía esperar? era un granjero y no tenía los mejores modales.

—No estoy triste—declaró ella con calor.

—Te ves triste, en la boda de tu hermana apenas sonreías.

Angelet tragó saliva y tuvo un mal presentimiento, pues él comenzó a hablarle con demasiada confianza.

—¿Es por ese conde? Dicen que tú fuiste su amiga.

—No… eso no es verdad.

—No puedo pedir por esposa a una joven que fue amante de otro hombre.

Angelet sintió que ya había aguantado suficiente.

—No tengo ninguna intención de ser su esposa Monsieur Dubois.

Él sonrió, pero no era una mirada agradable.

—Y qué hará? ¿Pasará su vida entera llorando por un caballero que no la amó lo suficiente para convertirla en su esposa? Usted me gusta muchacha, es muy guapa y deliciosa… pero no pediré su mano a menos que jure por esta cruz que aún es virgen.

Ella lo miró espantada.

—Sus palabras me ofenden y creo que no debemos mantener esta conversación.

—¿Entonces nunca pasó nada con ese conde sinvergüenza? —insistió el pelirrojo.

—No hable así del señor de Orleans. No está aquí para defenderse.

—Pero le quiere, lo noto. ¿Está enamorada de ese bandido sin honor?

Angelet tragó saliva.

—No me casé con él porque mis padres se opusieron a nuestra boda, solo por eso. él me pidió que fuera su esposa así que

sus suposiciones son erradas. El conde es un caballero y jamás me habría hecho daño.

—Pero pasó usted unos días en su mansión. Lo supe porque una mujer me lo dijo luego de la fiesta, yo no lo sabía. La vi tan hermosa esa noche y tan suave que realmente no pensé que hubiera nada malo en una joven tan deliciosa.

Volvía a usar esas palabras que la crispaban, guapa y deliciosa como si quisiera comérsela.

—Entonces por qué me hace estas preguntas? Una comadrona seguramente ya le contó todo y le puso al corriente de mis andanzas. Y aun así regresó… supongo que vino aquí para acompañar a su padre.

—No… vine por usted. Solo por usted. Pero no pediré su mano si no me dice la verdad. ¿Pasó usted días en esa mansión del conde? ¿A solas con ese caballero?

Angelet lo miró.

—Sí, porque me perdí en la tormenta y el conde me dio cobijo. La lluvia provocó una inundación y me quedé hasta que pude regresar a mi casa.

Esperaba que sus palabras lo espantasen, ¿qué otra cosa podía suceder? Acababa de confesarle que había pasado días en compañía de un bandido libertino porque así lo llamaban al conde los lugareños.

—Y así comenzó su amistad, supongo.

Ella asintió.

—Y sus padres no le permitieron casarse con su apuesto caballero hidalgo. —hizo una pausa y se le acercó demasiado—y supongo que no lo amaba lo suficiente para enfrentar a su familia por él.

Angelet no supo qué decir, se sintió acorralada por ese sujeto y sintió que cada vez le gustaba menos la situación y estar a solas con él le daba terror.

Lo peor era sentir el terror y desamparo, la sensación desagradable de ser juzgada como una ramera por haber pasado unos días en compañía del caballero, de haberse prometido con él en secreto y se preguntó si la rabia de ese joven no sería provocada por los celos y la rabia de no ser un caballero sino un simple campesino dueño de tierras, pero sin linaje.

—Déjeme en paz. Nunca le dije que se casara conmigo. ¿Cree que está obligado a hacerlo? no sé qué le han dicho mis padres, pero todos saben que seré la solterona de la familia y eso no me afecta ni me provoca dolor alguno. Al contrario, es lo que deseo.

Él se rio de sus palabras lo que la hizo rabiar más, la fachada de joven guapo y agradable se hacía prisa de repente y aparecía un hombre distinto, un completo extraño.

—No sea tan orgullosa, nadie me ha pedido que la despose señorita, si le hablo es porque me siento tentado a hacerlo, porque lo desee en el instante en que la vi y solo sueño con hacerla mía preciosa, solo mía. Pero no puedo pedir su mano a menos que me jure sobre esta cruz que todavía es virgen. No se ofenda, pero no puedo casarme con una joven que fue la querida de un remilgado conde. No podría soportar una sorpresa tan desagradable en nuestra noche de bodas—le dijo y sus ojos se agrandaron para darle énfasis a sus palabras.

—No tengo nada que jurar señor Dubois, porque nunca habría cometido una imprudencia semejante. Pero para estos pueblerinos soy una oveja negra y mi reputación está dañada de todas formas. Así que será mejor que olvide todo esto. Su familia jamás aceptaría que pidiera mi mano.

—Mis padres son buenos cristianos y creen que usted es una joven fuerte y saludable. Además de bonita. Yo no vivo aquí señorita, por eso no tenía ni idea de los rumores. Pero si usted me da su palabra con eso me alcanza.

Angelet no quería hacerlo porque al parecer ese joven sí estaba muy interesado en pedir su mano. No quería ser su esposa, por nada del mundo, pero por su honestidad no quería herir sus sentimientos y que se sintiera rechazado y humillado.

—¿Es que no quiero casarme, no lo entiende, Monsieur? Además, apenas le conozco, y no le conozco demasiado. Su franqueza es algo brutal para mi gusto.

—La verdad antes que nada señorita, ese es el lema de mi familia. Lamento que mi sinceridad la haya ofendido. Tenía que preguntárselo. Debía saber. Luego de saber esa historia me sentí horriblemente crispado y herido.

—Ahora ya sabe la verdad, le ruego que no vuelva a mencionarlo en mi presencia.

No, no la sabía, ella no le había jurado nada y su reticencia solo aumentaba su desesperación.

—No entiendo por qué no hace el juramento, no me deja salvarla de su horrible destino de solterona. ¿Cómo una joven tan hermosa puede desear la soltería? Quizás le parezca un alivio ahora porque está triste por ese hombre, pero con los años verá cómo sus hermanos forman su familia y usted es la tía soltera que cuida de los suyos, pero no tiene nada para ella. Dudo mucho que ese destino pueda ser deseado por alguien. Es solo un capricho de su corazón porque se siente herida por lo que ese hombre le hizo. Pero si usted me dejara yo podría ayudarle a olvidar… Es tan joven que no creo que haya sido algo importante en su vida.

Angelet sintió deseos de correr. Ciertamente que nada podía ser más incómodo para ella como esa conversación.

—Por favor, déjeme en paz—tuvo que decirle.

Él la miró embobado y la siguió en su trayecto como un abejorro a la miel, desesperado de perderla de vista.

Angelet apresuró el paso y él la alcanzó mucho después, luego de seguirla a una prudente distancia.

Estaban casi de regreso cuando él se le acercó para hablarle.

—Lo siento, señorita, no quise abrumarla, pero piense en lo que le he dicho. Mi petición es seria.

Ella tragó saliva y lo miró sintiendo su corazón latir acelerado por el susto pues ese hombre estaba muy cerca de ella y la miraba embobado.

—Me abruma sí, es verdad—le confesó y se alejó molesta como si huyera del diablo.

Pero él la siguió muy de cerca y no hizo más que ponerla más nerviosa aún.

Estaba bastante nerviosa y alterada cuando regresó a su casa y nada más entrar corrió a encerrarse a su habitación.

Sufrió una fuerte impresión, esa conversación realmente la dejó afectada.

No podía creer que le hiciera una pregunta tan intima… O era un completo bruto o estaba loco. ¿O acaso era lo que todos pensaban de ella? que había sido la querida del conde?

Solo esperaba que sus padres nunca lo supieran, qué vergüenza habría sentido, y qué tristeza…

Pero ese día se sintió incapaz de reunirse con sus padres para la cena y se fingió indispuesta. Ardía de rabia y vergüenza por lo que ese hombre le había dicho y no quería volver a verlo jamás.

Ciertamente que no le importaba ser una solterona pero no quería que hablaran así de ella. porque por algo le había hecho esa pregunta.

Por desgracia para ella tuvo que salir de su escondrijo al día siguiente para no preocupar a sus padres y enfrentarse al atrevido granjero.

Se sintió enferma de solo verlo allí tan sonriente recorriendo la granja en compañía de sus padres. Tragó saliva y se dispuso a realizar su tarea, necesitaba distraerse y no quería estar ociosa. Pero cuando se le acercó poco después sintió que se tensaba.

—¿Se siente mejor hoy señorita? —le preguntó.

Ella lo miró ceñuda.

—Sí.

—Lamento haberla disgustado, pero debía hablar con usted.

Angelet tragó saliva y esquivó su mirada.

—Usted no imagina el disgusto que sentí ni tampoco… No lo imagina por supuesto.

—Pero debía ser sincero.

Ser sincero, a eso se reducía todo.

—Lo lamento, preciosa, eso quería decirle. Lo siento. Nunca quise ofenderla. Si me aceptara yo podría rescatarla de esa tristeza…

Angelet lo miró horrorizada pero no dijo nada. Esperaba que desistiera solo, sin tener que decirle que realmente nunca pensaba convertirse en su esposa, aunque fuera el último hombre de la tierra.

Y a pesar de que él la miró embobado todo el tiempo ella se propuso tratarlo con frialdad e indiferencia. Hizo todo para desalentarlo, aunque con sutileza pues no quería ser reprendida por su culpa pues notó que sus padres miraban con beneplácito la situación. Muy contentos, mientras ella deseaba que se fuera de una vez.

**********

Jamás imaginó que el joven pudiera insistir sabiéndose ignorado y rechazado. Que a pesar de todo regresara meses después como si nada y se le acercaba con la intención de cortejarla.

Su madre le anunció que estaba allí como si esa noticia la pusiera feliz.

—Angelet, Dubois ha regresado—le dijo.

Ella se crispó y al ver al joven aparecer solo en su caballo trató de sonreír, solo por cortesía, pero por dentro ardía. No quería volver a verlo.

—Querida, intenta ser amable. Ese joven está interesado en ti.

Angelet asintió sin decir más.

Lo intentaría, pero no creía poder lograrlo…

—Él está interesado en ti, no lo olvides.

Ella no dijo nada, ¿qué podía decir? Si su madre estaba convencida de eso tal vez fuera verdad.

Él por su parte se veía muy sonriente y atento. Desde el principio.

Angelet en cambio escapaba de él como de la peste. No quería saber nada de sus atenciones.

Una mañana mientras ella realizaba la faena diaria en la granja recolectando huevos sintió pasos y de pronto le vio allí, muy cerca.

—Muchacha…—le dijo él mirándola de una forma intensa que la incomodó.

—Qué quieres—casi le gritó asustada.

Él sonrió.

—A ti, bella.

No se esperaba semejante respuesta y se apartó con brusquedad, pero el bandido fue más rápido y la atrapó entre sus brazos.

—Aguarda, espera muchacha.

—Suéltame, no te atrevas a…

Él la miró con fijeza de forma extraña.

—Qué quieres? suéltame.

—A ti preciosa.

La forma en que se lo dijo la crispó. Quiso resistirse, pero ya era tarde, la tenía fuertemente sujeta y era como un enorme racimo de rosas que quería oler y besar, así se sintió entonces, atrapada y sometida por el deseo de un salvaje.

Y por más que quiso escapar sintió que sus labios atrapaban los suyos y a la fuerza le robaba un beso ardiente, un beso robado que lentamente abrió sus labios para invadir su boca con su atrevida lengua.

Fue un momento de horrible tensión porque no pudo hacer nada por evitarlo y su ira hacia ese hombre aumentó al saberse

indefensa. Quizás él no esperaba su rechazo, pero supo hacer frente a este y siguió besándola como si lo disfrutara.

Angelet sintió el rubor cubrir sus mejillas y furiosa lo miró.

—Cómo se atreve? —le dijo. —Es un bandido, un verdadero caballero.

Él la miró muy tranquilo, pero se puso serio.

—No soy un bandido, solo quería saber cómo sabían tus labios… eres deliciosa muchacha.

Muchacha… la trataba como si fuera la fregona de la casa y no una señorita educada. ¿Qué clase de hombre bruto planeaban ofrecerle como esposo?

La forma en que la miraba como si fuera una yegua lista para ser comprada por él, para su placer y bienestar.

—No vuelva a hacer eso—le gritó.

Él le sonrió.

—Haré algo más que besarla luego señorita. Pero no tema, con el tiempo le gustará.

No entendía de qué hablaba ni quería entender, pero debía hacerle comprender a él que no tenía intención alguna de seguirle el juego.

—Está loco y no vuelva a tocarme o le diré a mi padre.

—Su padre ya lo sabe.

Esas palabras la dejaron helada de repente.

—¿Que sabe qué? ¿De qué habla?

—Sabe que vine a pedir su mano, he venido a eso. Y sé que dará su aprobación. No desea que se convierta usted en una solterona.

—Miente, está mintiendo.

—No. Yo no miento. ¿Por qué está tan enfadada con la idea? realmente espera que su príncipe venga a rescatarla? Si no lo hizo antes…

Angelet se alejó furiosa y aturdida.

—Está loco… está loco si piensa que me casaré con usted ni creo que mi padre acepte semejante cosa.

—Eso lo veremos, preciosa. Necesito una esposa y quiero que sea usted. Vine a pedirla como mi esposa, mademoiselle.

Ella sintió un vivo terror además de la rabia.

—Su padre quiere que la despose, señorita, no quiere una hija solterona y triste por el resto de su vida. usted necesita un marido que sepa domeñarla. Tiene un genio muy vivo, pero eso me

agrada, me agrada todo de usted y ahora que sé que quieren casarla pronto me siento halagado de haber sido elegido para la dulce tarea de domarla.

¿Domarla? ¿Había dicho domarla? ¿Escuchó bien?

—¿Lo han elegido?

Ese hombre estaba loco, y era un salvaje, un completo bruto, no podía hablar en serio. Se alejó despacio, furiosa y avergonzada al sentir su mirada atrevida y el recuerdo de ese beso robado a la fuerza. Hasta casi tuvo la sensación de que ese tunante olía a sudor y a caballo.

Salió corriendo con todas sus fuerzas, como si la persiguiera el diablo y aunque no era el diablo era algo igualmente detestable y peligroso.

Corrió hasta la casa olvidando los huevos y todo lo demás. Furiosa e indignada por lo que planeaban hacer sus padres, no podía creerlo. Nunca pensó que serían capaces de planear una boda para ella sin decirle nada, a sus espaldas. Solo para que no estuviera triste pensando en el conde…. Sí estaba triste por supuesto, pero no tan desesperada como para casarse con ese hombre.

Al entrar vio a su madre a la distancia y se le acercó nerviosa.

Ella la miró y apartó la mirada.

—¿Qué sucede? Te ves agitada.

—Ese hombre, el hijo del granjero Dubois. Me besó y me dijo que mi padre …. Dijo que va a pedir mi mano y que mi padre lo aceptará—dijo sin rodeos.

Ella la miró nerviosa.

—Bueno, no lo sé, tu padre no me dijo nada, pero tal vez no sea mala idea.

—¿Entonces no es verdad?

Su madre le dijo que no y eso le dio mucho alivio.

No era cierto. Ese joven la había engañado.

—Pero tal vez sí lo haga—dijo de pronto.

—¿Qué haga qué, madre?

—Querida Angelet, tú lo sabes. Llevas meses llorando en silencio por ese caballero, eso no es bueno. lo haces cuando crees que nadie te ve, pero realmente vimos tu pesar, tu padre también lo ha notado. El día que se casó tu hermana estuviste muy triste.

—Estaba triste porque la extraño y su boda fue tan apresurada.

—Querida, tú pudiste casarte antes de no haberte fijado en el conde. Pero todavía estás a tiempo de hacerlo, eres joven y tienes salud.

—Pero no me casaré con esa joven madre, es un bruto.

Su madre no tuvo el coraje de negarlo.

—Quizás sea así por la crianza, pero he oído que es un joven de noble corazón, bondadoso y leal. Tu padre lo conoce desde siempre, a él y a su familia.

—Eso no es razón para que planeen una boda tan apresurada y sin tener en cuenta mi opinión.

—Tranquila, no vamos a forzarte a una boda, pero tú deberías considerarlo. Es un joven agradable y bien parecido, tal vez no sea noble, pero …

—No es por eso, no soy así madre.

—Lo sé…. es por el conde. Lo tienes en la cabeza y en el corazón, te aferras a un imposible Angelet. Y si dejas pasar el tiempo te volverás una joven triste y retraída y no podrás encontrar un esposo.

—No quiero casarme, madre.

—No digas eso, querida.

—Es la verdad. no puedo pensar en casarme ahora y menos con ese joven y él dijo que pedirá mi mano por favor habla con mi padre, dile que no quiero casarme ahora.

Angelet esperaba que su madre lo convenciera y fue a asearse para el almuerzo y de paso mantenerse alejada de ese hombre. Todo lo posible. Para que no se hiciera falsas esperanzas.

No quería ni pensar en una boda planeada, no creía que sus padres fueran capaces, pero se sintió muy nerviosa ante la posibilidad, aunque fuera remota.

**********

Angelet tuvo la sensación de que ese joven la seguía como una sombra y se crispó.

Evitaba hacer las tareas de siempre, evitaba salir a las horas para no toparse con ese joven y sin embargo lo veía.

Y una mañana mientras daba un paseo pues se sentía horriblemente asfixiada en la casa lo vio aparecer de repente muy veloz.

—Huyes de mí, muchacha—le dijo y la miró con creciente interés, como si fuera una torta de fresa que él deseaba probar.

Se crispó y quiso alejarse, correr, pero él fue más rápido y le cerró el paso.

—Hey tranquila, solo quiero conversar contigo, muchacha.

No, no quería conversar, quería algo más por supuesto.

—Déjame en paz, por favor—le gritó y quiso correr, pero él fue rápido y la besó, la besó como esa vez, con total desparpajo.

Angelet se resistió como un gato montés, pero no pudo hacer nada contra ese hombre que era fuerte como un caballo y alto, robusto a pesar de ser delgado. Odiaba que hiciera eso y lo apartó furiosa y le habría golpeado o pateado, pero tuvo miedo, era un hombre rudo y temía que le hiciera más daño.

—Eh, tranquila, solo quiero probar lo que pronto tendré de todas formas—le dijo y sonrió.

—¿Qué dice? —gritó ella agitada.

—Que usted será mía muy pronto, mademoiselle, cuando la convierta en mi esposa le quitaré la timidez y toda la ropa y besaré cada rincón de su hermoso cuerpo hasta saciar mi deseo de usted…

Ella pensó que lo que le decía era horrible y huyó, pero él le cerró el paso y volvió a agarrarla, pero esta vez fue más lejos y aprovechando cayó sobre ella sin dejarla en paz.

Angelet gritó desesperada aturdida y aterrada al saberse inmovilizada, pero supo que no podía hacer nada, estaba a su merced y cayó sobre ella para besarla hasta hacerla perder el aliento.

Y cuando estaba a punto de desmayarse sintió que alguien la liberaba de ese demonio, un hombre alto y fuerte.

—Deja en paz a la señorita, ella no quiere tus atenciones, ¿acaso no la has oído?

Angelet no podía creerlo, conocía esa voz y aturdida vio al conde llegar de repente como un héroe para enfrentarse a ese atrevido granjero y darle su merecido. Dubois cayó con el primer golpe, pero era un joven robusto y no tardó en recuperarse y golpeó al conde y ella vio con horror cómo golpeaba con ferocidad al conde.

—¿Y usted quién es? —le preguntó.

El conde se levantó rápido y lo enfrentó.

—Soy el conde de Orleans, muchacho ¿y tú quién eres?

Él lo miró atónito.

—André Dubois y esta joven es mi prometida, Monsieur y pronto será mi esposa. ¿No se ha enterado? Puedo tocarla y haré

mucho más que besarla muy pronto. Supongo que eso le deba dar mucha envidia.

El conde lo miró furioso.

—Sobre mi cadáver tendrás a mi ángel—le dijo.

Dubois se rio.

—Será sobre su cadáver entonces, conde, pero he venido a llevármela y no me iré sin ella. Usted no podrá detenerme. Ni usted ni nadie, pero le daré su merecido para que no vuelva a acercarse nunca más a mi prometida—dijo y volvió a golpearlo y se enfrentaron como fieras.

Angelet comprendió que el conde no esperaba un contrincante tan fiero y se sentía horriblemente humillado de perder la riña con un simple granjero y furioso sacó una daga de su pantalón.

Pero Dubois no se inmutó, él tenía una cuchilla guardada.

—No puedes vencerme por las buenas y quieres hacer trampa. Los señoritos de la nobleza no saben pelear como verdaderos hombres.

Angelet comprendió que ocurriría una desgracia y se acercó, se interpuso. Pues no quería que ese granjero matara a su amor ni

al revés.

—Por favor, basta, detengan esto antes de que sea tarde, por favor.

El conde la miró y ella notó que su furia menguaba solo un ápice.

—Apártate, ángel, he venido por ti—le dijo. —Y este malnacido no te desposará, ni volverá a tocarte nunca más.

Ella sintió su corazón latir palpitante, había ido a llevársela, la haría su esposa…

—No te llevarás a mi prometida, su padre me dijo que me la entregaría a cambio de un trato. Es un buen negocio y yo necesito una esposa como ella. es un trato muy ventajoso para el señor Valois. Así que olvídalo, tonto, perdiste tu oportunidad porque tú nunca quisiste casarte con la hija de un granjero supongo.

—No la tendrás, nunca lo permitiré y si no te vas ahora te mataré.

—¿Me matarás maldito cobarde? Usas a la bella de escudo, ¿por qué no me enfrentas?

El conde apartó a Angelet, no quería lastimarla, pero ella no quería alejarse.

—Por favor, aléjese conde, yo estoy bien, regresaré ahora a mi casa.

Él se puso serio.

—No te vayas, solo espérame aquí porque he venido a llevarte conmigo y este malnacido campesino no lo impedirá.

—Acaso espera usted que deje que se robe a mi novia sin pelear? Pues no lo hará—dijo.

Pero el conde no estaba solo como creía André y de pronto aparecieron sus sirvientes para ayudarle en esa pelea si era necesario, montados a caballo todos ellos los rodearon.

—He esperado demasiado para esto y usted no lo arruinará malnacido, mejor que se vaya porque no me importará nada dar cuenta de usted. Pero lo dejaré irse porque mi amada así me lo pide, nada más que por ella.

André se sintió insultado y desafiado, Angelet comprendió que haría algo y quiso impedirlo, pero sabía que no se rendiría… lucharía hasta el fin y no le importó enfrentarse al conde.

—No lo permitiré, Angelet es mi prometida. No se la llevará.

Se enfrentaron y nadie intervino, y de pronto Angelet gritó al ver que André caía herido al piso. Pero no pudo hacer nada, el

conde se la llevó impaciente en su caballo. Estaba furioso y nervioso, tenso por la situación y de pronto vio que también tenía una herida en el brazo. Pero al menos estaba vivo. No sabía qué pasaría con Dubois, pues su último recuerdo fue verlo allí tendido en el piso.

—No fue nada grave, se repondrá.

—Monsieur, ¿por qué lo hizo?

—¿Acaso prefería que fuera él quién me lastimara? Debía hacerlo, ese hombre intentó forzarte en el bosque, ¿es que vais a defenderlo?

Angelet calló, tenía razón el conde, pero no quería que lo matara y se lo dijo.

—No morirá, solo lo herí pues debía detenerlo.

Ella no dijo nada, pero de pronto pensó que eso no debía pasar, no debía llevársela así…

—No iré con usted conde, no de esta forma. Por favor.

—¿Y acaso espera que le pida permiso a su padre para raptarla, mademoiselle?

Ella sabía que era imposible.

—Quieren casarla con ese granuja y según las palabras del bandido fue vendida a él.

—Eso no es verdad, mis padres no harían eso.

—Pues cuando supe que planeaban casarla decidí venir a buscarla señorita, y lo he planeado desde hace tiempo.

—Suélteme por favor, no iré con usted. No lo haré. —se resistió.

Él la sostuvo con fuerza y cubrió su boca cuando gritó. No era él, era un bandido, era otra persona.

—Usted vendrá conmigo. Prometió ser mi esposa un día, ¿lo olvida? Y cumplirá su promesa.

Angelet se sintió paralizada, cuando vio que un grupo de jinetes se acercaba a la distancia pensó que eran hombres de su padre, pero se equivocaba. Eran amigos del conde y uno de ellos le alcanzó el caballo.

Estaba demasiado asustaba para hacer algo, allí, en el medio del bosque todo se veía solitario y silencioso. Era el invierno, todos se habían ido temprano a descansar por el frío. Angélica tiritó y miró a su secuestrador furiosa y asustada.

—Por favor, no haga esto, si lo hace mi padre jamás se lo perdonará.

—No me importa su padre, señorita, ni la decencia, solo la quiero a usted. Por eso he venido. ¿Acaso pensó que la había olvidado?

Ella no supo qué decir, su mirada era intensa.

—Acaso ya no me ama?

Se preguntó qué habría hecho el conde si ella le hubiera dicho que ya no lo amaba, era mentira por supuesto.

—Tampoco lo he olvidado, conde… pero no quiero que sea así, por favor.

—Así debe ser porque no hay otra manera, he intentado ser un caballero con su familia, pero ellos me apartaron con amenazas, me alejaron de aquí como a un perro.

Angelet comprendió que nada de lo que dijera haría cambiar de parecer al conde, había sufrido tanto su abandono y haberle rechazado antes.

—Ya lo intenté, intenté alejarme de aquí y olvidarla, pero no pude hacerlo, no quiero… nunca podría olvidar sus ojos ni el sabor de sus labios, mademoiselle. —le dijo él y la besó de forma fugaz mientras la abrazaba con fuerza como si temiera que ella pudiera intentar escapar.

No lo haría, iría con él, aunque sintiera miedo.

—Ni siquiera intente escapar porque juro que la encerraré hasta convencerla de ser mía—le dijo al oído y la miró muy serio.

Y sin más la subió a su caballo rodeado de los jinetes que habían ido a apoyarle por si algo salía mal. Como un bandido americano, fue una escena bastante extraña.

Sintió su corazón latir acelerado a medida que se alejaban y los caballos se perdían en la espesura. Todavía había luz, una luz escasa antes de que el sol desapareciera del horizonte.

Pero el conde no se dirigía a la mansión del valle como pensaba. Cuando llegaron a la carretera una diligencia aguardaba y el grupo de jinetes lo rodeó y escoltaron el resto del viaje.

—¿A dónde me lleva? Por qué…—su voz se quebró, no pudo evitarlo.

—No te llevaré a la mansión Orleans, mademoiselle, será el primer lugar en el que te buscarán y necesito tiempo para escapar de mis enemigos y tener lo que tanto deseo. A ti…

Angelet lo miró aterrada. No era el hombre gentil que la había conquistado, ahora era un bandido ladrón de mujeres, un raptor… La forma en que la miró la asustó. No parecía él, el caballero amable

que la había enamorado era otro hombre. Un extraño. Y comprender eso la asustó mucho.

—¿A dónde me llevará usted, Monsieur? ¿Qué hará conmigo? —le preguntó con un hilo de voz pues de pronto se sintió asustada.

Por momentos tuvo la sensación de que todo era un sueño, nuevamente. Pero ahora todo era distinto. Él no era ese joven amable de antes, había algo fiero y salvaje en su mirada y en su gesto que le resultaba desconocido. Y de pronto sintió que la sujetaba fuerte.

—Qué quiere hacer? ¿acaso planea abandonarme ahora? Yo la amo, señorita, hice esto porque la amo, nada más… no le haré daño.

—Suélteme, me hace daño. No quiero ir con usted, no así. ¿Es que no lo entiende? —reclamó ella y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Oh, claro que lo hará. Es mía ahora, y está bajo mi protección y responsabilidad. Si intenta escapar caerá en manos de bandidos y miserables que querrán hacerle mucho daño mademoiselle.

Ella lo miró aterrada mientras se sentaba en la diligencia. Dos de sus jinetes subieron y ella apretó los labios y se contuvo para no llorar. De pronto sintió que había caído en una horrible trampa. Ese hombre no era un caballero y no la haría su esposa.

Pero no la tocaría. Se defendería con uñas y dientes, gritaría y no dejaría que le arrebatara el vestido jamás. Intentaría pedir ayuda, seguramente encontraría personas amables… tal vez sus padres supieran de ese rapto y fueran a buscarla. Lograran llegar a tiempo…

Pero a medida que la diligencia se alejaba se preocupó, pasaron horas en ese vehículo y llegaron a desatino cuando ya casi anochecía, temblando y tiritando sintió que los dientes comenzaban a castañearle.

Al ver que temblaba le acercó la capa y la envolvió con ella.

—Tranquila, pronto llegaremos a nuestro nuevo hogar y estarás a salvo.

Sus palabras no le resultaron tranquilizadoras. Su voz, la forma en que la miró le dio miedo. No era el mismo hombre que la había enamorado, parecía un extraño. Y a pesar de su amabilidad, no se fio de nada y todo el tiempo estuvo tentada a gritar y a pedir ayuda, pero no se atrevió. Le faltó coraje y además no conocía a

nadie, a su alrededor no había más que extraños, hombres rudos que los observaron con cierta malicia. No parecían personas confiables.

Así que no dijo nada y dejó que la llevara hasta la estación. Todo le pareció tan siniestro entonces. Pero lo más duro llegó al anochecer pues debían encontrar refugio y dormir y tomar el tren a la mañana siguiente.

Entraron a un lugar y él dijo que ella era su esposa y necesitaba una habitación nupcial. Angélica miró a la posadera sin decir palabra, pero tuvo ganas de correr, de gritar. No dormiría junto a ese hombre, no lo haría.

—¿Y qué esperaba, mademoiselle? ¿Que os dejara sola en otra habitación? Sois mi cautiva ahora y debo teneros cerca, debo cuidar de ti.

—Vuestra cautiva? —su voz se quebró al decir eso y tembló al ver que la única cama de la habitación era matrimonial.

Pero la llegada de la cena hizo que se sintiera hambrienta y olvidó su angustia, tenía que comer algo, si no comía no tendría fuerzas.

—Ven, come algo preciosa. Lo necesitas.

Angélica se acercó y se sentó en la mesa, pero no pudo comer nada, sintió un nudo en la garganta.

—Tranquila, todo estará bien… luego entenderás por qué lo hice y sabrás que no tuve opción.

Ella lo miró espantada.

—¿A dónde me lleva conde? ¿Qué hará conmigo?

—Te llevaré a mi antiguo hogar, preciosa, pocos saben de él y eso es bueno…, es bueno no hablar con los vecinos. Ahora come, no has probado bocado.

—No puedo… no tengo hambre.

—Pero necesitas recuperarte. Bebe este vino, es bueno y te hará bien. te dará calor. Como la sopa.

Ella obedeció porque estaba asustada pero no pudo comer demasiado, apenas unas cucharadas.

Él observó todos sus movimientos y luego la invitó a dormir a la cama nupcial.

—Estás helada preciosa, estás temblando. Ven… necesitas mi calor.

Ella lo miró furiosa. Prefería dormir en el piso, pero tenía razón, estaba helada y solo quería meterse en la cama y descansar.

—No puedo dormir a su lado, no es decente… Usted debe dormir en el sillón—dijo señalando un jergón que había en la otra sala.

—No dormiré solo como un perro, dormiré con mi hermosa cautiva y cuidaré que no intente escapar—le respondió.

Angelet tragó saliva.

—Venga aquí conmigo, no tenga miedo, no le haré daño, no la tocaré hasta que sea mi esposa. Entonces no podrá negarse a mis brazos. Pero ahora dormiremos como dos amigos. Compartiremos la cama y yo podré tenerla cerca para vigilar que no intente escapar.

Ella aceptó resignada, estaba cansada y tiritando, necesitaba meterse en la cama, pero no podía dormir vestida.

—Puedo ayudarla con su ropa si quiere. Mañana le compraré hermosos vestidos y la convertiré en toda una dama, Angélica.

La joven lo miró aturdida y desesperada, temía que luego de desvestirla intentara algo. Sus miradas se encontraron y él la sostuvo con audacia e imaginando sus temores agregó:

—No tema, soy un caballero y no le haré ningún daño. Déjeme ayudarla.

Tembló cuando él la tocó, y a duras penas pudo aguantar las lágrimas, pero él le quitó el vestido y la llevó a la cama arropándola con dos mantas de lana para que entrara en calor.

Pero ella sintió la cama helada y hostil y tembló de nuevo, no lo pudo evitar, había sido un día difícil, un día extraño, irreal, pensó que cuando despertara no estaría allí, estaría de nuevo en su casa y descubriría que todo había sido un sueño.

—Descansa preciosa, mañana te sentirás mejor—le dijo el conde. Era su voz, era su presencia, su abrazo cálido y fuerte.

Ella despertó de golpe y se vio envuelta entre sus brazos, con su rostro muy cerca del suyo y su olor, su calor… parecía haber fuego en su cuerpo, en su mirada, la miraba con tanto amor y deseo… o quizás solo fuera deseo.

Tembló al comprender que el conde estaba medio desnudo y ella solo tenía ese vestido fino que usaba como pijama los días fríos de infierno. Sin su vestido de muchas faldas se sintió tan indefensa y desnuda…

—No…—balbuceó aterrada.

Él la miró con fijeza y de pronto sonrió levemente.

—Tranquila, no os haré daño, solo quiero daros calor, estáis tiritando, preciosa.

Angelet se rindió, estaba demasiado cansada para protestar, pero por dentro ardía de rabia al pensar en lo que ese hombre le había hecho. La había arrancado de su casa, la había raptado y nada sería como antes. Nunca más…

**********

Al despertar supo que no había sido un sueño. Estaba allí envuelta en esas frazadas y se sonrojó al ver al conde mirándola a través del espejo de la habitación mientras se vestía con prisa. Quizás fue su mirada intensa lo que la despertó o el sonido de la puerta, esos pequeños golpes…

—Buenos días, preciosa. Debemos partir temprano, hay un tren que arribar, pero antes, quiero que os probéis estos vestidos. Me los trajo mi sirviente hace un momento, creo que os quedarán…

Ella siguió la dirección de su mirada y vio unas cajas sobre la mesa. Los vestidos nuevos, los había comprado para ella pues seguramente pensaba que su atuendo no era el indicado para una futura condesa.

Decidió asearse antes de probárselos y lo hizo con la ayuda de una criada de la posada. El lodo y el polvo de la escapada del día anterior había cubierto su vestido y fue una bendición tener ropa limpia y nueva para cambiarse. Pero al verse en el espejo con ese vestido color crema y puños de fino algodón y encaje tembló. No parecía ella, hasta su cabello cepillado y sujeto con cintas por la ayuda de la doncella se veía distinto. Con más brillo, pero sus ojos color miel tenían ojeras.

—Te queda que ni pintado, preciosa… eres una preciosa criatura que el diablo puso en mi camino para tentarme—le dijo él acariciando sus mejillas antes de besarlas con suavidad mientras rodeaba su talle de forma posesiva recordándole que era suya, su cautiva.

—Por favor, déjeme regresar a mi casa—dijo ella en una súplica ahogada.

Él la miró con intensidad.

—Es demasiado tarde para eso, preciosa. No puede pedirle al diablo que se disculpe y trate de hacer lo correcto.

—Usted no es eso, Monsieur.

—Sí lo soy, su padre tenía razón al apartarla de mí señorita, pero me he cansado de hacer lo correcto. Quiero que sea mía y nada me hará cambiar de idea. pero no tema, la convertiré en mi esposa, primero. Ahora no intente escapar de mí porque si lo hace otros demonios la querrán y le prometerán devolverla a su casa, pero no lo harán y se quedará sin boda y deshonrada por extraños.

Ella lo miró estupefacta por sus palabras.

—¿Acaso no me cree? Es verdad. Es el mundo real, hermosa damisela. Y es muy cruel. Ya lo entenderá.

Angelet comprendió que ese hombre no mentía, decía la verdad. Y que si intentaba denunciarlo o pedía ayuda mucho peor le iría. ¿Quién la ayudaría además? ¿La policía? Nadie sensato se fiaba de la policía. Esos hombrecillos sin modales que recorrían todo y merodeaban.

Además, mejor sería que nadie supiera que era una joven raptada, qué vergüenza le daría que todos conocieran su secreto.

Así que ahogó sus lágrimas y trató de mostrarse fuerte, aunque por dentro se sintiera débil y triste. Era su culpa, ella se había enamorado de ese hombre, él la había seducido y también

cegado, su padre se lo había advertido… por algo nunca había aceptado que fuera su marido, él lo conocía bien…

Secó sus lágrimas mientras ambos partían a la estación escoltados nuevamente por ese grupo de jinetes. Habría sido imposible escapar, no podría haber dado un paso sin que esos criados robustos la atraparan. Así que no entendía el recelo de su raptor.

Sin embargo, la tristeza y la angustia la acompañaron durante toda la travesía, no sabía qué le deparaba el futuro junto a ese hombre, ¿acaso la haría suya hasta cansarse y luego la devolvería con sus padres? Era horrible pensarlo, pero debía evitar que eso pasara y exigirle que se casara con ella.

Pero ahora no quería hacerlo, no quería ser su esposa y atarse a ese hombre, no después de lo que le había hecho. Raptarla así de su casa y llevarla lejos a un lugar donde nadie la encontraría.

Lloró en silencio mientras sentía la mirada de los pasajeros del tren, por alguna razón ella atraía sus miradas. También la de su raptor que la miró muy serio, enfadado. Angelet apartó la mirada sin decir nada. Trató de serenarse, pero no pudo. Pero al menos pudo controlar su genio y no decir nada pues no deseaba empeorar las cosas. tal vez él se arrepintiera y entrara en razones, tal vez

comprendiera que todo había sido una locura y decidiera regresarla a su casa.  En algún lugar de su cabeza, en su conciencia podía haber un momento de sensatez…

Pero no ahora, ahora estaba pensativo y de mal talante, quizás tenso y nervioso al comprender lo que había hecho, lo que estaba haciendo…

Trató de no pensar tanto y miró por la ventanilla. Algo llamó su atención, el paisaje se volvió agreste y extraño.

—Todavía está a tiempo, Monsieur—dijo de pronto.

Él la miró muy calmo pero ceñudo.

—¿A tiempo, para qué preciosa?

—Para hacer lo correcto y regresarme a mi casa, Monsieur.

Su mirada cambió, se hizo intensa y luego pareció sonreír para sí.

—¿Y crees que hice todo esto para cambiar de parecer y regresarte a casa? ¿Crees que soy un imberbe, un torpe adolescente?

Ella no dijo nada, parecía enfadado.

—Pero podría reconsiderarlo y…

—¿Realmente quieres volver a vuestro hogar y pasar los años encerrada en esa casa, o quizás forzada a una boda concertada por vuestros padres?

Ella no dijo nada sobre eso. sabía que tarde o temprano tendría que casarse, pero no pensaba en eso ahora pensaba en el futuro y en ese horrible rapto.

—Y qué tendré ahora Monsieur? ¿Nunca más veré a mis padres y usted… qué hará conmigo ahora?

Él comprendió que ella estaba muy angustiada por su futuro, nerviosa por toda la situación y tomó su mano con suavidad.

—Todo estará bien, mademoiselle, cumpliré mi palabra. La convertiré en mi esposa.

Ella no parecía muy segura al respecto, demasiado triste y apesadumbrada para pensar con claridad, o para que sus palabras pudieran reconfortarla.

El resto del viaje no hablaron y entonces llegaron a destino.

No imaginó que la llevaría a un antiguo castillo en el medio de un bosque, aislado por una marisma y un horrible pantano. El lugar le pareció tétrico, casi infernal y hubo muchos problemas para llegar. Los caballos se encabritaron y perdieron a algunos. Unos jinetes

cayeron y los animales parecían más nerviosos que ella como si no les gustara nada ese castillo oscuro y siniestro.

—Ese castillo…

—Sí, será nuestro hogar, preciosa. No esperabais que os dejara en esa miserable casa de piedra. Solo la usaba para descansar en el verano, nunca fue mi hogar. Debía regresar en invierno, pero demoré mi partida por ti.

Su hogar, ese lugar lúgubre y oscuro, rodeado de nubes plomizas…

—Es mi legado, aquí están las tierras de cultivo y las vides donde se fabrica el mejor vino de Francia. Es un lugar próspero, sobrevivió a la barbarie así que es más fuerte que muchos otros castillos… algún día os contaré esa leyenda…

Angelet tuvo la sensación de que viajaba en el tiempo, nunca había vivido en un castillo, ni siquiera había visitado uno. Solo conocía los castillos del Loira y estuvo en Versalles con su tía de paseo. Nada se comparaba a vivir en un auténtico castillo. ¿Pero vivirían allí?

Ella no tenía sangre noble, solo un débil parentesco por parte de madre sabía que los nobles solo se casaban entre ellos, pero ese

joven era distinto, había estado casado antes con una actriz, contrariando los deseos de su padre. Era un hombre rebelde y extraño.

Pensó en los vestidos, sombreros y botas que le había comprado durante el viaje, tal vez quería que todos pensaran que era noble…

Nunca la encontrarían en ese lugar, era de difícil acceso y fue una verdadera odisea bordear el lago, eludir el pantano y para hacerlo tuvieron que ir por una ruta muy empinada y peligrosa. A caballo y a pie, al final quedaron enlodados y cansados, exhaustos. La altura del edificio y su estampa era sobrecogedora. Sin saber por qué extrañas sensaciones la embargaron mientras contemplaba el regio edificio, sensaciones raras como si el lugar le trasmitiera un montón de presentimientos buenos y malos…

Y el conde, que había estado pendiente de que no se cayera ni resbalara ahora se acercó y rodeó con sus brazos de forma efusiva y algo inapropiada.

—No temas preciosa, este será tu nuevo hogar.

Angelet lo miró sonrojada por el inesperado abrazo y lo apartó con suavidad y él sonrió y murmuró la palabra ángel, por

favor. Ella no sabía si gritar, si llorar o correr, todavía le costaba entender lo que estaba pasando, lo que había pasado y lo que pasaría con su vida. ese castillo era una fortaleza inexpugnable, un lugar oscuro y hasta siniestro, tan lejos de su hogar y tan distinto a todo lo que había conocido.

—Ven ángel—le dijo él.

Ella lo siguió sin decir nada. Atrás quedaron las dudas y presentimientos, pero no los deseos de escapar. Quería hacerlo, pero por alguna razón supo que era inútil y que si lo intentaba solo enfadaría a su raptor.

Al entrar las sombras la rodearon y paró en seco al ver una habitación en penumbra.

—Señor conde, disculpe, no sabíamos que vendría tan pronto.

—Les envié un mensaje. qué es todo esto? Parece un castillo embrujado repleto de muebles cubiertos con sábanas. Además, huele a rancio.

El conde estaba furioso y la criada se disculpaba y casi lloraba de impotencia mientras pedía perdón.

Al parecer nadie esperaba su visita y por eso todo estaba a oscuras, con los muebles cubiertos como si su ausencia hubiera sido

muy prolongada y entonces…

Angelet miró a su alrededor con curiosidad y entonces descubrió la mirada de dos sirvientas jóvenes desde un rincón.

—Ella es mi prometida, la señorita Valois. Se quedará aquí y se convertirá en la nueva condesa de Orleans. Espero podrías servirle y guiarla en sus nuevos deberes.

Hablaba con el ama de llaves que no parecía tener ese porte especial de las criadas de confianza, era una mujer vieja y menuda, pero sus ojos oscuros y vivaces la miraron con fijeza. De pronto se convirtió en el centro de las miradas.  Pero todos fueron muy amables con ella y le prepararon la habitación de huéspedes. Al menos tendría una alcoba independiente.

Los sirvientes comenzaron a quitar las sábanas de los muebles y a asear todo a prisa mientras el conde no ocultaba el disgusto que eso le provocaba pues al parecer esperaba ser recibido con todo preparado y reluciente.

Allí al parecer los sirvientes eran muy serviciales y respetuosos. Como en los viejos tiempos, la revolución no parecía haber llegado a esa fortaleza y había muchos sirvientes, Angelet lo notó enseguida. También que el lugar hacía mucho frío como si solo

vivieran fantasmas, antiguos muebles y sirvientes aterrorizados que iban de aquí para allá procurando dejar todo aseado lo antes posible.

Al menos llevaba un vestido nuevo, y cuando el conde la presentó como su prometida todos la miraron con respeto y reverencia. No se veía como la hija de un granjero ahora y el conde fue lo suficientemente astuto para ayudarla a lucir diferente pues seguramente la presentaría luego a sus parientes y amistades y no quería que nadie supiera su humilde origen.

Habían dejado atrás Provenza y se encontraban en Armañac, en un castillo medieval rodeado de viñedos.

Se acercó a la ventana de su habitación para contemplar el paisaje. Era hermoso si el día no hubiera estado nublado y gris. Tiritó. Ese cuarto también estaba helado y estaba hambrienta, apenas había desayunado un trozo de pan y café en la posada. Pero el paisaje era sublime, bello, distinto a todo lo que había conocido. El verde azul y gris se mezclaban con singular maestría como en un cuadro de salón, verde pradera, verde en varias tonalidades y el cielo azul y gris y a lo lejos, muy a la distancia breves destellos de sol. Un paisaje ondulante, pero sin mar, sin el mar de su tierra. Estaban rodeados de tierra, árboles, montes y a la distancia un

frondoso bosque, lo más verde del cuadro. Y también una villa, en medio de lo gris había casitas blancas y color ladrillo, algún pueblo cercano tal vez.

Suspiró. Estaba hecho, estaba allí, y debía comprenderlo: no era un sueño, todo había pasado y era real. Mejor hacerse a la idea y tratar de …

La llegada de una mucama y una criada con leña para la estufa pequeña de un rincón pusieron fin a sus cavilaciones, ambas la miraron con curiosidad y luego bajaron la vista como avergonzadas realizando todo de manera silenciosa y precisa. Encendieron el fuego y le llevaron un suculento almuerzo y poco después agua caliente para asearse. Todo el castillo estaba frío, como si fuera un lugar abandonado, era extraño… el desencuentro, su repentina llegada y lo demás. Los criados se veían sorprendidos y casi atemorizados, como si no les agradara la presencia del conde allí.

No había sido una bienvenida muy cálida y de pronto pensó en sus padres, en su hogar, ¿estarían buscándola en la mansión Orleans, se atreverían a ir a Provenza?

No lo creía. Para ellos esa hija prófuga había huido con su enamorado, estaría muerta para sus padres, para su familia. Jamás

sabrían que el conde la había llevado contra su voluntad… ni tampoco importaría. Debía aceptarlo. Es que ya n podría volver atrás, el conde no quiso escucharla cuando le pidió que recapacitara. Estaba decidido a que fuera suya y nada lo detendría… solo que temía que lo hubiera hecho impulsado por el deseo y no por el amor con el que ella había soñado. Esa duda la carcomía…

Y esa noche mientras cenaban a solas en el gran comedor pensaba en ello al sentir sus miradas.

—Espero que te sientas a gusto aquí—dijo de pronto.

Ella lo miró con fijeza, no supo qué responderle además estaba muy nerviosa por sus miradas. Se había puesto un vestido azul muy hermoso con encaje blanco en el escote y en las mangas, era el vestido más bello que había visto en su vida y lo usaba para una simple cena. El conde se lo había obsequiado y quería lucirlo, pero pensó que era algo precipitado.

—No te preocupes, mi bella dama, pronto os sentiréis como en casa—dijo él para romper el silencio.

¿Como en casa? Se oía tan extraña la expresión. ¿Qué pasaría ahora? ¿Qué haría él? ¿Intentaría seducirla esa noche, por eso la

había vestido así? No era más que su prisionera ahora y debía hacer su voluntad o… no sabía qué pasaría si se negaba, pero tuvo miedo.

Apartó la mirada y trató de probar bocado. No era fácil para ella. Estaba muy asustada y quería escapar, regresar a su casa, su familia debía estar tan angustiada…

—Come preciosa, debes alimentarte para estar fuerte para ser mi esposa.

Ella lo miró y obedeció. Ahora dependía de eso, de que la hiciera su esposa porque pensó que esa aventura no podía terminar de otra forma.

Y como si adivinara sus pensamientos le dijo:

—Pronto nos casaremos. Lo prometo. Debo hablar con el prelado para que oficie la ceremonia.

Ella lo miró asustada. No estaba lista para ser su esposa, pero no se atrevió a decírselo. Tal vez pudiera escapar y pedir ayuda, pero…

Sabía que era tonto pensar en eso, él no la dejaría ir.

—Te llevaré luego a la ciudad para que puedas escoger un vestido blanco, el que más te agrade—agregó el conde totalmente ajeno a sus maquinaciones.

—¿Está seguro de esto, Monsieur? No quiere tomarse un tiempo para pensar si realmente… porque si algo sale mal mi vida quedará arruinada.

Sus palabras lo inquietaron. No se lo esperaba. Su mirada se detuvo en ella un momento que pareció eterno.

—Crees que hice esto por capricho o porque me agrada raptar bellas damiselas para luego prometerles matrimonio?

—No… no lo sé.

—Bueno, es verdad, vos no me conocéis preciosa. Pero os aseguro que nada más lejos de mi voluntad que eso.

Ella no respondió, pero estaba asustada, y quería correr, escapar, todavía sentía que estaba inmersa en un sueño y que pronto despertaría.

**********

El castillo era un lugar hermoso, no tardó en descubrirlo y todos los criados eran muy atentos con ella, aunque permanecían vigilantes y atentos a todos sus movimientos.

El conde se reunió con sus arrendatarios y amigos los días siguientes y también pasó mucho tiempo reunido con su administrador y su abogado por asuntos de la finca.

También hubo visitas, pero ella no fue invitada a participar. La dejaron encerrada y escondida en su habitación como si su anfitrión se avergonzara de ella y la hiciera sentirse una prisionera. Eso la desanimó bastante.

Sin embargo, nunca dejó de buscarla luego de sus salidas y también luego de recibir invitados.

Esa noche durante la cena y él le preguntó cómo había pasado ese día.

—Bien… recibisteis visitas?

No podía negarlo, a pesar de ser una fortaleza inmensa en el castillo todo se sabía y ella vio a esos caballeros y sus esposas todos tan elegantes y conversadores. Los vio desde el balcón de su habitación, los vio llegar en sus cabrioles y caballos.

—Todavía no puedo invitarte, preciosa. Nadie debe saber que has vivido aquí antes de la boda. No estaría bien visto.

Su respuesta la sorprendió. ¿Acaso se avergonzaba de ella luego de haberla raptado?

—Os avergonzáis de mí porque no soy más que una campesina?

Él se puso serio.

—No fue eso lo que quise deciros. Pero ninguna joven casadera vive en la casa de su futuro marido antes de la boda. Lo siento… Mañana te llevaré a la ciudad para que escojas un vestido.

—Por qué? Usted no piensa casarse conmigo. No tengo sangre noble, no tengo la clase de sus amistades—se quejó ella nerviosa, cada vez más inquieta.

—No diga eso, mademoiselle. Por favor. No es verdad. La presentaré como mi esposa cuando sea el momento y no se angustie, no soy un seductor de muchachas y si la rapté fue porque quería que fuera mi esposa y no había otra manera de conseguirlo.

Ella lo miró atormentada pues no quería que luego de la boda la dejara escondida como si se avergonzara de ella. ¿Acaso su boda también sería secreta? ¿Invitaría a sus amigos?

—¿Pero nadie sabe que tendrás una esposa, no es así?

Él dijo que no importaba.

—Casarme es mi voluntad y mi decisión y también la vuestra. Hicisteis una promesa.

—Prometí que sería vuestra esposa, es verdad. pero no así, no de esta forma. Raptada y escondida como si fuera vuestra cautiva y no vuestra futura esposa—Angelet sintió que sus mejillas se

encendían de repente. Estaba furiosa y triste por estar encerrada y a merced de su raptor, quien la escondía de todos como si estuviera avergonzado de ella.

Sus palabras lo sorprendieron, pero no perdió la calma en ningún momento.

—No me avergüenzo de vos, solo guardo las formas. No estaría bien que luego todos supieran que a mi esposa la rapté de su casa como un bandido. —sonrió levemente—aunque eso sea verdad. todos deben pensar que nos casamos en el extranjero, no aquí.

—¿En el extranjero? ¿Entonces nuestra boda será algo secreto?

Él asintió.

—No quiero celebraciones y si aviso de mi boda mis parientes vendrán a visitarme y querrán quedarse y no quiero soportar su presencia. Ni tampoco explicar lo que pasó, soy el conde de Orleans y el único dueño de mi destino y de mi vida.

Hablaba con fría determinación.  Pero ella pensó que una boda sin fiesta ni invitados no sería más que un compromiso frío celebrado por obligación. No era lo que ella había soñado para el día más importante de su vida.

Angelet guardó silencio al sentir que las lágrimas lo decían todo en esos momentos, esas lágrimas que caían lentamente por sus mejillas sin que pudiera detenerlas.

—Lo siento, no quise ofenderte o…

No entendía qué le pasaba y ella tuvo que decírselo.

—No sé por qué… por qué hizo todo esto, Monsieur. Teníamos un acuerdo y yo lo cumpliría. Dije que sería tu esposa cuando fuera el momento—dijo cuando fue capaz de responderle.

—Lo hice porque tu padre jamás permitiría que te convirtiera en mi esposa. Me lo dijo con claridad y me prohibió acercarme a ti. Jamás iba a permitir que te desposará, pero ahora lo haré y ya no podrá oponerse porque serás mía, mi esposa. Lamento que fuera así pero no había otra manera, tú no podías desobedecer a vuestros padres, no los habría enfrentado.

Angelet secó sus lágrimas y no dijo nada, era inútil oponerse y no quería que pensara que no deseaba esa boda. Solo que no quería que las cosas fueran así.

**********

Tuvo la sensación de que su boda se organizaba con prisas. Primero la visita al a ciudad de Nantes, luego el vestido y la charla

con el capellán que llegó un día para preparar la capilla del castillo no vivía allí como era de esperarse.

Su esposo tampoco iba nunca a misa ni quiso llevarla como le pidió.

"La vida me ha alejado de Dios" comentó en esa ocasión sin dar más explicaciones.

El capellán le preguntó cuánto hacía que no fuera a misa y ella tuvo que decirle la verdad, pero no le dijo nada que era culpa del conde.

Necesitaban testigos dijo el cura y les dio una charla sobre el matrimonio. A ella le habló de los deberes de una esposa y le entregó una especie de libro, un manual le dijo.

Angelet no pensó que su madre hubiera leído un manual para poder casarse con su padre, el suyo había sido un matrimonio romántico. Una fuga amorosa porque sus abuelos no veían con buenos ojos que su hija se casara con un provinciano rico, pero sin clase.

Sus padres estaban muy enamorados y no les importó demasiado desafiar a la familia de su madre.  A ella en cambio le

pesaba mucho hacerlo, pero prometió que leería el manual de la perfecta esposa como se llamaba el libro.

Sintió curiosidad por saber de qué trataba, no imaginaba que algo así fuera publicado antes. Los únicos libros que leía eran de fábulas.

El conde sintió curiosidad al verla regresar con ese libro.

—Es un manual de la buena esposa, me lo dio el capellán— respondió ella.

Él tomó el libro y lo miró.

—No necesitas ese manual, preciosa. Yo te enseñaré a ser una buena esposa y lo aprenderás todo de mí.

Ella no entendía por qué se lo decía, pero decidió leer el manual porque el padre dijo que en ese libro había ejemplos y asuntos muy importantes y pertinentes del matrimonio.

—Además tampoco necesitas aprender hornear pan ni a bordar un mantel, tendrás sirvientes para eso.

—¿Y qué es lo que debo saber, Monsieur?

—Lo sabrás luego, la vida es mitad hechos y acción y una pequeña parte de teoría.

No quiso decirle más que eso, pero Angelet sintió curiosidad y leyó el manual esa tarde luego del almuerzo.

Al comienzo le pareció razonable, una buena esposa debía ser amorosa y contemplar las necesidades de su esposo, siempre debía ser respetuosa y obediente… cualquier mujer educada era obediente y respetuosa. Eso no le parecía extraño.

Pero luego decía que no podría negarse a los apasionados abrazos de su esposo pues para eso se había casado…

Angelet enrojeció al comprender la clara alusión del libro y pensó que no estaba lista, que no podría soportar que le hiciera esas cosas que ella sabía bien cuáles eran.

Pero el libro insistía en eso una y otra vez, luego se refería a la educación de los hijos, a ser una madre amorosa que estuviera siempre dispuesta a educar a sus hijos en la fe católica y a vigilar las enseñanzas de nodrizas y gobernantas pues había personas llamadas librepensadores que eran algo peligrosos para las buenas costumbres o eso insinuaba…

El bienestar de su esposo y sus hijos era lo primordial para la esposa…

Asistir a misa todos los domingos y convencer a su familia de acompañarla…

La mitad del libro hablaba de religión y Angelet dejó de leer al recordar lo de los abrazos ardientes.

Se preguntó si sería una buena esposa o…

Trató de no pensar en eso, trató de no pensar todo lo que conllevaba ser una buena esposa, todavía estaba asustada por el rapto y por momentos pensaba en escapar, aunque eso fuera una fantasía que no llevaría a cabo.

********** -

Llegó el día de su boda y estaba tan nerviosa que no podía disimular. Habían ido a una hora temprana al pueblo para cumplir con la formalidad de la boda civil, con uno pocos presentes firmaron un libro en la alcaldía, se leyeron las proclamas y todo estuvo listo. Al parecer se había hecho obligatorio el matrimonio civil. Sin embargo, fue muy frío todo, como si hicieran un trámite ante la alcaldía, no parecía una verdadera celebración de un matrimonio.

Muy distinto fue cuando horas después celebraron su boda por Iglesia.

Entonces llegó con un vestido blanco hermoso y flores de azahar como estaban de moda. Su padrino de bodas quien la llevaría hasta la capilla no sería su padre porque no estaba presente sino un amigo de su futuro esposo.

Cuando entró en la capilla notó que esta tenía muy pocos invitados, pero su mirada se centró en el altar donde esperaba el conde para convertirla en su esposa.

Estaba muy apuesto con su traje de gala en color negro y la camisa blanca almidonada con una cravat. Muy guapo y elegante. Y por un instante tuvo la sensación de que todo era irreal como un sueño. Un sueño que un día tuvo al conocer al conde y que luego supo era un imposible.

Pero no era imposible, estaba pasando en ese momento, caminando hacia el altar con la mirada baja y cubierta por una toca larga de tul blanco.

Había escogido un vestido sencillo, discreto pero muy bonito y elegante. Con una diadema de perlas y flores blancas de tela para recoger su cabello rubio y brillante.

Estaba muy nerviosa cuando llegó al altar, pero su mirada evitó que llorara entonces y permaneció con la mirada baja. Seguía

sintiendo que todo era un sueño, no podía evitarlo.

El prelado los declaró marido y mujer y a lo último firmaron el acta del gran libro junto a los testigos.

Ahora era suya, su esposa y nadie podría decir que era una joven raptada y sin familia. Tembló de la emoción cuando su esposo la tomó entre sus brazos luego de quitarle el velo para mirarla con tanta intensidad y feliz, feliz de que fuera al fin su esposa sus ojos brillaban y tenían una mirada especial…

Pero luego le dio un beso suave y delicado, un beso que nada se parecía a aquél que le había robado una vez. y la forma en que la abrazó y su mirada…

Sintió que él la amaba con mucha más intensidad que ella misma. Ella lo quería sí pero no era un amor tan intenso, era un amor de fantasía, anhelado como un imposible, se daba cuenta de ello. Todo el tiempo que esperó que fuera a pedir su mano, que fuera a hablarle y ahora al fin había cumplido su palabra y la había convertido en su esposa. Sintió que flotaba en una nube. Sintió que era irreal y tuvo miedo pues no sabía lo que le esperaba de ese matrimonio, apenas podía hacerse a la idea de que eso estaba pasando.

Él sonrió como si quisiera darle ánimo y tomó su mano para llevarla lejos del altar. Recorrieron el camino juntos y fueron saludados por los presentes, unos pocos familiares y amigos de su esposo.

Él la presentó con orgullo, pero Angelet notó que él la nombraba condesa y esperaba de ellos cierto homenaje que no llegó de forma natural. Ya lo había notado antes en su estancia en París cuando su tía casamentera quiso presentarle candidatos. De alguna manera ellos sabían cuando una joven no pertenecía a la nobleza y aunque eso no detuvo al conde, sus amigos eran diferentes.

Entró al salón sintiéndose insegura y más nerviosa que antes pues debía presidir un banquete y no conocía a nadie.

Se sentó a su derecha y no habló una palabra pues no conocía al caballero que tenía a su lado y su esposo conversaba mucho más con sus amigos.

En un momento algo pasó, notó unas miradas extrañas y escuchó voces y miradas de extrañeza.

—Felicitaciones a los recién casados. ¿Es que no me han invitado a su boda? —preguntó el caballero luego de acercarse a los novios con cierta impertinencia.

Angelet notó que era un hombre joven y guapo, de porte soberbio y mirada oscura e inquisitiva, parecía noble, su atuendo era muy suntuoso y lucía un anillo similar al de su marido con el emblema de los marqueses de Orleans. Los ojos del recién llegado miraron a la novia con singular interés antes de ser presentado por el novio.

—¿Qué broma es esta, quien sois vos? —dijo el conde y se incorporó furioso y tenso.

Lo primero que hizo fue enfrentar al recién llegado al tiempo que parecía defender a su esposa de sus lascivas miradas.

—Philippe, pero si soy yo, vuestro hermano mayor. ¿Pensasteis que había muerto en uno de mis viajes verdad? y ahora tú tienes todo lo que es mío y también una hermosa esposa. Diablos. He viajado por el mundo durante mucho tiempo, pero ni en todos mis viajes ni en los confines del mundo he visto dama más hermosa y tierna.

Angelet sintió terror de que el visitante inesperado le dedicara esas palabras que lejos de halagarla la alarmaron por completo.

—No puede ser, tú no eres mi hermano. Mi hermano murió.

Su esposo estaba petrificado, asustado y furioso y no daba crédito de que ese elegante caballero fuera su hermano mayor, ese que todos creyeron muerto a juzgar por sus palabras.

Angelet recordó que en alguna ocasión el conde le habló de ese hermano y de su prematura muerte en París. ¿Por qué fingirse muerto si no lo estaba? Había pasado mucho tiempo desde entonces porque se notaba que el recién llegado era unos cuantos años mayor a su esposo. era distinto, además, no se parecía en nada… al punto que nadie habría creído que eran hermanos.

Pero no había alegría en los ojos de su esposo y Angelet pensó con terror que si él no era por derecho el verdadero conde de Orleans entonces su boda tampoco era legal y se estremeció hasta la última fibra de su ser mientras su mente pensaba y recordaba por qué no había sido una boda normal, por qué tan pocos invitados y antes de eso: el rapto.

—No veo mucha alegría de verme, hermanito… ¿Una nueva esposa en el castillo? ¿Qué pasó con Sophie, la actriz?

—¿Cómo sabéis de Sophie?

El hermano mayor sonrió.

—Es que no me fui por propia voluntad y me enteré de algunas historias familiares. Realmente fuiste un disgusto para nuestro padre y sin embargo tú eras su favorito.

Eso había escuchado Angelet hace algún tiempo, pero no dio crédito a esas habladurías, para ella el conde era un hombre bueno y gentil y … estaba enamorada.

Ahora los presentes miraban con reserva al recién llegado y cierto estupor, incredibilidad.

—Tú no eres mi hermano, Louis… esto es una broma de mal gusto. Supiste de mi boda y has venido a arruinarla. Pero no te dejaré. Aparátate ahora de mi esposa, malnacido.

Louis no se esperaba la dureza de esas palabras ni el gesto de desprecio de ira en el rostro de su hermano menor. Lo había llamado malnacido y eso era un insulto fuerte y desmedido.

Angelet sintió que su boda se había arruinado en ese instante y que quizás todo se había arruinado mucho antes por la conducta del conde.

—Por favor, Philippe—le dijo en son de súplica tratando de calmar las aguas.

Pero su mirada era extraña, parecía furioso y también desesperado como si ese reencuentro distara mucho de ser agradable. No sabía si al estar vivo su hermano mayor, su boda estaría malograda o tendría que entregarlo todo a su hermano, incluyendo a su esposa. Angelet pensó que moriría antes de aceptar semejante afrenta.

—Por favor, caballeros. Esto es muy inesperado y difícil para nuestro amigo. Aunque creo que sería mejor que el recién llegada presentara sus credenciales para demostrar que es en verdad quien dice ser porque todos sabemos que el hermano mayor del conde falleció hace años—intervino uno de los amigos de su esposo que además era abogado.

Su presencia era muy inoportuna. Pero los demás familiares también se mostraron reticentes y molestos con la aparición del pariente muerto y casi olvidado.

De su hermano el conde le había hablado una vez hacía tiempo y Angelet no recordaba demasiado si dijo que murió joven porque lo derribó un jinete o fue en París en otro accidente. Sabía que había sido algo trágico y ahora él decía que había viajado por el mundo y había regresado a casa. Como si fuera uno de esos exploradores que anhelaban recorrer el mundo y hacían viajes por

distintos confines y se reunían con su familia una vez al año o menos con la tez bronceada y tantas historias que contar. Pero esos viajeros siempre eran recibidos de otra forma, con alegría y entusiasmo, y sus familiares estaban ansiosos por escuchar sus historias y recibir algunos presentes. Su padre tenía un tío que era viajero y en París conoció a varios.

Pero ese hombre no parecía un viajero, no uno de esos viajeros de tes bronceada con historias apasionantes que contar, al menos nadie mostró interés en escucharlas.

Angelet notó una tensión espantosa entre ambos hermanos y esta iba en aumento, ciertas palabras que se dijeron fueron sarcásticas y ella comprendió que su marido no quería que ese hombre se quedara. Por un lado, negó que fuera su hermano, dijo que su hermano estaba enterrado en el cementerio del castillo y luego sin embargo el hijo pródigo habló de su padre y de que no se iría de su castillo.

—Todo lo que tienes debió ser mío un día, Philippe. Y ahora tú me miras con odio como si mintiera, pero tú sabes que es verdad. no puedes ostentar el título de conde porque yo estoy vivo y ese título y las tierras me pertenecen. Y no esperes que me quede aquí

como un pariente pobre esperando tu caridad. He regresado para recuperar todo lo que me pertenece, hermanito.

Y sin más se sentó a la mesa y permaneció como un invitado más de la fiesta.

Pero Angelet sintió que la presencia de ese hombre lo arruinaría todo. porque su esposo no era el conde y esa no era su heredad, ni su casa y ella temblaba de pensar que ese bandido esperaba recuperar todo lo que decía haber perdido y la miraba como si ella fuera parte del mobiliario de esa fortaleza.

Su esposo también estaba disgustado y le pidió que se retirara de su fiesta y de su propiedad.

—Usted no es mi hermano, solo se parece a él. Mi hermano Louis está muerto y ha venido aquí con la intención de usurpar su lugar. Es un mentiroso, él no es mi hermano.

Lo negó desde el primer momento, para él es hombre era un estafador y un extraño, y luego fue más lejos y dijo que llamaría a la policía.

Todos los presentes se asustaron porque la policía no era de fiar, era gentuza oscura y de malos modales. Llegaban con sus palos

gritando y armando mucho jaleo y no serían bien recibidos en el castillo con tanta gente elegante.

No sabía cómo su esposo dijo eso, pero Angelet nunca lo había visto tan furioso, tan descontrolado por la rabia y la ira.

Y era su fiesta de bodas, un banquete con amigos, una celebración discreta para celebrar que estaban casados.

Pero lo más penoso fue que el falso hermano mayor se quedó porque estaba empecinado en demostrar que era quien decía ser y dijo que nadie se atrevería a echarlo de su propia casa.

El conde se levantó de la silla y miró a su falso hermano.

—Pues sal de mi vista pues no te he invitado a mi boda.

Cuando el inesperado invitado se retiró Angelet no pudo probar bocado del pastel y aunque aceptó bailar con su esposo sintió que el festejo de su boda se había arruinado.

Pero eso cambió cuando entró a sus aposentos nupciales, su nueva habitación de dama casada. Allí todo era paz y armonía y era increíble… había flores blancas en los jarrones y la habitación estaba caldeada por un brasero. Y un aroma de flores tan agradable.

Una doncella se acercó para ayudarla con el vestido y cepillar su cabello y Angelet se lo agradeció, pero de pronto lloró al pensar

en la presencia de ese hombre y tuvo dudas… ¿Y si era quien decía ser?

—¿Tú conoces a ese hombre, al hermano de mi esposo? —le preguntó.

No era correcto hablar con sirvientes ni interrogarles, lo sabía, pero ella estaba nerviosa y muy preocupada por lo que acababa de pasar en el castillo y tenía la sensación de que la presencia del intruso cambiaría sus vidas de una forma inevitable.

La doncella se puso tensa de repente.

—¿Se refiere al caballero que llegó al final de la fiesta?

No lo nombró, pero parecía asustada eso era evidente.

—Sí. Dijo ser el hermano de mi esposo, pero él dijo que había muerto.

—Yo era una niña entonces señora, cuando todo eso pasó y ayudaba a mi madre a zurcir algunas prendas. No trabajaba en el castillo sino en un taller de costura de París.

—Pero los criados parecían tan asustados y sorprendidos… no escuchaste nada?

La doncella se alejó espantada, fue como si tomara distancia de ella o de la conversación.

—No señora, lo siento. No escuché nada.

Angelet comprendió que mentía y que todo se volvía más raro y perturbador. Pues ninguno de los presentes se atrevió a decir que ese caballero era quien decía ser. Y sin embargo todos se mostraron espantados y sorprendidos. Como si vieran un fantasma. Pero ninguno dijo que era un impostor, excepto su marido.

Unos pasos en la habitación hicieron que dejara de hablar del asunto, no era correcto hacerlo y ahora con el traje de novia puesto ese traje blanco inmaculado de seda y encaje vio entrar a su esposo y tuvo un nuevo motivo para sentir miedo esa noche.

Tembló al sentir su mirada y casi deseó correr en esos momentos, pero no podía, no era correcto. ¿Qué clase de esposa hacía eso?

Él se acercó lentamente y se detuvo frente a ella. ya no estaba tan enfadado como momentos antes en la fiesta, sus ojos la miraban con fascinación y deseo y de pronto la abrazó y notó que temblaba.

—Eres tan hermosa, Angelet—dijo acariciando su rostro sin dejar de mirarla ni de abrazarla— pero no temas, no voy a hacerte

daño—dijo y liberó su cabello de esas flores de tela y el broche de brillantes.

Luego la llevó hasta la cama y la besó, le dio un beso apasionado y ardiente un beso tan dulce…

Él la despojó lentamente de su vestido y la envolvió con su cuerpo semi desnudo.

Pero Angelet temblaba y se resistía, no estaba lista para ser suya a pesar de que se dejaba llevar por momentos quería correr.

Nadie le había hablado de esa noche, algo sabía, pero cuando vio desnudo a su esposo ardiente y viril palideció. Nunca había visto a un hombre desnudo con algo tan grande allí y… sabía que era la virilidad y que era la naturaleza, pero se quedó tiesa y muy asustada. Desconcertada y sin saber por qué… por qué nadie le había advertido jamás por qué su madre no tuvo esa charla con ella.

Tal vez porque su madre no sabía que sería raptada y arrastrada a una boda un día.

Él notó que estaba muy asustada y la envolvió con sus brazos sin dejar de besarla y apretarla muy fuerte contra él.

—Tranquila preciosa, no temas, todo estará bien, déjame enseñarte el amor porque yo te amo pequeña, te amo tanto…

La amaba y la deseaba podía sentirlo, su pulso acelerado y el calor que recorría su cuerpo y sus besos y abrazos… sabía que era un abrazo apasionado, alguien se lo dijo una vez o lo escuchó de una conversación de criadas, un abrazo y luego de alguna manera el hombre expulsaba la semilla para que hubiera un bebé. Angelet había visto aparearse a los animales en el campo y aunque le dio mucho asco presenciarlo sabía que era así, macho y hembra unidos en una cópula.

—No… déjame por favor, no puedo… no quiero—le dijo entonces y lloró avergonzada por tener que detenerle, por rechazar al hombre que era su marido ahora. En el libro decía que una esposa no podía rechazar a su marido, no podía evitar esos abrazos porque para eso se había casado.

Él la miró con intensidad y no se enfadó, casi sonrió al ver que temblaba y solo quería escapar de esa cama y de que le hiciera eso para hacerle bebés.

—No temas, no te obligaré, preciosa, soy un caballero. Tranquila…—le dijo.

Angelet lo miró aterrada. Quería irse, pero él no la dejaba.

—No tengas miedo, no llores… todo estará bien. ya verás.

Angelet se resistió, pero de pronto dejó de hacerlo. Él le dijo que no lo haría.

—No lo haré, nunca te haría daño. Tranquila, ven, no llores… supongo que nadie te habló de lo que sucede en la noche de bodas.

Angelet lo negó y se sintió desnuda y vulnerable con ese vestido ligero que marcaba sus femeninas formas. No había podido desnudarla, ella no lo dejó y todavía quería correr, estaba muy asustada. Pero también se sentía mal por comportarse así en su noche de bodas. Era su esposa ahora y su deber era complacer a su marido…

—Lo siento mucho—balbuceó.

Él la abrazó y la llevó lentamente a la cama.

—Eres mía ahora, ángel, eres mi esposa y nadie debe saber que no fuiste mía esta noche.

Ella lo miró confundida.

—No diré nada, pero lo siento. No estaba lista para casarme, no estaba lista… debiste esperar en vez de raptarme—le reprochó.

—Juraste que sería mía un día, que serías mi esposa. No pensé que fuese un capricho para ti, preciosa, un amor pasajero de niña.

Ella iba a protestar, pero se sintió mal entonces, sintió que nada podía ir peor y que mejor no decir nada. Lloró apenada y él se marchó, se alejó y fue a beber una copa de vino.

—Qué tonto fui, olvidé el vino—dijo.

Angelet no sabía por qué decía eso y esperaba que no se embriagara en su noche de bodas, habría sido el colofón de esa desastrosa noche de bodas.

Él no era un capricho de juventud ni un amor de niña. Ella lo amaba y se dijo a sí misma que solo se casaría con él cuando llegara el momento. Era injusto que la acusara de no quererlo, no era cierto.

No imaginó que lo había hecho porque su rechazo lo había herido y porque se moría por hacerle el amor y no podía tocarla.

Tenía su orgullo, pero no se fue y la dejó sola buscando compañía femenina en otro lugar como temía que hiciera.

No lo hizo. y luego de beber su copa de vino regresó a la cama y la envolvió entre sus brazos y buscó sus labios para besarla. Angelet lloró.

—Lo siento mucho, perdóname—le dijo.

Él la miró sin decir palabra y ella se preguntó qué pasaría al día siguiente. ¿Seguiría pensando que había sido un error esa boda y

la regresaría con sus padres? Se moriría si lo hacía, era su esposa había hecho un juramento ante Dios de amarlo y respetarlo hasta que la muerte los separara.

Sintió su corazón latir furioso y se preguntó si también su marido estaría así de enojado con ella o solamente desilusionado. Sin embargo, la abrazó tan fuerte y en algún momento tomó su rostro en la oscuridad y la besó, un beso dulce y apasionado, el beso que solo podía darle un esposo.

**********

Al día siguiente despertó con la claridad del día, pero no estaba sola, su esposo estaba a su lado y estaba listo para salir, vestía un traje de montar y parecía apurado.

Se miraron y ella se sintió mal, intentó sonreír, pero él no sonreía, parecía pensativo.

—Nadie debe saber esto, preciosa—dijo.

Ella iba a decir que lo lamentaba, pero él no le dio tiempo, se acercó y la besó.

—No hay prisa, esperaré… pero nadie debe saberlo… por mi honor y por nuestro matrimonio.

Angelet asintió afectada y sin entender por qué le había dicho eso. a quién le diría, además, ninguna dama mencionaba esos asuntos con nadie…

—Debo irme ahora, luego te veré en el almuerzo. Quédate un poco más, es temprano. Regresa a la cama y quédate aquí.

Ella no entendía por qué, pero él le habló del huésped indeseable.

—Es tu hermano? Nunca me hablasteis de él.

—No, no es mi hermano—estaba furioso de que lo llamara así.

—Disculpa pensé que…

—Por favor Angelet, no habléis con ese hombre ni os acerquéis a él. Es una verdadera molestia… veré cómo logro resolver este problema.

No le dijo más que eso, no le dio más explicación y ella se quedó intrigada. Entonces pensó que tal vez los hermanos se habían peleado en el pasado por algún problema grave y a su esposo no le agradaba que su hermano enemistado regresara y dijera que ese era su hogar y todo lo que estaba allí le pertenecía. Pues de vivir el

hermano mayor su esposo tampoco era conde ni podría disponer de su heredad como hasta ahora…

Días después los vio discutir en el jardín, lejos del castillo e intrigada se acercó. La tensión podía sentirse en el aire y al verlos allí gesticular supo que la pelea era intensa y no pudo menos que aguardar a ver qué pasaba.

—No puedes quedarte. Todo esto me pertenece ahora, por derecho y tú recibiste la herencia de nuestro padre y la dilapidaste en viajes, y no sé qué has hecho con la propiedad de París.

—Pero todo esto me pertenece, hasta su esposa porque soy el heredero.

Esa frase fue una gran provocación y su esposo lo insultó y lo golpeó y de pronto los vio trenzados como dos bandidos pendencieros. Angelet se acercó y quiso intervenir, pero de pronto tembló al oír las palabras del hermano de su marido.

—Me quedaré aquí porque todo esto me pertenece. He regresado y exijo lo que es mío. He cambiado de parecer, ya no quiero vivir como un gitano errante por todas partes. Cometí errores y no te pediré dinero, sé que no estuvo bien lo que hice, pero al

menos quiero recuperar lo que es mío. Mi familia, mi castillo. No he venido aquí a pelear contigo y no hablaba en serio.

Pero el conde no se fiaba de su hermano.

—Mi padre te desheredó hace tiempo por tu conducta irresponsable y me nombró a mí su heredero, Louis. Eso no puede cambiarse y vos sabéis bien que has perdido el derecho y que no podéis reclamar ahora una herencia que es mía.

Su hermano no insistió, tendido en el piso por los golpes recibidos parecía vencido, pero Angelet no estaba segura de ello.

—Pues podría ir con abogados y reclamarlo todo, Philippe. Lo haré si no me dais lo que pido y te robaré a tu bella esposa también, porque si ella fue desposada por el heredero…

Esa última amenaza lo crispó.

—Te mataré antes de que te acerques a mi esposa.

Su hermano se rio como un diablo burlón mientras se levantaba del piso.

—Entonces dame lo que te pido, no es mucho. Tú te has quedado con todo y eres el segundón no eres el primogénito y tampoco fuiste un ejemplo de juicio y honestidad.

Él miró a su hermano furioso.

—No te daré nada. ¿Crees que sobre el dinero para que tú vuelvas a tus viajes y a la vida disoluta? Mejor intenta que tus amigos de París os consigan un empleo estatal y comenzad a ganaros el pan porque yo he conservado esta heredad por mi esfuerzo y previsión, he ahorrado cada céntimo para no perderlo todo y será para mi esposa y para mis hijos, no para ti. Tú no tocarás ni un céntimo de esta herencia.

Angelet se alejó para que no descubrieran su presencia allí.

Ahora entendía todo, el hermano pródigo había regresado y amenazaba con arrebatarle todo a su esposo, incluyendo a su esposa porque al parecer Louis era el verdadero conde.

¿Pero por qué había negado que era su hermano? Tal vez habían peleado a muerte…

Cuando regresó al castillo supo que los problemas continuaban.

Su padre estaba allí y exigía hablar con su esposo. lo vio a la distancia y pensó que era una aparición. Se veía tan cambiado. Demacrado, triste y la amargura de sus ojos era notable.

—Angelet…

Pero verla hizo que cambiara, ella se acercó, pero su esposo avanzó con prisa.

—Señor Valois, no nos avisó que vendría.

Su padre volvió a tensarse y Angelet se preguntó si acaso su padre no había ido a cobrar venganza contra el hombre que había raptado a su hija.

—Malnacido… usted robó a mi hija. La raptó y durante días erré sin rumbo buscándola pues nadie sabía de su castillo en Provenza.

Había tardado mucho en encontrarle, pero allí estaba, ¿qué haría ahora?

Su esposo se mostró muy cauto.

—Intenté que me entregara la mano de su hija en buenos términos, Monsieur, pero usted la apartó de mí como si fuera indigno de ese honor.

—Porque lo es y he ido con la policía para apresarle por bandido. No he venido solo, Monsieur. Aguardan abajo.

Eso no sorprendió al conde, pero de inmediato le ordenó que regresara a sus aposentos y aguardara allí.

—No podrá hacer nada ahora, Monsieur porque su hija es mi esposa.

—¿Su esposa? Miente. Usted no puede desposar a nadie porque su primera esposa Sophie, todavía vive.

Cuando Angelet escuchó eso sintió algo fuerte en el pecho, un terror intenso. No podía ser.

—Eso es mentira. No tengo esposa, nunca desposé a Sophie porque ella estaba casada con otro.

Angelet se acercó y contempló la escena aterrada, no podía marcharse, no podía saber qué pasaría con ella y su matrimonio, su futuro…

—Miente, no le creo una palabra. Es usted un bandido, Monsieur. Un libertino que se casó en contra la voluntad de su padre con una actriz de teatro y luego cuando se aburrió de ella dijo a todos que había muerto, pero la he buscado también y sé que está viva, ella ha venido conmigo y está con los agentes.

El conde no se esperaba ese golpe, y por un instante no se mostró tan seguro ni tan desafiante. Dudó y aguardó a que su antigua esposa apareciera.

—Señor Valois, ella no es mi esposa, es una de mis queridas, nunca estuve casado antes, fue una falsa ceremonia.

Angelet sintió que la joven que entraba en el recinto insultaba a su marido lo llamaba perro mentiroso y luego le mostraba el acta de matrimonio.

Él tomó el acta y le dijo que era falsa.

—Lo hice para tenerte, tú lo sabes.

Cuando la verdad salió a la luz Angelet se sintió enferma. No era la primera vez que lo hacía o eso dijo su padre, que acusó a su marido de ser un seductor de muchachas y de haber matado a su padre de los disgustos.

La joven actriz lloró frente a todos y se mostró afligida al comprender que había sido seducida y abandonada. Ella había estado escondida en una de las propiedades del conde de París esperando el regreso de su marido que le dijo que había tenido que viajar… pero al ver que demoraba comprendió la verdad y ahora sabía que su boda había sido falsa. porque quien los casó ni siquiera era un sacerdote. Eso le dijo el conde entonces.

Y luego pidió a sus sirvientes que fueran por el padre que los había casado y trajeran el acta que sí era oficial pues se habían

casado frente a un notario del pueblo antes de su boda en el castillo.

Todo quedó demostrado poco después frente a los toscos oficiales de policía. Su padre quiso ver él los documentos y luego miró a su hija.

—Hija mía, ven, debo hablar contigo un momento—le dijo.

Ella se acercó, pero su marido se interpuso.

—No hablará con su hija si yo no estoy presente, Monsieur.

Monsieur Valois lo miró con ira contenida, como si realmente lo odiara y no podía culparlo.

—Tengo el derecho de hablar con mi hija a solas porque tengo serias dudas de este documento, Monsieur y usted es un bandido que se robó a mi niña cuando estaba prometida a otro joven y los oficiales saben eso.

Angelet pensó en Dubois, no pudo evitarlo y le preguntó por él, sin importarle que su marido escuchara.

—Él está bien… pudo morir, la herida fue profunda, pero afortunadamente se recupera.

Angelet lloró.

—Lo siento mucho padre, quise evitarlo él…

—Sí, eso ya lo sé mi niña. Sé que trataste de impedirlo, Dubois me lo dijo. Él te ama, hija mía y quiso acompañarme, pero el médico le recomendó reposo, todavía no está del todo bien la herida puede infectarse.

Su padre la llevó aparte y se le acercó para hablarle.

—Hija mía, ahora no puedo llevarte, pero quiero que sepas que no estás sola, que siempre seremos tus padres y vendré a visitarte siempre que me lo permitan las cosas. No te culpo de nada, yo soy el único culpable, me descuidé pensando que solo eras el capricho de ese libertino, no sabía nada de su boda ni de que su esposa vivía… eso lo descubrí mientras seguía su rastro.

—Pero es mi esposo ahora, padre y yo quería que eso pasara. Yo lo amo padre y esto fue mi culpa porque correspondí a su amor. Debes entenderlo y dejar de juzgarle, intenta perdonar y también…

—No, nunca perdonaré lo que ese hombre nos hizo, Angelet. Pero eres su esposa y eso no me llena de orgullo, te lo aseguro, pero si eres legalmente suya deberé aceptarlo. Pero que no piense que por eso te hará sufrir porque no lo permitiré. Y por eso te ruego que me escribas, a tu madre y a mí y nos mantengas al tanto de todas las novedades.

—Así lo haré padre.

Y luego volviéndose al conde le dijo que iría a visitarla.

El conde no dijo nada, estaba muy tenso con toda la situación y Angelet se sintió muy disgustada.

Y para colmo de males, Sophie, su antigua esposa se acercó para hablarle y ella pudo verla con detenimiento: el cabello rubio enrulado cubierto en un sombrerito y los labios pintados y los ojos muy grandes y oscuros, levemente hinchados seguramente por el llanto y la tristeza. estaba furiosa y triste a la vez y sintió mucha pena por ella.  su esposo intentó detenerla, pero Sophie lo apartó de un nada delicado empujón.

—Tú déjame, no impedirás que hable—le gritó y luego, mirando a Angelet le dijo: —No crea nada en sus palabras, en sus promesas de amor madame, porque el conde de Orleans no tiene palabra ye s un seductor de muchachas. Hoy es usted su esposa, pero eso no impedirá que busque otras mujeres en París, él tiene muchas amigas en París. Yo también creí que era la única en su corazón, él me lo dijo tantas veces y yo como una tonta le creí. Pero luego comprendí que era un capricho, que fui una conquista más… porque al conde le encanta correr tras las faldas…

Philippe se acercó y le dijo que ya era suficiente, pero como la joven no le escuchó decidió llevarse a su esposa lejos, muy lejos de esa escena tan desagradable.

Pero Angelet quedó afectada, la visita de su padre, las acusaciones contra su esposo y la triste visión de Sophie, la falsa esposa burlada y abandonada la dejó muy mal, nerviosa y triste. Nada era lo que había esperado, nada era lo que un día soñó, ni ese horrible rapto sin tener que enfrentarse a la realidad de que no estaba lista para convertirse en su esposa como era su deber y no era su esposa más que por un documento firmado.

Él la llevó a sus aposentos y cerró la puerta con llave como si temiera que alguien pudiera entrar o ella escapar. Angelet notó que también estaba afectado por todo lo ocurrido ese día y se preguntó qué le diría ahora. ¿Qué excusa inventaría?

Esperó a que hablara, pero de pronto comprendió que nada de lo que dijera cambiaría demasiado la realidad.

—Angelet, no es lo que crees… lo siento. Pero no es… lo que dijo esa mujer es mentira. Yo nunca dije que me casaría con ella… Y no se compara con lo que siento por ti, preciosa, no es lo mismo…

Quiso tocarla, besarla, pero ella se apartó herida y furiosa.

—Y si también soy vuestro capricho? ¿Si luego descubro que esa boda es falsa? cómo esperas que confíe en ti ahora?

—Preciosa, no digas eso. no pienses que… lo nuestro es especial, yo siento que te amo y por eso hice todo esto. Nunca antes había sentido algo así por ninguna mujer y todo lo que dijo esa mujer es mentira. Eso no pasará… yo estoy loco por ti. Y sí eres mi esposa, eres mía, solo mía y no dejaré que nada nos separe jamás porque mi amor por ti es para siempre.

Qué palabras tan dulces y encendidas, su mirada, todo en él parecía representar su papel de hombre enamorado a la perfección, ¿pero y si solo era un papel? ¿Si no la amaba en realidad, sino que había hecho todo eso por un capricho y deseo?

Angelet se sintió insegura y se apartó despacio, pero él la envolvió entre sus brazos y la besó.

—Yo te amo preciosa, no tengas miedo… todo esto fue un mal momento, algo que tu padre preparó para separarnos. Tú sabes cuánto me odia…

—Pero tú me has mentido, ¿cómo podré confiar en ti ahora? ¿Esa joven, creía que era tu esposa y tú… la abandonaste por mí?

—Angelet, esa joven no fue nada importante en mi vida, fue mi querida un tiempo, pero luego pasó. Tú eres mi esposa y lo eres porque te amo, porque estoy loco de amor por ti, tienes que creerme, tienes que ser mía…

Ella se resistió.

—No, déjame… no te creo nada ahora. No sé qué pensar, estoy herida y confundida y siento que todo pende en un hilo, mi matrimonio, mi vida y el amor que sentía por ti.

Él comprendió que era inútil intentar convencerla y no dijo nada más. Pero antes de marcharse de la habitación se detuvo y la miró:

—Nunca te dejaré ir preciosa, tú eres mi esposa, eres mía y eso nunca cambiará.

¿Hablaba con tal vehemencia, pero ella no estaba segura de que fuera así, se preguntó cuánto duraría ese amor decía ser tan ardiente en un hombre que era un antiguo seductor, un libertino que tenía amigas en París? Bandido e infiel, no tardaría en ser tentado por alguna bella dama de Provenza o de París.  Y no quería estar casada con un hombre así… él no era ese hombre con el que había soñado, no era ese caballero del que un día se había enamorado,

pero ¿cómo poder cambiar las cosas ahora? Estaba casada con él, atrapada en un matrimonio luego de ser raptada y él no permitiría que se fuera. No la dejaría ir. Al menos hasta que durase su capricho amoroso. Y de eso nadie sabía cuánto podía durar. El amor no era algo eterno para un caballero como su esposo.

Lloró sin poder contenerse pues se sintió vilmente embaucada, seducida, y empujada a una boda que no había sido como debía ser pues casi fue forzada por el rapto del conde. Y por momentos sintió deseos de escapar con su padre y regresar a la granja, pero sabía que no podía hacerlo, era imposible. Ya estaba hecho y ahora debía quedarse y sufrir por haber correspondido al conde.

Ella se negaba a pensar que fuera un seductor.  No creía que fuera tan malvado de engañarla y llevarla a ese castillo y arrastrarla a esa boda…

Quizás pudiera pedir la anulación pues su matrimonio no había sido consumado. Esa idea desesperada la persiguió durante días hasta que comprendió que no tendría el coraje de hacerlo. ¿Quién la ayudaría además? Su esposo le había pedido que guardara silencio al respecto, pero… ciertamente que ahora ya no quería

seguir adelante con su boda y durante días se preguntó si no podría escapar del castillo.

La idea de fugarse la atormentaba, pero luego se daba cuenta de que la vigilaban, todos esos sirvientes silenciosos de miradas tan expresivas se mantenían alertas.

Todas las mañanas daba paseos aprovechando el buen tiempo, le gustaba caminar y distraerse, sentía que lo necesitaba. Tantas cosas daban vuelta por su mente, la llegada de Sophie, de su padre y la sensación de que su matrimonio también pendía de un hilo.

¿Qué pasaría luego cuando su matrimonio se consumará? Todavía podía pedir la anulación o escapar, podía intentarlo…

Mientras pensaba esto se sintió desanimada y perdida.

Nada era lo que había esperado, no estaba lista para ser su esposa ni para seguir adelante, no quería terminar como esa pobre joven, Sophie, llorando, implorando, horriblemente sola y humillada al saberse abandonada y engañada por el hombre que le había jurado amor eterno un día. ¿Acaso lo mismo le haría ella?

Pero estaba casada con él, había hecho un juramento, una promesa de amor y lealtad y su matrimonio sí era legítimo.

Solo que sentía horriblemente desilusionada, se había casado con el hombre que amaba, pero nada había sido como esperaba, desde el principio…

Mientras caminaba unos pasos la crisparon y molesta miró a su alrededor pensando que sería algún criado, sabía que la vigilaban, todo el tiempo. Por más que creyera dar un paseo sola siempre había alguien cerca.

Se detuvo nerviosa y entonces vio que era el conde mirándola a la distancia con expresión pensativa. Era él quien la seguía con la mirada y al verse descubierto sonrió levemente y se acercó.

Pero no inventó una excusa ni le explicó por qué la seguía porque sospechó que la seguía desde antes, cuando daba paseos pensando que iba sola y él estaba allí, observándola…

—Te ves triste, ángel. ¿Por qué? —le preguntó sin rodeos cuando estuvo frente a ella.

Ella sostuvo su mirada.

—Pensaba en ti, Philippe y en todo lo que había pasado. Me preguntaba si un día seré como esa joven y entraré llorando al castillo viendo que has seducido a otra.

Fueron palabras duras pero necesarias, ¿de qué servía fingir? Necesitaba desahogarse y hacerle comprender que no soportaría que corriera tras otras mujeres jamás.

Él no se mostró sorprendido sino atormentado.

—Eso no pasará, tú eres la única para mí. por eso me casé contigo. Sophie solo fue un amorío…

—Pero vivió en la mansión de piedra como tu esposa.

—Y eso qué importa ahora? Ella es el pasado, ángel, tú eres mi presente y mi futuro. Sé que no fui un santo, pero no fui un seductor, me casé contigo, te convertí en mi esposa y eso es lo único que debe importarte. Tú no puedes comprar lo que siento por ti que lo que ocurrió con Sophie. Y en verdad creo que vuestro padre la trajo aquí para hundirme, para dejarme como un malvado, pero no es verdad. Nada de lo que dijo lo es. Vuestro padre me detesta y quiso sembrar la discordia al ver que no podía separarnos.

Ella guardó silencio un momento.

—Pues no me casé contigo para ser luego descartada por otra mujer un día, Philippe de Orleans—declaró Angelet molesta.

Él se acercó y la envolvió entre sus brazos en un gesto apasionado y ardiente.

—Y solo a ti he deseado convertir en mi esposa, desde el día que vi a esa hermosa joven rubia con cara de ángel merodeando en la casa de piedra, solo a ti… Sois la única para mí preciosa y no dejaré que me abandonéis ahora. Por favor, dadme una oportunidad, porque habéis hecho una promesa ante Dios el día de nuestra boda y sería injusto que huyerais de mí por culpa de la insidia de vuestro padre.

—No he pensado en abandonaros, pero lo haré si descubro que me engañáis y no me respetáis. Me debo a vos como vuestra esposa, pero vos también…

—Cumplid primero vuestros votos, hermosa, y yo jamás faltaré los míos. Os doy mi palabra.

Angelet gimió al sentir sus besos, sabía lo que quería su esposo, hacía días que la miraba en silencio, con ardiente deseo sin intentar acercarse. Esperaba una señal, esperaba el momento propicio y entonces la besó y la miró:

—No te dejaré ir preciosa, nunca lo haré, porque te amo como nunca amé una mujer y te esperé todo este tiempo sin tener casi esperanzas de conseguirlo. Y ahora que eres mi esposa es un sueño para mí, eres todo lo que soñaba encontrar en una esposa y

no me importa haberos raptado como un bandido, me siento orgulloso de haberlo hecho porque ahora eres mía, ángel.

Ella se estremeció al sentir sus besos y de pronto comprendió que su marido quería que fuera suya ahora. En sus aposentos. Se lo dijo al oído. Esos besos habían encendido su deseo, ese deseo de amor carnal largo tiempo postergado y sofocado…

—Por favor, ángel sé mía ahora.

Angelet tragó saliva y dijo sonrojada que sería esa noche. Necesitaba tiempo para hacerse a la idea, para prepararse. Él sonrió y la abrazó muy fuerte y aceptó esperar.

Angelet estaba nerviosa, sabía lo que pasaría esa noche y temblaba.

La cena fue algo tediosa, unos amigos de su esposo asistieron para charlar y jugar a las cartas esa tarde, pero él los despidió a tiempo. no habría sobremesa, esa noche él tenía prisa por descansar, o eso les dijo.

Ella se sonrojó al sentir su mirada. Había escogido un vestido rosa pálido que realzaba su belleza y juventud y le recordaba un poco a su traje de bodas. Porque esa sería su noche de bodas.

Bebió una copa de vino para darse ánimos, quizás una no fuera suficiente…

—Querida, vas a dormirte… está bien así—le dijo su marido.

Ella sostuvo su mirada y se sonrojó intensamente.

Cuando lo vio entrar en su habitación un buen rato después tembló.

Una criada entonces para ayudarla con el vestido, pero él la despidió y dijo que él la ayudaría. La joven doncella hizo una reverencia y se marchó.

Ahora al fin estaban a solas y el momento que tanto temía y deseaba había llegado.

Angelet tembló como una hoja cuando su esposo se acercó, pero luego que la besó y la envolvió lentamente entre sus brazos sintió tanta paz.

Él se detuvo para besarla y luego la miró y le dijo:

—Te amo, ángel, eres la única para mí y siempre lo serás. Eres tan hermosa y tierna, tan dulce…

La llevó hasta el lecho y le quitó el vestido despacio sin dejar de besarla.

—No temas preciosa, no te haré daño—fueron sus palabras y la envolvió entre sus brazos.

Fue muy extraño para ella y sin embargo lo deseó, deseó que la hiciera suya y una emoción intensa la embargó cuando sintió que perdía su virtud en sus brazos y se fundían en un abrazo apretado y se convertían en un solo ser. Solos, juntos, marido y mujer…

—Preciosa, fue maravilloso—le dijo él al oído —Ahora sí eres mi esposa, eres mía—insistió él.

Angelet lloró emocionada y suspiró al sentir sus besos. Rodaron por la cama y él volvió a hacerla suya, una y otra vez para recuperar el tiempo perdido y para demostrarle cuánto la amaba. Un momento hermoso e inolvidable, tan intenso que sabía que nunca olvidaría.

Pero su felicidad fue completa cuando un año después el castillo se llenó de júbilo con el nacimiento de su hijo, su primogénito, un hermoso y robusto varón a quien llamaron Armand Philippe. Cuando la joven dama tuvo a su niño en brazos sintió que su felicidad era completa.